

GEORGINA PÉREZ

LOS ASESINATOS DE COLERAINE

GANADORA
DEL
II PREMIO OZ
DE NOVELA

OZ
EDITORIAL

LOS ASESINATOS DE COLERAINE

GEORGINA PÉREZ HOLDEN



LOS ASESINATOS DE COLERAINE

V.1: mayo, 2018

© Georgina Pérez, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Aleshyn_Andrei / Shutterstock

Corrección: Paco Solano

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-94-4

IBIC: YFD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Los asesinatos de Coleraine

Una chica sin recuerdos y solo dos semanas para descubrir la verdad...

Hace un año, tres jóvenes desaparecieron en la localidad de Coleraine en las vísperas de Navidad. Aunque sus cuerpos no han aparecido hasta ahora, todas las pruebas apuntan a Gina, una amiga de los chicos. El problema es que ella no recuerda nada de aquella noche.

Cillian Jackson, un joven y reputado psiquiatra, recibe un permiso de quince días para probar un método experimental con Gina y tratar de ayudarla a recordar lo que sucedió. Pero el doctor no esperaba descubrir una verdad tan dolorosa...

Obra ganadora de la segunda edición del Premio Oz de novela

Para todos los que creen en sí mismos

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Los asesinatos de Coleraine

Dedicatoria

Nota de la autora

1. Expectativas
2. El regreso
3. La ciudad
4. El acantilado
5. La clase de música
6. El cementerio
7. La píldora
8. La cafetería
9. 48 horas
10. El fin
11. El renacer

Sobre la autora

Nota de la autora

Los asesinatos de Coleraine es una obra de ficción. A pesar de que Coleraine es una población real de Irlanda del Norte, todos los datos al respecto y lugares que se mencionan en este libro son ficticios.

1. Expectativas

Aquella mañana despertó muy temprano. Apenas había dormido y estaba nervioso. No podía dejar de pensar en la locura en que se había embarcado: sacar a una asesina, juzgada y condenada, de la cárcel, y hacerla recordar lo sucedido la fatídica noche de los hechos. Quería encontrar los cadáveres que un año después seguían sin aparecer o exculparla. Con ello ponía en juego su carrera y su reputación, el respeto de un pueblo ganado a base de un gran esfuerzo. Nadie estaba de acuerdo con su decisión de tratar de desvelar el misterio. Ya tenían una cabeza de turco y, si no conseguía nada, estaría acabado profesionalmente.

Tenía treinta y dos años, el cabello cobrizo y los ojos azules, tan claros y profundos como el mar que veía todos los días desde la ventana de su despacho en la universidad. Tenía el pelo más o menos corto y los mechones más rebeldes le caían por la frente, dándole un aire juvenil. Iba bien afeitado y vestía según exigía su posición de Doctor en Psiquiatría y profesor universitario. Al observarlo, se rememoraba el tiempo en que los hombres eran educados y anteponían el honor a la vida. Poseía una fisonomía jovial y aniñada, con facciones redondeadas, y un toque femenino que lo hacía muy atractivo. Su vida no había sido fácil; recién cumplida la mayoría de edad, perdió a sus padres en un accidente de tráfico. Tras la muerte de sus progenitores, tuvo que encargarse de sus dos hermanos pequeños: Tom y Jacque, de quince y diez años. Se convirtió en madre y padre de los chavales y, para sacarlos adelante, buscó un trabajo de camarero por las noches (ya que la herencia familiar no bastaba para los gastos diarios), al que acudía tras dejarlos cenados y acostados, y por el día estudiaba la carrera y el doctorado que lo convertiría en lo que era: el doctor Cillian Jackson, famoso y reputado psiquiatra del ala norte del país. Un personaje ilustre del pequeño pueblo costero de Coleraine.

Se preparó el desayuno, que consistía en café y un par de magdalenas industriales, mientras su hermano Tom se despedía sin cordialidad desde la puerta de la cocina para ir a trabajar. A diferencia de él, Tom era un hombre muy masculino, con facciones severas, angulosas y autoritarias. Lo único que tenían en común era el color de los ojos. Tom no había estudiado, al contrario que sus hermanos; tuvo una adolescencia muy difícil y prefirió buscarse la vida y divertirse en discotecas a pasar el tiempo entre libros. La muerte de sus padres le causó un trauma muy profundo del que nunca se había recuperado y su sentimiento de inferioridad con respecto al doctor y a Jacque se había convertido en la amargura que reflejaba su humor diario. No le gustaba la decisión de su hermano de defender a la asesina más famosa del país; vivía en un pueblo de poco más de mil habitantes donde todos se conocían al dedillo. No le atraía el

protagonismo ni la fama, y menos si se conseguía de esa manera. ¿Por qué el doctor lo torturaba así? Era un buen albañil, se había forjado a sí mismo a base de pico y maza, y quería centrarse en su trabajo sin que lo molestaran. Con aquella imposición, tanto si al final las cosas salían bien como si no, quedarían marcados para siempre. La gente ya comenzaba a señalarlo con el dedo y a hablar de él a sus espaldas. Su relación con el doctor nunca había sido buena. No necesitaba una niñera, pero el psiquiatra se empeñaba en serlo y, tras los últimos acontecimientos, el trato había ido a peor. Cogió su mochila y su abrigo del perchero, cerró la puerta de la calle de un portazo y se dirigió a su trabajo en una obra a las afueras del pueblo. Estaban construyendo un bloque de apartamentos cerca del nuevo centro comercial. En la obra se sentía cómodo: nadie se fijaba en él y solo necesitaba su fuerza bruta para trabajar.

Para acompañar el desayuno, el doctor encendió la televisión de la cocina y, entonces, oyó su nombre en la cadena regional. Decían que se había comprometido

a ayudar a la malvada asesina, que había matado a tres vecinos de Coleraine. Iba a sacarla de la cárcel para descubrir la verdad.

Las víctimas habían sido dos chicas y un chico que aquella fatídica noche, hacía ahora casi un año, acudían a una celebración a la que nunca llegaron: el encendido navideño en Diamond Square, la plaza más importante del pueblo. Los periodistas abordaban el tema exponiendo un vídeo sensiblero con fotos de los fallecidos y la historia de sus vidas, exagerando para conseguir la lágrima fácil del espectador; aquel sensacionalismo barato le resultaba patético. No se sabía nada de los cuerpos, ni qué había ocurrido aquella noche, ni podía asegurarse que estuvieran muertos. Lo único cierto era que la presunta asesina, de veintiséis años, fue avistada por un grupo de chicos que hacía botellón en un coche junto a la playa cuando se precipitaba al vacío desde el acantilado conocido como Grey Wind, por el color de la piedra y el sonido del viento al chocar contra ella. Cuando la policía llegó a la cima del acantilado, la intensa lluvia nocturna había borrado cualquier prueba que pudiera salvar o condenar a la imputada. En su contra se presentaron pruebas circunstanciales y el cuchillo que llevaba en la mano en el momento de saltar. De las víctimas no había ni rastro.

El pequeño pueblo costero de Coleraine estaba formado por unos altos acantilados que rodeaban una cala de arena blanca y un gigantesco bosque de pinos que bordeaba la zona donde no había mar. Se situaba en la esquina superior de Irlanda del Norte, a unos cien kilómetros de Belfast, y la mayoría de sus habitantes eran de firme convicción católica. Entre sus intereses turísticos se encontraba el mayor número de coníferas de toda la costa irlandesa, lo que convertía sus famosos acantilados en un paraje frondoso, más verde todavía en su cima. En las afueras, cerca del siguiente pueblo, se encontraban la cárcel y el cementerio, dos lugares que, por su triste función, se ocultaban tras la marabunta de árboles. Nunca había pasado nada extraordinario en el pueblo, nada fuera de lo normal, hasta la noche en que todo el país quedó consternado y el miedo y la sed de venganza se apoderaron de los habitantes de Coleraine y envolvieron, todavía más, sus aguas de oscuridad.

Cuando los chicos de la playa sacaron del agua el cuerpo de la homicida vieron que tenía clavado en el muslo un cuchillo de cocina, con el que había saltado al mar, y un trozo de tela del vestido de su amiga enredado entre los dedos.

Despertó de un coma inducido tras pasar varios meses debatiéndose entre la vida y la muerte y, cuando le preguntaron sobre lo sucedido, se sorprendieron de que no recordara nada de su vida anterior. Había sufrido graves fracturas en la cabeza debido a la caída y su supervivencia se

debió más a un acto milagroso que clínico. Los psicólogos forenses atribuían la falta de memoria al trauma sufrido tanto antes como después de precipitarse al vacío.

Durante su convalecencia en el hospital, las enfermeras le contaron la historia una y otra vez con la esperanza de que eso le hiciera recordar, pero no sirvió de nada: le explicaron que había salido con tres de sus amigos hacia la celebración más importante del año en Coleraine, el lugar donde vivía: el encendido del árbol navideño y las luces festivas en la plaza del ayuntamiento, donde también se encontraba la iglesia de San Patricio. Tras el encendido, se deleitaba a los habitantes con un gran concierto navideño a cargo de la escuela de música de la localidad. En una fecha tan señalada, los vecinos llevaban sus mejores platos a la plaza (pavo asado, ponche, puré de patata con guisantes, etc.) para compartirlos con los vecinos durante la velada y disfrutaban de las amenas charlas y de las anécdotas en paz y armonía. Mientras comían, reían y bebían, el resto del pueblo quedaba desierto, en la más absoluta oscuridad, para que las luces de colores se vieran más bonitas y resaltaran en la noche. Nadie habría podido ver u oír el lamento de las víctimas. Nadie, salvo ella.

Buscaron los cuerpos varios días, hasta que, dada la falta de pruebas y la necesidad de calmar el clamor popular que exigía un culpable, se concluyó que habían sido asesinados y sus cuerpos, ocultados, y que la superviviente, movida por la culpa, se había lanzado al vacío. Como la imputada nunca confesó ni dijo nada al respecto, ni a favor de su inocencia ni en contra, se dio por buena la sentencia y fue condenada, para tranquilidad y satisfacción de todos, a cadena perpetua. Si se diese el caso de que aparecieran los cuerpos, su condena se revisaría teniendo en cuenta los nuevos acontecimientos.

La desmemoriada y culpable señorita se llamaba Gina Sven. Era una chica bajita, rubia y simpática, o al menos lo había sido en otro tiempo. No era excesivamente guapa, pero sabía ganarse el cariño y el aprecio de la gente, tanto si eran conocidos como si no. Con la excentricidad como bandera, era amiga prácticamente de todo el pueblo y sus vecinos veían con diversión cualquier locura que cometía. Le encantaban los objetos brillantes y los complementos extravagantes; elaboraba enormes y llamativos tocados para el pelo con materiales de lo más variopintos: lentejuelas, cartón, plumas o anillas arrancadas de las latas de refresco. Su color preferido era el rojo, color que se asocia con la vitalidad, la valentía y el optimismo, y de rojo se pintaba los labios y las uñas con el fin de demostrar que era una mujer de acción. No tenía muchas amigas porque las mujeres la malinterpretaban y envidiaban a partes iguales, y aunque nunca había comprendido la razón de ese odio, estaba acostumbrada. Shelly había sido su fiel amiga desde la niñez, y también una de las víctimas de los sucesos de aquella fatídica noche. A nadie le extrañó ese fin de la desdichada muchacha que repartía sonrisas y alegría por donde pasaba. No importaban los favores que les había hecho o las veces que les había apoyado; su ansia por ser el centro de atención la había llevado a cometer una locura. Había cruzado la línea. Con esta mezcla de envidia y sed de venganza, se convirtió en el chivo expiatorio de un pueblo que necesitaba un asesino para poder salir con tranquilidad a la calle sin sentir la sospecha de los vecinos.

A pesar de las pruebas presentadas, el doctor Jackson nunca había aceptado esa hipótesis. ¿Cómo podía una chica de metro y medio asesinar a tres personas, una de ellas un chico que pesaba el doble que ella? O había contado con ayuda o no había sido ella. Movidó por la sensación de injusticia y la obligación, como miembro de peso de la comunidad, se había decidido a colaborar en su caso. Pidió al juez un permiso de dos semanas para sacarla de la cárcel

y ayudarla a recordar, o, al menos, a confesar si recordaba algo, en un ambiente familiar. Tras meses de papeleos y citas judiciales, le concedieron el permiso y se sintió tremendamente orgulloso y feliz de poder demostrar al pueblo todo su potencial.

Gina había pasado los últimos nueve meses de su nueva vida en la cárcel. Los restantes los había pasado en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte, pero a nadie le importaba. Nadie la visitó en el hospital ni en la prisión, ni siquiera su madre.

La señora Sven había pasado la vergüenza de ser la primera mujer divorciada del pueblo, con la consecuencia de que todos la consideraban una señora promiscua y alocada, culpable de las excentricidades de su hija, y ahora volvía la vergüenza, porque su retoño se había convertido en la asesina más conocida del país. No podía soportar la situación en la que la había dejado su primera y única hija. No tenía suficiente dinero para huir, era una simple cajera más de la tienda de ultramarinos del señor Robinson, de donde la habían despedido, porque nadie quería entrar en el establecimiento estando ella allí, y pasó el año en que su hija estuvo encarcelada entre alcohol, píldoras para dormir y el sofá. La relación maternofilial nunca fue buena, ya que la señora Sven culpaba a Gina de la huida de su marido. ¿A quién le gustaba la responsabilidad de criar a una mocosa? Se quedó embarazada sin desearlo y, cuando la situación de los jóvenes padres se hizo insostenible, su marido decidió marcharse y rehacer su vida con una mujer más joven que conoció en el *pub* del pueblo, local que visitaba con frecuencia por su afición a la bebida.

Cuando se enteró de que su hija había sido condenada a cadena perpetua sintió alivio, porque, tras muchos años, la criatura que le quitaba el protagonismo y la libertad desaparecía de su vida. Pero no sería tan fácil como suponía, pues parte del odio del pueblo a la ausente Gina cayó sobre su persona. Como consecuencia, la señora Sven no salía a la calle y el único mortal que la telefoneaba y visitaba era el doctor Jackson, ya fuera para que le firmara permisos o para que intentara recordar, una vez más, lo que le había dicho su hija antes de salir de casa.

A pesar de la edad, de las desgracias y del alcohol ingerido, seguía siendo la mujer más guapa del pueblo, muy alta y delgada, con un largo pelo rubio platino que llevaba alborotado para destacar su belleza felina y los grandes ojos, tan maquillados que parecían ocuparle la mitad de la cara. Su hija, mientras tanto, se había desvinculado del mundo, no veía la televisión ni leía las noticias sobre ella en los periódicos. En el juicio no escuchó lo que le dijeron o le preguntaron y se mantuvo erguida mirando el infinito, como si su vida ya no tuviera sentido. Ni siquiera recordaba el nombre de los desaparecidos, pero no le importaba.

El doctor, como el resto de habitantes del pueblo, la conocía de antes. Nunca había entablado una conversación profunda con ella, pero la había visto muchas veces con sus labios pintados de rojo y sus excéntricos modelitos corriendo por la calle como si volara y moviendo su larga melena rubia, heredada de su madre, de un lado a otro. La veía en el pasado con cierto desprecio, como a un ser inferior digno de lástima, la típica rubia tonta que solo era feliz con el beneplácito de los demás, pero, ahora, Gina suponía un reto, un puzle indescifrable que debía reconstruir. Era la única poseedora de la gran verdad que movía su vida desde hacía casi un año.

Tenía que estar en la penitenciaría a las nueve, así que apagó la televisión y salió hacia su coche. Se sintió aliviado al ver que no había nadie en su propiedad esperando para quejarse de su decisión, ni rastro de señoras con pancartas ni periodistas con cámaras y micrófonos. Subió al coche y encendió la radio. Necesitaba despejar la mente y distraerse mientras conducía por aquella carretera serpenteante. De repente comenzó a sonar *Here with me*, de Dido. Pensó que la letra le venía que ni pintada y sonrió para sí mismo. Tampoco él descansaría hasta descubrir la

verdad. En pocos minutos estaba en el extenso bosque y el sol que asomaba entre las hojas hacía resplandecer su brillante pelo rojizo, como si fueran hilos de cobre movidos por el viento costero.

El camino se le hizo muy largo. No había nadie en la carretera y durante casi una hora, lo único que vio fue una sucesión de árboles. Recordaba la cara de la chica la última vez que la vio en el pueblo saludándolo con una amplia sonrisa y un «Hasta luego, doctor» que ahora le retumbaba en el pensamiento. ¿Cómo podía haber supuesto que, tras ese saludo, no volvería a verla más? ¿Cómo podía haber imaginado lo que cambiarían sus vidas después de ese momento? En aquella ocasión llevaba un vestido azul marino de punto muy ceñido, que estilizaba su ya de por sí pequeña pero bonita figura, y un tocado del mismo color con flores de punto que en su centro brillaban a causa de los cristales de Swarovski que conformaban el núcleo. No iba muy maquillada, pero sus labios rojos destacaban en su rostro enmarcado por su pelo tan rubio junto a los enormes e inquietos ojos azules que preguntaban curiosos con solo mirar. Estaba llena de vida y de proyectos que nunca podría realizar. En el fondo se sentía condescendiente con ella. Sabía que su sueño era montar un taller de complementos, llevaba años ahorrando para conseguirlo, y estaba al tanto de que su madre había vivido de ese dinero los últimos meses y de que ya no quedaba prácticamente nada.

Llegó a la cárcel a las nueve y diez minutos exactamente. Había tardado más de lo que había calculado la noche anterior. Sorteó a los cuatro periodistas morbosos que se arremolinaban en la puerta como aves rapaces a la espera de su presa. Cuando accedió al recinto, entregó sus pertenencias (llaves, monedero, móvil y un paquete de pañuelos), pasó el maletín por el escáner de seguridad y entró en el despacho del director, escondido tras una puerta de cristal marrón. Era un despacho pequeño y cuadrado, pintado de color blanco, con bastante luz natural que entraba por una ventana con barrotes situada detrás del enorme escritorio de roble que presidía la habitación. Al entrar, uno se tropezaba con el escritorio tallado, que parecía del siglo XIX y que costaba enfocar al quedar deslumbrado por la luz que entraba por la ventana. El sargento Carter estaba sentado en su sillón de cuero curtido leyendo y pasando las páginas de un archivador marrón de forma desinteresada. Fumaba pacientemente sin percatarse de que el doctor, al que esperaba sin mucho ánimo, había entrado en su despacho. Al psiquiatra le costó enfocarlo cuando quedó cegado por el sol. Tendría cerca de los setenta años, pero no se jubilaba porque el trabajo era su vida. Tenía el rostro lleno de cicatrices y cojeaba de una pierna porque de joven había recibido un disparo de unos delincuentes en el atraco de un supermercado y, por la misma razón, estaba sordo del oído derecho. Tenía la piel oscura y arrugada y unos ojos pequeños y vivarachos también de color oscuro. No le quedaba mucho pelo y trataba de disimularlo peinándose con cortinilla hacia el lado derecho, de forma que también quedara oculto el audífono. Llevaba el uniforme reglamentario, del que se sentía muy orgulloso, limpio y perfectamente planchado. Era un hombre al que no hacía falta conocer para saber que daría su vida por cumplir con su deber como funcionario del orden. Hacía años que se había separado de su mujer, precisamente por anteponer la vida laboral a la personal.

—Buenos días, sargento Carter, ya estoy aquí. Siento el retraso, pero había muchísimo tráfico y esto está más lejos de lo que creía —dijo el doctor en voz muy alta, sonriendo amistosamente. Quería parecer lo más cortés posible, por si necesitaba la ayuda del viejo soldado. Se apoyó en el respaldo de la silla a la espera de la reacción del sargento.

—No se preocupe, doctor. No es fácil venir aquí y menos con un fin como el suyo. Hemos

recibido miles de peticiones para que frenemos su intento de sacar a la muchacha, pero ya he contestado que no puedo hacer nada si las órdenes llegan de arriba. No es usted muy popular y, por la relación, yo tampoco —contestó el sargento con tono jocoso, pero estaba enfadado por la presencia de los periodistas y lo que se le venía encima con la salida de la joven. Con una sonrisa, invitó al doctor a que se sentara en la silla en la que estaba apoyado.

—¡Vamos! Usted es inteligente, sargento, no creo que piense como los demás. Hay que descubrir qué pasó por el bien del pueblo y por el bien de las familias afectadas. Es una obligación civil y moral investigar y descartar todas las posibilidades. No podemos seguir sin saber dónde se encuentran los desaparecidos, ya ve que no digo fallecidos, y qué pasó con ellos. —Quería remover su vocación de policía y su sentimiento del deber, tan profundamente arraigado en el hombre, pero no surtió efecto.

El sargento cambió de tema y apagó su cigarrillo en el cenicero de barro de la mesa; sus dedos amarillos indicaban que fumaba bastante. Junto al cenicero, había un portarretratos con la foto de su hija y su exmujer; aunque llevaba años sin verlas, las seguía queriendo más que a nada en el mundo, pero a las personas no se las puede descuidar tanto y él lo había aprendido tarde, cuando su mujer ya se había enamorado y marchado con otro hombre ante el abandono y la falta de afecto de su marido. Se levantó de su comfortable sillón, dio una vuelta por el despacho y se giró hacia el doctor.

—¡Está bien! ¡Vayamos al grano! Voy a traerla para su primera entrevista. Sabe que puede rechazar su ayuda y decidir quedarse en la cárcel, así que deseo que el esfuerzo que ha hecho para llegar aquí no haya sido en vano.

El sargento le sonrió. En el fondo deseaba que Gina se quedara allí, ya que una vez zanjado el asunto, sus problemas se terminarían. Los asesinos debían estar en la cárcel.

—¡Seguro que querrá! ¡Esto es una cárcel, no un *resort* de vacaciones! —contestó el doctor, recuperando el tono jocoso del principio de la conversación.

—Bueno, yo no estaría tan seguro. Es una persona totalmente distinta a la que usted conocía. Si quiere, le puedo adelantar un poco del historial psiquiátrico de mi reclusa más popular. —Dejó unas carpetas bastante gruesas sobre la mesa y el doctor asintió, esperando la historia que suponía que le iba a contar, aunque no quisiera—. No ha hablado con nadie desde que entró aquí, no ha dicho una sola palabra, exactamente igual que en el juicio. Deambula con la mirada perdida por los pasillos, come poco y tampoco duerme por las pesadillas tan terribles que al parecer la atormentan. Habrá perdido unos quince kilos desde que llegó. Su inestabilidad mental se le está empezando a notar en el rostro, con esa mirada ojerosa y las llagas sangrantes que le salen en los labios. A veces sufre ataques de pánico y hay que sedarla, así que no la dejamos mucho tiempo sin supervisión por miedo a que se autolesione. Lo que más me sorprende es que puede estar sentada horas mirando la pared de su celda sin moverse ni pestañear. Un caso extraño, casi paranormal, diría yo. Las otras reclusas le tienen miedo. Si ella va hacia un punto de la habitación, ellas se dirigen al otro. Lo más destacado que ha hecho ha sido redactar una carta a su madre en la que solicitaba un equipo de música y discos clásicos, de Mozart y otros compositores. Creo que busca algo.

El doctor se estremeció. Le parecía perturbador comprobar que los hechos en la vida de las personas pueden cambiarlas para siempre, incluso los actos más pequeños e insignificantes. Se acordaba de su hermano Tom, un niño adorable hasta que su madre desapareció. Tras el terrible accidente de sus padres, se convirtió en un crío rebelde e indomable. Cillian Jackson ya sentía

compasión por la joven antes de llegar y, ahora, deseaba con más fuerza ayudarla, volver hacia atrás e intentar que recuperara algo de su yo anterior. Se quedó inmerso en sus pensamientos unos segundos y, al no obtener respuesta, el sargento continuó con su monólogo, interpretando que era una señal para que siguiera.

—Siento no habérselos dado antes, los informes digo, pero en un caso como este se andan con mucha cautela. La prensa está al acecho y no me dejan sacar archivos ni hablar del tema con nadie. ¡Frank, trae a la chica!

Hizo un gesto con la mano al guardia que esperaba en la puerta y este salió presuroso a buscar a Gina. Frank era el hombre de confianza del sargento y siempre lo acompañaba a todas partes.

La gran puerta de barrotes que precedía a la zona de celdas se abrió y Frank entró en busca de la muchacha. La cárcel, un enorme edificio de dos plantas de ladrillo visto de color rojo, parecía que siempre estaba mojada debido a la humedad y a las algas y hongos que brotaban de sus paredes exteriores. En el edificio se alojaban unas treinta presas, por lo que se encontraba bastante vacío. La cárcel nunca había tenido entre sus muros una reclusa tan famosa que causara tal revuelo mediático. La mayoría estaba allí por delitos menores como robos o trapicheos con drogas. Las presas disponían de pequeñas celdas individuales de unos diez metros cuadrados con lavabo que daban a una especie de patio cubierto con cristal donde pasaban la mayor parte del tiempo y realizaban las actividades: pintura, manualidades o modelado. Frank se movía entre las mujeres sin prestarles atención, buscando su objetivo con firmeza. Sabía que estaría en su celda porque ella no se relacionaba con las demás.

Y, efectivamente, allí estaba, en la número trece, de espaldas, pegada al equipo de música y escuchando sus discos con los auriculares puestos en busca de una melodía que le quitaba el sueño. Gina oyó entrar a Frank, pero no se giró. Le habían dicho que la visitaría un psiquiatra de prestigio, pero a ella le daba igual. Creía que nadie podía ayudarla.

—¡Vamos! El psiquiatra ha venido a verte —dijo Frank, y le tocó el hombro.

A Gina le sobresaltó el contacto y su mirada perdida volvió al mundo para mirar fijamente el pasillo que debía recorrer para encontrarse por primera vez con el doctor.

Con el silencio como respuesta, Frank la esposó y la obligó a caminar hacia el patio lleno de mujeres que esperaban ansiosas el desenlace de aquella truculenta historia. Para evitar problemas, Frank ordenó a sus compañeros que encerraran en sus celdas a las prisioneras hasta que se hubieran marchado. Mientras las apartaban de su camino, Frank trataba de tranquilizar a Gina hablándole maravillas del doctor. Que si era conocido en todo el país, que si tenía uno de los mejores expedientes académicos y que, gracias a su aportación a la comunidad, le habían dado la oportunidad de experimentar sus tratamientos psiquiátricos con ella.

Con las presas encerradas, Frank se dispuso a sacarla de allí. Al paso de Gina, acompañada de su guardián, las convictas gritaban y sacudían las rejas de sus habitáculos con fuerza. «¡Putas! ¡Asesina de mierda!» Ella miraba al frente y parecía no escuchar los gritos y abucheos.

Frank se detuvo ante la puerta del despacho y llamó. Esperó la señal de su jefe para entrar e informarle de que la chica estaba allí. Gina miraba al suelo como si nunca lo hubiera visto. No le interesaba nada de lo que pudiera contarle. El director penitenciario preguntó al doctor si quería que los dejase solos y, ante su afirmación, salió del despacho.

Frank sentó a Gina en la silla del escritorio sin quitarle las esposas y le acarició la cabeza cariñosamente. Él era el encargado de su bienestar en la cárcel y le había cogido cariño, aunque

la joven nunca le hablaba ni le hacía caso. Sin embargo, su pequeña figura asustada en la esquina de la celda había despertado en él un sentimiento paternal. Las otras reclusas podían valerse por sí mismas, pero ella no. En el fondo, deseaba que el doctor pudiera ayudarla y sacarla de allí, pero tenía que disimular delante de su jefe. El sargento ansiaba quitarse a la muchacha de encima para hacer justicia y convertirse en el héroe del condado. A diferencia de su jefe, Frank había aprendido que, por muchos actos ruines que cometan las personas, la mayoría de las veces no había intención de hacer daño. La gente no era mala: la necesidad, el desconocimiento o las circunstancias empujan al ser humano a cometer actos deleznable. A sus cincuenta años, nunca había conocido a ninguna reclusa que fuera realmente mala. Las drogas, la inestabilidad familiar, la falta de estudios o la pobreza las habían llevado a hacer cosas no muy aconsejables.

—Ahora es cosa suya, doctor. Aunque no comparto su opinión ni su forma de hacer las cosas, le deseo toda la suerte del mundo —dijo el sargento antes de salir del despacho y cerrar la puerta.

Mientras el doctor hablaba con Gina, se daría una vuelta por las cocinas y recogería un par de *tuppers* para llevárselos a casa y cenar. Algo con mucha salsa de tomate, como albóndigas o macarrones, la comida de los lunes en la cárcel. Dejó a Frank en la puerta, por si había algún problema o el doctor lo necesitaba, y fue a la cocina sin mirar atrás. Tenía una hora por delante.

El doctor observaba desde la ventana el frondoso bosque de pinos que había junto a la prisión y el camino por el que había conducido casi una hora para llegar hasta allí. Oyó a Frank entrar con la chica en la habitación. El hombre la hizo sentarse y salió del despacho, dejándola allí. El doctor no se atrevía a darse la vuelta. No veía cómo afrontar la situación, pese a que sabía reprimir sus sentimientos desde pequeño. Había aprendido a hacerlo por el bien de sus hermanos menores. Estaba visiblemente nervioso. Le temblaban los labios y le costaba respirar.

Al cabo de unos segundos en silencio mirando por la ventana, decidió volverse. Antes de decir nada, observó a la nueva Gina sentada en la silla que precedía al escritorio, justo donde había estado sentado él minutos antes. Era una mujer totalmente diferente de la que le saludó sonriente aquel día. Parecía mucho mayor y el cansancio y la inestabilidad mental, como había dicho el sargento, habían hecho mella en sus facciones. Llevaba una cola alta despeinada y vestía completamente de negro. La ropa estaba muy gastada y tenía remiendos que indicaban que había perdido la coquetería. Miraba hacia la esquina con mucha preocupación y un semblante serio. Daba la sensación de que no le importaba su presencia, así que comenzó a hablar para intentar atraer su atención.

—Buenos días, señorita Sven. He venido porque quiero ayudarla.

Cillian se sentó en la silla del sargento y esperó algún tipo de contestación.

No hubo respuesta, pero su mirada asustada observaba algo al otro lado de la habitación. El doctor intentaba mantener la calma y captar su atención. Entonces, agarró un rotulador del lapicero del sargento y comenzó a jugar con él entre sus manos.

—No sé si ha oído hablar de mí, así que voy a presentarme: soy el doctor Jackson. He venido porque estoy interesado en ayudarla a usted y a las familias que buscan a sus seres queridos. He hablado con su madre y me gustaría que me acompañase al pueblo y se instalara en su casa familiar. Empezaremos una terapia que durará dos semanas, con la que intentaremos que

recuerde su pasado o, al menos, algún dato que nos lleve a descubrir qué ocurrió la noche de las desapariciones. No voy a ser duro con usted, lo haremos poco a poco. No la agobiaré con fotografías ni historias de su vida. A medida que vaya recordando, iré mostrándole cosas. He pedido a su madre que retire todos los objetos personales y fotografías de su habitación y de su casa, sin más prisas de las necesarias. Si todo sale bien, quizá no tenga que volver a la cárcel o consiga una reducción de condena. Tómesele como unas vacaciones.

Gina dirigió la mirada hacia otro punto de la habitación, siguiendo algo que la mantenía alerta. El doctor continuó.

—No va a ser fácil, pero confío en usted y confío en mí, aunque suene pretencioso.

De repente la mirada de la joven se fijó en él. Lo miraba a los ojos, sin pestañear. El doctor comenzó a ponerse más nervioso, retiró la mirada y la volvió hacia la ventana. Esperó a que ella hablara para no hacer notar su ansiedad. Sabía que le temblaría la voz si continuaba con su monólogo.

—¿De verdad confía en mí? —preguntó sin apartar la mirada, con una inexpresividad que alteró todavía más al doctor. Era como hablar con un cadáver al que le hubieran dado cuerda—. Podría matarlo ahora mismo y mi condena no cambiaría en absoluto.

Pasados unos segundos, el doctor hizo acopio de valor y contestó con aparente tranquilidad.

—Bueno, supongo que no me queda más remedio. He tomado una decisión irrevocable: confiar en usted y en lo que me diga. —Esbozó una especie de sonrisa complaciente. Parecía que Gina lo escuchaba y, aún más, parecía que le gustaba lo que oía, así que aprovechó la oportunidad y continuó—. Quiero ayudarla a usted y a los familiares que esperan ansiosos a que sus seres queridos vuelvan a casa. Quiero ayudar al pueblo a recuperar la tranquilidad.

La cara de Gina cambió. La estaba perdiendo de nuevo.

—Usted no puede ayudarme —contestó con la mirada perdida—. Yo ya estoy muerta, y los muertos no pueden hablar.

Gina giró la cabeza siguiendo la sombra que la amenazaba y no dijo nada más.

El doctor esperó, por si podía conseguir que volviera a hablar o contestara al menos alguna pregunta, aunque fuera con un monosílabo.

Pasados unos minutos, durante los que habló solo, reconoció que iba a ser imposible conseguir nada más, al menos en aquella ocasión. Estaba perdiendo la única oportunidad de llevársela con él y descubrir la verdad. Había empezado bien, pero algo de lo que había dicho había asustado o disgustado a Gina.

—¿Significa eso que no vendrá conmigo? —El doctor no pudo disimular su inestabilidad y se le quebró la voz en la última palabra. Ella no pareció darse cuenta—. Gina, si no firma este papel y accede a venir conmigo, tendré que dejarla aquí y no me permitirán volver. ¿Lo ha entendido?

El tiempo se acababa y no obtenía respuesta. Pasada la hora estipulada, hizo sonar el timbre y Frank entró en el despacho, dispuesto a llevarse a la chica. El sargento venía tras él.

—Ya le dije, querido doctor, que no hablaría. Sabía que no accedería a irse con usted.

El sargento habló con cierta tranquilidad y alivio al saber que la chica permanecería entre rejas y no tendría problemas con el pueblo. Sin embargo, Frank tenía una expresión de decepción. Le habría gustado que su reclusa favorita disfrutara al menos de un tiempo de reposo.

—Le agradezco su tiempo, sargento. Buenos días.

El doctor recogió las carpetas con el historial psiquiátrico. Que no le dieran el caso no significaba que no pudiera investigar por su cuenta. Abandonó el despacho dando un portazo. No podía reprimir la ira y la frustración que sentía.

Acto seguido, salió de la cárcel perturbado, enfadado y jodido. Había perdido su oportunidad. Los periodistas comenzaron a marcharse en cuanto lo vieron salir por su cuenta.

Al llegar al coche, tiró las carpetas al suelo, sacudió el cuerpo en un arrebato de ira, gritó, maldijo y pateó las ruedas. Cuando se hubo tranquilizado, recogió las carpetas y las arrojó sobre el asiento del copiloto. Después, se sentó en el asiento del conductor y, con las manos en el volante, contempló, inerte, su fracaso en el espejo delantero.

Debía asumir su derrota antes de volver al pueblo y se consoló pensando que podía haber sido peor, que podría haberla sacado y haber perdido dos semanas sin descubrir nada. Pensó en la satisfacción de sus detractores, incluido su hermano Tom.

Frank volvió a meter a Gina en la celda, la miró por la pequeña rendija de la parte superior de la puerta y sintió que el corazón se le partía en mil pedazos. Antes de volver a su puesto de guardia, cerró la rendija y dejó a Gina a solas.

La oscuridad era casi masticable entre aquellas cuatro paredes cuando Frank se marchó. Gina encendió la luz y puso su reproductor con el primer disco de música barroca que tenía a mano. Su madre le mandaba un disco a la semana, como ella le había pedido, y los escuchaba con meticulosa impaciencia. Se colocó los auriculares y reprodujo la música en busca de la melodía que recordaba de tiempos pasados, esperando que su memoria renaciera y no le hiciera falta ningún doctor para acordarse. No quería ver más al psiquiatra. Nadie podía ayudarla.

El disco se atascó y empezó a ir más lento. Reconocía lo que ocurría en su mente, cerró los ojos y apretó los labios. El ambiente se volvió frío. Cerró con más fuerza los ojos y empezó a sentir ansiedad. El corazón le latía rápido. La luz comenzó a parpadear y a hacer ruidos eléctricos. Sabía que era su imaginación, que estaban en su mente, pero no podía soportarlo. Le daba miedo, mucho más miedo que su condena, que la muerte, que la cárcel, que las mujeres que la insultaban por los pasillos... Las voces la acompañaban desde que había despertado en el hospital. Comenzó a sentir sus gélidas manos en el cuello y su aliento en la nuca. Oía el frufrú de los vestidos de fiesta rozando el suelo y las paredes, y un crujido de huesos. Sabía que venían a por ella y que algún día conseguirían llevársela. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia la puerta de barrotes y gritó con histeria en dirección al pasillo:

—¡Frank! ¡Frank! Dígale al doctor que me iré con él.

Frank apareció sorprendido al otro lado de la puerta y llamó al sargento con su móvil mientras abría la celda extrañado. Era la primera vez que la oía hablar.

2. El regreso

El doctor continuaba absorto en sus pensamientos y frustrado cuando vio por el retrovisor aparecer al sargento con Frank y Gina. ¿Quizá había cambiado de opinión? No podía creerlo. Se reajustó la corbata y salió del coche con aire triunfal.

—¿Qué ocurre, sargento? ¿Hay algún problema?

—dijo en tono muy serio cuando estuvieron lo bastante cerca de él como para oírlo. Deseaba con todas sus fuerzas que la chica hubiera cambiado de opinión.

—La señorita Sven se lo ha pensado mejor y dice que quiere marcharse con usted y comenzar su terapia.

Frank le quitó las esposas y la sentó en el asiento del copiloto con cierta violencia, haciendo ver a su jefe que la idea lo había molestado tanto como a él. Cuando Gina se sentó, le guiñó un ojo, le puso en las manos un rosario con cuentas celestes que en otro tiempo había pertenecido a su hija y le deseó toda la suerte del mundo. Le habría gustado abrazarla, pero eso hubiera supuesto el despido inmediato.

—Está bien. ¡Me alegro de que sea así! Se la devolveré sana y salva dentro de dos semanas, sargento, ¡no se preocupe!

Cillian hablaba y se movía muy deprisa mientras se metía en el coche, como si temiera que alguna de las partes cambiara de opinión.

—Espero que no haya ningún problema. Si lo hubiera, llámeme. —Le pasó una tarjeta por la ventanilla—. Estaremos en contacto.

El doctor ya no lo escuchaba, pero, en un gesto mecánico, sacó la mano por la ventanilla para coger la tarjeta y la metió en el pequeño bolsillo delantero de su camisa color *beige*. Arrancó el coche sin mirar atrás. El sargento los observó marcharse durante unos minutos y pensó que sus problemas con los vecinos se multiplicarían por cien. Mientras tanto, Frank los despedía con la mano y una amplia sonrisa de alivio y felicidad. De lejos parecían una pareja cómica: el gordo y risueño Frank y el tísico y enfadado sargento Carter. Cuando el coche hubo desaparecido en el bosque, el sargento agarró su bastón de madera y marfil, que le servía de apoyo desde el accidente que lo había llevado a aquel tranquilo pueblo donde nunca pasaba nada, y se giró para volver a su despacho. Estaba asustado por las consecuencias que podría acarrear la jodida terapia. ¿Y si Gina se fugaba? ¿Qué pasaría si le hacía daño al doctor?

Frank lo siguió con la mirada sonriendo para sí mismo. Al fin la pequeña tendría tiempo de

descansar. Sabía cuánto sufría en la cárcel por mucho que él intentara que su estancia fuera más o menos agradable.

Entre tanto, la situación en el coche era bastante contradictoria. El entusiasmo del doctor contrastaba con la tristeza y desconfianza de Gina.

—¡Me alegro de que haya cambiado de opinión! A partir de ahora, comenzamos una relación de confianza mutua. Yo confío en que usted no me mate y en que me cuente cuanto se le pase por la cabeza y prometo ayudarla a salir de aquí.

Gina miraba por la ventana ¿Por qué aquel hombre estaba empeñado en sacarla de la cárcel? La prisión era el único hogar que conocía.

El doctor pensó que no lo escuchaba, pero le daba igual, estaba feliz. Había luchado mucho por conseguir una segunda oportunidad para la desdichada chica y lo había conseguido. No le importaba cómo hubiera sucedido. La suerte, por lo menos aquella mañana, parecía estar de su parte.

Gina no dejaba de pensar en que quizá sus pesadillas se quedarían en la celda hasta su regreso, porque los fantasmas no viajaban en coche o, al menos, eso creía. Puede que su nuevo psiquiatra le cambiara la medicación y consiguiese algo de tranquilidad.

El bosque y sus preciosos árboles parecían darle la bienvenida. Los pájaros volaban libres por el cielo y unos caballos blancos y negros corrían por la ladera con sus crines movidas por el viento, dejando atrás junto al coche la zona oscura del pueblo. Qué bonita le sonaba la palabra libertad en medio de aquel paisaje.

Les quedaba aproximadamente una hora de viaje y el doctor no sabía qué decir. Empezó a hablarle del pueblo, de sus gentes, de sus calles, del olor a hierba mojada durante todo el año, de la altura de sus pinos y acantilados, de lo maravilloso que era todo. Le describió los edificios de la calle principal y los productos que podían comprarse en sus establecimientos, del pan recién horneado de la panadería de Sam o la comida típica de la región de la taberna de Steve. Pero, por estupendo que fuera el pueblo, sabía que su decisión no había gustado y que los familiares de las víctimas, junto con algún exaltado, habían organizado manifestaciones y recogidas de firmas para que la chica no tuviera ninguna oportunidad si conseguía sacarla de la cárcel.

Esa noche se había declarado toque de queda y organizado una asamblea en el ayuntamiento para frenar los planes del doctor. Todos esperaban para comprobar si regresaba o no con la asesina. Si volvía solo, todo quedaría en nada, pero si volvía con ella, irían a por ellos. No lo iba a tener fácil, pero quien no arriesga, no gana; si conseguía encontrar a los desaparecidos y esclarecer el caso, se ganaría su respeto.

Viendo el poco éxito de su charla, decidió permanecer en silencio y dejar que su paciente disfrutara de su primera hora de libertad vigilada. Sin agobios. Esa era la clave: paciencia y confianza, hacer que se sintiera bien y libre para que le dijera lo que él quería oír. Bajó las ventanillas para que percibiera el olor de los pinos, para que el aire fresco y húmedo le diera en la cara, para que estuviera a gusto. Le pareció verla sonreír.

A la entrada del pueblo, el esfuerzo para que su paciente se sintiera cómoda se desmoronó. Unas cincuenta personas con pancartas y bocinas exigían con gritos y aspavientos la vuelta a la cárcel de la muchacha. Sabían que había conseguido sacarla de allí. No había sitio para asesinos en aquel pueblo y querían que su mensaje quedara claro. El doctor subió las ventanillas y pisó el acelerador.

—No los escuche. Yo lo solucionaré.

No estaba en sus manos, pero no podía decir otra cosa. Necesitaba que Gina confiara en él. La gente del pueblo la odiaba tanto que, por un instante, sintió miedo de su persona, de su terapia y de su paciente.

Cuando llegaron a la casa de la familia Sven, donde Gina pasaría las dos semanas de terapia, la policía estaba aparcada en la puerta. Los vecinos habían llamado a los agentes porque no querían compartir vecindario con una asesina. Temían por su vida y la de sus hijos de una forma irracional. El barrio de la joven era la típica zona de casitas unifamiliares con frondosos jardines y mucho césped. Aunque las calles estaban desiertas por el miedo, el vecindario parecía muy alegre. De los cuatro policías que charlaban alrededor del coche, con las puertas abiertas, se acercó el más alto, con gesto serio.

—Doctor, sentimos este despliegue policial, pero hemos recibido quejas y llamadas de los vecinos. No podemos hacer nada para impedir su presencia, así que hemos venido a procurar que haya paz y no haya altercados. —El policía alargó la mano para saludar al doctor y, después, miró con desconfianza a Gina de arriba abajo—. Espero que no tenga que arrepentirse de esta decisión. Nos quedaremos aquí vigilando la casa. La chica no puede estar sola en ningún momento. No lo molestaremos ni interferiremos en su trabajo.

—Lo comprendo —contestó el doctor, haciendo ver que estaba agradecido por su presencia, pero sin darle la mano al agente—. No se preocupe, estaremos bien. Vamos a entrar en la casa, confío en que no haya más problemas con los vecinos.

El policía retiró la mano y retrocedió para volver al coche con sus compañeros, que miraban a la muchacha como si fuera un extraterrestre.

Gina ignoró a sus admiradores y observó la casa mientras los dos hombres se despedían. Era pequeña, con dos plantas de ladrillo color gris claro y remates blancos, parecía sacada de un cuento. Las puertas y ventanas también eran blancas y de ellas colgaban flores con forma de campanita de color púrpura. Tenía un pequeño jardín delantero con un césped bien cuidado. De pronto, sintió unas ganas tremendas de tirarse al suelo y rodar, quizá ya lo había hecho antes. Desde su posición se entreveía un patio trasero, pero una alta valla blanca impedía a Gina seguir cotilleando. El doctor le puso la mano en la espalda y la empujó al interior de la vivienda sin mirar a los policías que hablaban distendidamente alrededor del coche.

Una vez dentro, Gina notó que olía bien, a limpio y a café. No recordaba nada, pero sentía paz entre aquellas paredes, como si nadie pudiera hacerle daño en un lugar tan encantador. El recibidor era pequeño y una escalera de madera lo ocupaba prácticamente por completo. Habían quitado los marcos de fotografías de la pared y ahora solo se veía la marca que habían dejado. Por la ventana que había en el rellano de la escalera entraba una luz dorada que se reflejaba en la

lámpara del techo imitación Tiffany. Esta proyectaba colores verdes y rojos en las paredes. Al pie de la escalera, en cada lado, había una puerta. La de la izquierda daba al salón y la de la derecha, a la cocina. La puerta de la alacena que había debajo de la escalera estaba entreabierta. Gina vio unas cajas y entendió que estarían llenas de las cosas que el doctor había hecho quitar a su madre.

—Ha llegado el momento de presentarle a su madre

—dijo él, rompiendo el silencio que tenía a Gina absorta en sus pensamientos. Antes de seguir, bajó el tono de voz—. Espero que se porte bien estos días y que su madre no tenga que arrepentirse de haberla acogido. Su habitación está arriba, a la derecha. Puede subir y ducharse, yo la esperaré aquí. Tiene su propio aseo, así que no tendrá que salir mucho si no quiere. —Le sonrió mientras la empujaba escalera arriba y gritaba—: ¡Señora Sven, hemos llegado!

Una mujer de unos cincuenta años bajó por la escalera. A Gina le pareció la persona más guapa que había visto nunca, aunque se advertía con claridad que no estaba pasando por un buen momento. La señora Sven bajó los peldaños haciendo como que no advertía la presencia de su hija y se dirigió al doctor con una mirada coqueta y una sonrisa pícaro que le hacían aparentar veinte años menos. Llevaba una bata de seda turquesa con estampado de flores chinescas de color rosa y, debajo, se advertía un minipijama de pantalón corto también rosa. Se detuvo en el último escalón para hablar con sus invitados.

—Buenos días, doctor, con tanto escándalo de sirenas de policía no le había oído entrar. Fíjese que me ha pillado sin arreglar. —Gina pensó que, si con esa capa de maquillaje no estaba arreglada, a saber cómo iría a una fiesta. La señora Sven giró el rostro hacia ella con un movimiento elegante que dejó al descubierto uno de sus hombros—. Hola, ¿cómo estás? —En cada palabra las sílabas se le aturullaban, era evidente que había bebido. Al observar sus enormes ojos azules, Gina vio el odio como un rayo que le traspasaba el iris; aquella mirada penetrante le produjo todo tipo de sensaciones, excepto amor—. Siento no haber ido a verte, pero no he tenido tiempo, soy una mujer muy ocupada. Al menos espero que recibieras los discos que te mandé a la cárcel. Quizá debería haberte escrito alguna nota que los acompañara, pero me da tanta pereza escribir... Siempre he sido una mujer de acción. —Le guiñó un ojo al doctor.

Gina asintió con la cabeza a modo de disculpa y, sin decir palabra, subió la escalera para dirigirse a su habitación.

El doctor y la señora Sven se quedaron solos. Él la miró. Parecía muy cansada y le temblaba el pulso mientras intentaba subirse la bata, que le resbalaba de forma intencionada por el hombro.

—Bueno, no ha ido tan mal para un encuentro tan forzado. Se muestra reacia a hablar con desconocidos, pero confío en que en este período se vuelva más extrovertida.

La miró con compasión, como si comprendiera lo duro que debía de ser que tu hija no te dirigiera la palabra tras tanto tiempo, pero en el fondo no sabía si realmente eso le importaba.

Gina subió la escalera de la casita. La parte de arriba era igual de acogedora que la de abajo. Tenía un recibidor con dos estanterías repletas de libros, una palmera de tamaño mediano en un tiesto de porcelana con mosaicos de colores estilo Gaudí y un sillón orejero muy desgastado. A los lados había dos puertas, en la misma disposición que las de abajo. Supuso que una era la del dormitorio de su madre y la otra, la del suyo. Abrió la puerta de la derecha, como le había dicho el doctor y, al entrar, descubrió que era la habitación de una chica joven, toda decorada en tonos malvas y blancos, muy en consonancia con el exterior del domicilio.

Había un escritorio vacío con un espejo de pie en un lado y un caballete en el otro, una cama de noventa vestida de limpio para la ocasión, un armario y una estantería repleta de libros de grandes actrices del Hollywood de los años dorados, sobre todo de Marilyn Monroe. Encima de la cama, había toallas limpias y un albornoz rosa, que le pareció horrible.

Se dispuso a abrir el armario para ver qué podía ponerse una vez duchada y secada con aquel espantoso albornoz y se asombró al contemplar la cantidad de ropa que había en el armario, en apariencia tan pequeño; había vivido con dos mudas de chándal color oscuro durante meses y ahora tenía un armario atestado de ropa para su exclusivo uso y disfrute, eso sí, bastante hortera.

Buscó las prendas menos llamativas y de colores más planos y encontró varias de su gusto, que apartó a un lado, encima de la mesita de noche. Abrió la puerta del baño y, antes de entrar, al echar un vistazo a la estancia, comprendió que la chica que habitaba en el cuarto había fallecido y se compadeció de ella. En aquel momento se sintió como la habitante de un cuerpo que no le correspondía. Unos chicos habían muerto aquella desafortunada noche y todos los lloraban; ella también había muerto, pero a nadie parecía importarle.

El cuarto de baño era pequeño, con el techo en pendiente. Estaba lleno de botes de maquillaje y bisutería barata: sobre la cisterna, en el lavabo, en el mueble, incluso encima del espejo de aumento del que colgaban varias toallas de felpa. Se desvistió y, al ver caer la ropa sucia, se fijó en que contrastaba con la alfombra de baño rosa. Acto seguido, se miró en el espejo y vio que ella también contrastaba. ¿Qué pensaría su antiguo yo si la viera usando sus cosas?

Una ducha de agua caliente para ella sola era mucho más de lo que podía imaginar cuando había despertado aquella mañana. Estaba muy agradecida al doctor y pensó que no debía ser malo confiar en un hombre que le había ofrecido tanto sin conocerla: un hogar, una ducha, una madre y un amigo. Los jabones de la repisa de la bañera tenían olores especiales: vainilla, fresa, mora. En la cárcel tenían una pastilla de jabón para todo un mes y no olía a rosas, precisamente. Los usó todos y se limpió a conciencia, intentando desprenderse del pasado con cada gota de agua.

Al salir, se detuvo a oler la toalla antes de secarse; estaba limpia y era suya. Se secó y, una vez vestida, salió a la habitación y se dejó caer en la cama, disfrutando del simple hecho de estar viva. Qué bien olía y qué limpio estaba todo. Cerró los ojos con una felicidad que no había sentido nunca o, al menos, eso recordaba, y pensó que, después de mucho tiempo, podría dormir en ese pequeño cuarto limpio y luminoso. Las flores del papel pintado de la pared empezaron a desvanecerse y el sueño se apoderó de su cuerpo.

Abajo, el doctor hablaba con la señora Sven. Estaban sentados en el saloncito, cada uno en un sillón, al lado de una mesita de té.

—Esta noche iré a la asamblea. Intentaré exponer convincentes razones para que os dejen tranquilas. Sé que ha sido duro y que ahora será peor, pero tal vez tenga su recompensa. Hay que ser optimista —comentó el doctor, sin mirar a la madre de su paciente. No quería que la señora Sven pensara que quería algo con ella.

—Siempre has sido optimista, desde que naciste, y has salido bien parado de cualquier problema que se te ha presentado, pero esto es diferente. El optimismo no vale. Aunque mi hija diga que no fue ella o que alguien más estaba allí, sería su palabra contra todo el pueblo —dijo la

señora Sven mientras se servía una copa de ron con mucho hielo.

—Intentaremos buscar pruebas, testimonios, lo que sea. Ya veremos cómo van sucediendo las cosas y cómo avanzamos con el tratamiento. Es cuestión de fe y paciencia.

La señora Sven se sentó en el sillón de al lado mirándolo como si fuera un postre a punto de derretirse entre sus manos.

—Aunque sé que no va a salir bien, quiero agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotras. ¡No soy una desagradecida, como mi hija! —Bebió la copa de un trago de una forma muy *sexy* y le puso la mano sobre la rodilla, dejando ver con la postura parte de su bonito escote —. Cuando mi hija vuelva a la cárcel, tendré que cambiar de residencia. Llevo meses sin trabajar, pero tengo algo de dinero ahorrado y venderé esta casa. Supongo que me iré donde nadie me conozca, así las cosas serán más fáciles. ¡No fui yo quien mató a los muchachos! — gritó, y se levantó dispuesta a prepararse otra copa.

De repente un golpe seco, seguido de varios más suaves, interrumpió la conversación. El doctor se levantó y cogió su maletín del suelo, en el lado derecho del sillón. Se quedó de pie. No sabía si debía subir al piso de arriba para ver si se trataba de un accidente o si era mejor dejar espacio a Gina y respetar su intimidad. Quizá se le había caído algo, revolviendo sus cosas. Un grito estremecedor siguió a los golpes y el doctor subió las escaleras, seguido de la señora Sven, de dos en dos. Al abrir la puerta, vio a Gina tumbada en la cama, retorciéndose. De su boca salía una gran cantidad de espuma blanquecina. Gritaba y hablaba de forma casi inteligible, pero era evidente que estaba pidiendo ayuda. Le gritaba a alguien que la soltara, le suplicaba que la dejara vivir, que ella no sabía nada. Decía que había muerto y que no sabía dónde encontrarla.

El doctor la agarró con fuerza del brazo y le inyectó un tranquilizante, no sin dificultad, porque no dejaba de retorcerse. Sus últimos esfuerzos, antes de quedar vencida por la droga, fueron muy violentos. Trataba de deshacerse de alguien que le agarraba el brazo. Al cabo de unos segundos, volvió a reinar la paz y Gina cayó presa del sueño. Cillian se sentó en la silla del escritorio y esperó a que su paciente despertara.

Pasaron cuatro horas y él seguía observándola dormida detenidamente. No apartó la vista ni un segundo tras inyectarle el tranquilizante. La señora Sven, dormida y resacosa en el sillón orejero de al lado, se despertó de pronto y dijo que bajaba a la cocina a preparar café. Salió de la habitación dejando un olor rancio a tasca. Al cerrar la puerta, Gina se movió lentamente en la cama. El doctor oía el repiqueteo de los cacharros de la cocina y percibió un rico aroma a café cuando se disponía a hablar. Esperó a que Gina se recuperara y pudiera prestarle atención; la droga que le había inyectado era muy potente y la había dejado exhausta.

—Buenas tardes —dijo—. Estaba esperando a que despertara para que me contara qué ha pasado, ya sabe, por lo de la confianza mutua.

No obtuvo respuesta. Gina permanecía quieta y callada con la manta tapándole parte de la cabeza y de espaldas al doctor.

—No puedo ayudarla si no sé qué la atormenta. Si no me dice nada, habré perdido el tiempo confiando en usted.

Esperó serenamente la contestación de su paciente, que no tardó en llegar.

—Está bien —contestó sin cambiar la postura que había mantenido todo el tiempo y que impedía que el doctor le viera la cara—. Usted me ha ayudado, así que es justo que yo le cuente lo que sé. —Se hizo el silencio, luego suspiró y comenzó a contar lo que la tenía tan asustada—. Veo a dos chicas. Supongo que las que asesiné aquella noche, digo supongo porque no tengo ni idea ni de quiénes son ni de lo que ocurrió. Empecé a verlas cuando desperté en el hospital, de pie junto a mi cama. En un primer momento pensé que realmente existían, pero luego descubrí que solo las veía yo, porque las enfermeras las traspasaban como si fueran hologramas. Al principio estaban guapísimas, vestidas para ir a una fiesta. Una llevaba un vestido de tul azul celeste y la otra, un traje de chaqueta oscuro, más sobria. Por la forma de vestir y de comportarse, no tenían nada en común, parecía que una jugarreta del destino hubiese obligado a las chicas a convivir día tras día a los pies de mi cama, pero parecía que a ellas no les importaba. Sonreían, hablaban entre ellas y cuchicheaban sobre mí. —Sonríó de una forma muy amarga, como si echara de menos aquellos tiempos no tan lejanos—. Pero después se enfadaron, se volvieron violentas conmigo. Sus cuerpos empezaron a descomponerse. Los vestidos de fiesta estaban ajados y sucios, habían perdido color y... —Rompió a llorar—. ¡Vienen a por mí! ¡Quieren vengarse! ¡Quieren acabar conmigo!

Se puso muy nerviosa y el doctor trató de tranquilizarla; si no lo conseguía, tendría que sedarla de nuevo.

—No se preocupe, ahora yo estoy aquí. La ayudaré a liberarse de lo que no la liberen las pastillas. ¿Hablan con usted? ¿Qué le dicen? —preguntó, sin perder la calma, como si hablar de muertos vivientes fuera habitual para él.

—No, nada —contestó Gina con la misma naturalidad. Le gustaba que el doctor no la tratara como a una loca, cosa que hacían los demás—. Me agarran, tiran de mí, me miran fijamente durante horas, pero no dicen nada.

—Está bien. Me ha hablado de dos chicas, pero ¿no ve a ningún chico? Aquella noche desaparecieron tres personas.

No quería agobiarla, pero necesitaba que su paciente le proporcionase toda la información posible ahora que se mostraba abierta a hablar de sus pensamientos.

—No, ni siquiera sé qué aspecto tiene. Sé que había un chico porque me lo comentaron las mujeres de la cárcel y las enfermeras. También lo mencionaron en el juicio, pero no sé nada de él.

Gina miraba al techo intentando recordar alguna cosa más que complaciera al doctor.

—¿Cree que eso significa algo? ¿Que está vivo o que no lo vio morir antes de tirarse por el acantilado? —interrogó Cillian.

—¡No lo sé!

Estaba cansada y tenía sueño, quería acabar cuanto antes aquella conversación y seguir durmiendo.

—No se preocupe, es normal después de una gran conmoción como la suya. Dado que recuerda a su mejor amiga, le diré que se llamaba Shelly. La noche que desapareció llevaba un vestido de tul azul como el que ha mencionado. Le voy a dejar un álbum de fotografías para que descubra algo más de ella. —Dejó sobre la mesita de noche un pequeño álbum de color rojo terciopelo que sacó de su maletín—. ¡Es tarde! —añadió después de echar un vistazo a su reloj—. Me voy a casa, necesito una ducha y descansar. Mañana, a primera hora, vendré a recogerla y la llevaré a mi consulta. Descanse y revise las fotografías. Si necesita algo, le he dejado mi

tarjeta a su madre, tiene la dirección y el teléfono de mi despacho. Por detrás he escrito mi dirección particular y mi teléfono privado. Si necesita cualquier cosa, llámeme, da igual la hora que sea.

Cillian cerró la puerta de la habitación y se marchó.

Pasados unos momentos, cuando estuvo segura de que el doctor se había marchado y de que su madre seguía en la cocina, Gina se levantó, se miró en el espejo de cuerpo entero junto al escritorio y se sintió aliviada. No sabía por qué, pero parecía que, tras haber hecho esa confesión al doctor, las dos muchachas que la atormentaban se habían alejado. Se sentía más ligera después de haber compartido uno de los mayores secretos que escondía.

Estaba muy cansada, pero decidió ver las fotografías, como le había dicho al doctor. Ya dormiría luego. Cogió el álbum y, de repente, un escalofrío le recorrió el cuerpo. No sabía si debía abrirlo. No recordaba nada de esa chica y no sabía qué sentiría al mirar las fotografías de quien se había convertido para ella en un verdugo.

En un impulso rápido, lo abrió sin pensar. En la primera página había fotografías de su infancia: una niña feliz corriendo por la playa, saludando desde la noria de la feria o comiéndose un helado en la plaza del pueblo. Aquella niña no le resultaba familiar. A medida que pasaba las páginas, la niña iba creciendo. Había fotos de todo tipo de eventos: excursiones, bodas, fiestas, días de Navidad. Al llegar a la adolescencia, descubrió a una joven guapísima, morena, con el pelo muy largo y unos grandes y penetrantes ojos negros que le llenaban la cara. Parecía risueña y extrovertida. De pronto una angustia terrible se apoderó de ella; la protagonista de las fotografías la miraba. Ella no la recordaba ni la conocía, pero se sintió desconsolada al pensar en esa vida truncada, porque la pobre Shelly no podía seguir rellenando el álbum. ¿Qué habría pasado con esa chica? ¿Dónde estaría? Quería descubrir si tenía algo que ver con aquel suceso terrible. No quiso ver más, cerró el álbum y decidió volver a dormir.

El doctor se dirigía a la asamblea del ayuntamiento, un pequeño edificio de dos plantas pintado de blanco en el centro del pueblo. En el gran balcón de la planta superior ondeaban un par de banderas. Al entrar, había una gran sala para asambleas y actos, rodeada de ventanales que daban a la plaza principal. En el piso de arriba se hallaban los despachos para el cumplimiento de las funciones y obligaciones del edificio burocrático. La sala de reuniones estaba llena, abarrotada de sillas plegables, todas ocupadas, y mucha gente esperaba de pie una solución para el asunto de la asesina que había vuelto al pueblo. Habían colocado un atril, sobre la tarima donde se celebraban los eventos importantes de la ciudad y, allí, la madre de Shelly, la señora Paul, gritaba por los derechos de las víctimas y pedía justicia. Cuando el doctor entró, todos se giraron y se hizo el silencio dentro de la sala.

—¡No me creo que se haya atrevido a venir! —dijo la señora Paul, rompiendo el silencio sepulcral que reinaba—. Por su culpa estamos pasando este trance, queridísimo doctor.

—Lo que yo no puedo creer es que estén de acuerdo a seguir con este espectáculo. De ti lo

esperaba aún menos —se dirigió a su hermano Tom con una ira mal contenida y gritó visiblemente alterado—: ¡No entendéis que esta situación es buena para todos! Señora Paul, ¿prefiere encontrar a su hija y saber qué ocurrió con ella o visitar una tumba vacía? ¿Qué pasaría si dentro de unos años se descubre que mi paciente no fue la asesina o que alguien más intervino en estos sucesos? ¿Podrían vivir con la culpa de no haber buscado la verdad y llevado a la señorita Sven a la cárcel?

El sudor corría por su roja frente y las venas del cuello parecían querer explotar. Cillian miró a la señora Paul de forma retadora.

Nadie contestó, así que continuó.

—Su hija no volverá. Está muerta y enterrada solo Dios sabe dónde o, mejor dicho, solo Gina sabe dónde. Pero yo puedo traer el cuerpo a su familia, para que la velen y entierren como es debido, puedo descubrir qué pasó aquella noche y quién le hizo daño. Solo necesito dos malditas semanas de tranquilidad para trabajar. Si no me ayudan a descubrir la verdad, nunca recuperará a su hija.

Se dio la vuelta y dio un portazo a su salida. Encendió un cigarrillo y subió al coche. Condujo hasta lo más alto del acantilado y, por un momento, pensó en no frenar, en volar como hizo Gina y ser libre mientras caía al mar. Pero frenó. Se bajó del vehículo y respiró profundamente. Había sido un día muy duro, de grandes altibajos emocionales. Estaba cansado y empezaba a perder la esperanza. Desde lo alto del acantilado, contempló el vasto océano y se preguntó qué habría llevado a Gina a saltar desde allí.

3. La ciudad

Eran las nueve en punto de la mañana cuando el doctor llamó a la puerta del hogar de la familia Sven. Iba bien vestido y abrigado con su gabardina y sus guantes porque hacía un frío que pelaba, aunque era de esperar en pleno invierno. Le abrió Gina. Aunque mantenía el aspecto desmejorado del día anterior, había más vida en su rostro. Su olor delataba que acababa de ducharse y se había puesto unos pendientes en forma de esfera celeste que resaltaban el color de sus ojos. Las ojeras habían desaparecido considerablemente y un color sonrosado había vuelto a sus mejillas. El doctor se alegró de que su estado de ánimo estuviese mejorando. Se sintió victorioso cuando vio el resultado de un solo día en el aspecto de su paciente.

—Buenos días, doctor —dijo Gina, sonriente—. ¿Puede entrar y esperar un momento? Estaba preparándole el desayuno a mi madre. Ha dormido toda la noche en el sofá e imagino que no habrá cenado, así que le he hecho tortitas, café y zumo de naranja. ¿Le apetece a usted desayunar? —El doctor negó con la cabeza mientras Gina seguía con el ajetreo culinario—. Espero que le guste.

Una vez dentro, sacó una bandeja repleta de comida y la dejó sobre la mesa de té, junto a los sillones de la sala de estar, donde todavía roncaba su madre, vestida con la ropa del día anterior.

—He visto que la policía en la puerta...

—Sí, bueno, es normal. Quieren asegurarse de que todo está controlado —contestó el doctor, quitándole hierro al asunto.

—Lo sé...

Gina seguía sin perder la sonrisa mientras se ponía el abrigo para salir. Aunque le daba miedo y angustia volver a salir y enfrentarse a la gente del pueblo, acostumbrada a la monotonía y a conocer la vida y los pormenores de los demás, no quería que la persona que confiaba en ella lo notara. No quería decepcionarlo, así que fingió estar tranquila y tener ganas de comenzar la terapia. Abrió la puerta con fuerza e invitó al doctor a salir como si deseara volver a la jauría humana que la perseguía.

Se dirigieron al coche. El sol resplandecía y las pocas nubes que lo perturbaban parecían invitarlos a volar con ellas.

—Hoy vamos a ir a un lugar diferente —explicó el doctor, ignorando a los policías que hacían guardia frente a la entrada de la casa de Gina. Sabía que los seguirían en todo momento, pero no dijo nada—. He modificado un poco nuestra agenda. Es un premio por el duro día de ayer. —Se sentaron en los asientos delanteros, como piloto y copiloto, y metió la llave en el

contacto—. Vamos a coger el tren e ir a la capital. Lo tomaremos en la estación más alejada del pueblo, para que no nos vea mucha gente.

—Arrancó el motor—. Pasaremos allí la mañana. En la gran ciudad nadie nos conoce ni se molesta en mirar más allá de su móvil. ¿Le apetece?

Cillian sonrió de oreja a oreja. Lejos de los dedos acusadores, de los labios murmuradores y de las miradas intimidantes, se sentiría más libre para hablar con su paciente y perdería la tensión acumulada del día anterior.

—¿Puedo confesarle algo? —dijo Gina, mientras bajaba su ventanilla para tomar aire.

—Claro. Soy todo oídos —contestó el doctor en un tono divertido.

—Recuerdo algo. Bueno, dos cosas. La primera es una foto en la que estoy con las chicas, con Shelly y la otra, la más seria. —Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, haciendo un esfuerzo de memoria—. Van vestidas con la ropa que llevan en mis visiones, pero se ve nueva, como recién estrenada. Es un *selfie* en un espejo de cuerpo entero, en mi dormitorio hay uno, pero no se corresponde al de la foto. El de mi cuarto es blanco con flores malvas y el que recuerdo tiene el marco color madera y es más estrecho. No cabrían unas flores pintadas. Sonreímos y posamos, yo pongo morritos, Shelly hace el signo de la victoria y la otra sonrío con desgana y los brazos cruzados.

—La noche de las desapariciones, su amiga Shelly llevaba una cámara de fotos instantáneas que le habían regalado por su último cumpleaños. Tenía un blog en el que contaba todo lo que hacía o planeaba hacer y ahí subía las fotografías. Quería ser una *it girl* conocida en todo el mundo. Quizá sea la última foto que se hicieron.

No era mucho, pero era mejor que nada y lo principal es que confiaba en él para contarle lo que recordara o se le pasara por la cabeza. Aquello era un gran adelanto.

—No lo sé.

Gina respiró profundamente y miró hacia la ventanilla. La gente los observaba intentando saber lo que se decía la pareja metida en el coche.

—Lo segundo es una melodía. Es de una cajita musical, como un xilófono. Se la puedo tararear, si quiere.

—Estaría encantado. —El doctor rio con ganas—. ¡Descubramos sus dotes musicales!

Gina tarareó la melodía moviendo los dedos al compás de la música. Al psiquiatra no le sonaba de nada, pero la situación le resultaba divertida. La persona más odiada del pueblo tarareando en el coche una cancioncilla absurda mientras la gente se agolpaba pensando que mantenían una conversación profunda que resolvería el mayor misterio de la historia de Coleraine. Si se lo hubieran contado, no lo habría creído.

—En la universidad hay un profesor de musicología al que podemos preguntar si conoce la canción —añadió el doctor, dejando a un lado sus pensamientos—. Puede que esto sea lo último que vio y oyó. Mañana hablaré con él.

El doctor arrancó el coche, condujo por las calles empedradas unos cinco minutos y aparcó cerca de la entrada de la estación. Se bajaron del coche y anduvieron unos metros hasta adentrarse en el andén. Había cinco personas esperando el transporte público, al que le quedaban dos minutos para llegar, según los paneles de información. Los pasajeros, aunque desconfiados, no se movieron ante la presencia de la joven. Cillian miró de reojo a un par de ellos y los reconoció: eran policías. Entonces se preguntó si habría conseguido su cometido en la asamblea

del día anterior. Descubrirlo era cuestión de tiempo.

Mientras llegaba el tren, el doctor recordó que aquella noche, su hermano no fue a casa a dormir; estaba disgustado con el trabajo en el que se había involucrado y le había jurado que, si seguía en su empeño de defender a Gina, no volvería a hablarle y se marcharía de casa. El doctor temía que tras el rifirrafe de la noche anterior hubiera cumplido sus amenazas. El ensimismamiento del médico acabó cuando oyó que el tren entraba en el andén.

Llegaron a la capital al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, en los que conversaron alegremente mientras la gente se agolpaba en el vagón, ocultándolos de las miradas. Quien los divisara por la ventanilla vería charlando a dos buenos amigos.

Las luces y los árboles de Navidad llenaban de vida la ciudad. Se oían villancicos por todas partes y la gente corría en busca de regalos y ofertas para sus familiares y conocidos. Las calles estaban abarrotadas y nadie se percataba de la presencia de la pareja. El doctor había conseguido su objetivo, pasear sin que nadie los mirara, a excepción de los policías que los seguían, y a Gina le hacía sentir bien.

Los rascacielos parpadeaban al compás de las luces navideñas y le gustaba imaginar que la saludaban y se alegraban de verla. Pasaron por un puesto de perritos calientes y el doctor le preguntó si le apetecía uno. Ella contestó afirmativamente y pidieron dos con queso, bien cargados de kétchup.

Comieron y rieron en el parque más concurrido de la ciudad dando trocitos de pan a las palomas. A la paciente le hacía gracia que un señor tan serio abriera tanto la boca para comer un perrito caliente y rio todavía más cuando vio que se llenaba la gabardina de kétchup. Entraron en varias tiendas de objetos diversos y pasearon alegremente por la calle. Gina estaba henchida de felicidad, por primera vez desde su corta existencia se sentía una persona normal y reía de las historias del doctor sobre la universidad y su variopinto profesorado.

En el trayecto de vuelta se quedó dormida y, por un segundo, el doctor sintió ternura al verla apoyada en su hombro, pero rápidamente se devolvió a sí mismo la compostura. Intentaba mantener sus sentimientos fuera de la terapia, aunque en esa ocasión debía reconocer que le estaba costando trabajo. Comprendió, muy a su pesar, que Gina solo era una chica asustada y perdida que no recordaba nada. Fuera o no fuera culpable, esa muchacha no parecía responsable de nada, únicamente de querer escapar de sus miedos.

Al llegar a casa, tras despedirse del doctor hasta la mañana siguiente, Gina decidió darse un baño con agua muy caliente y espuma, usaría uno de los variados tarros de jabón perfumado que había en su aseo. Su madre había salido con un amigo, o eso decía la nota que había dejado en la mesa junto al desayuno intacto que le había preparado su hija por la mañana; podría haberlo tirado y

fingir que lo había tomado.

Querida hija, como el doctor me ha dicho que ibais de excursión y que llegarías tarde, he salido a cenar con un viejo amigo. No me esperes despierta.

Con esta escueta nota se había escabullido para no cenar con ella y pasar el menor tiempo posible en casa. Gina sabía que huía de su presencia. Notaba en su forma de mirar y de actuar que la hacía responsable de lo que estaba pasando, incluso de su divorcio, aunque hubiera ocurrido varios años atrás. Sentía su odio, como si sintiera que era culpa suya que todo el pueblo la criticase. Estrujó la nota con indiferencia, la tiró a la basura y echó un vistazo dentro del frigorífico para ver qué podría preparar para cenar. Con no mucha sorpresa descubrió que no había nada en la nevera, excepto cerveza, ron y mantequilla, y pensó que sería divertido hacer un pedido a domicilio a un restaurante chino. La sola idea de hacer cosas impensables después de los meses de prisión le parecía emocionante. Llamó y encargó un rollito de primavera, unos tallarines y cerdo agridulce. Tardaría unos cuarenta y cinco minutos en llegar.

Subió a su habitación y comenzó a llenar la bañera, tenía tiempo de sobra para asearse. Se desnudó, se metió dentro y suspiró profundamente. Parecía que todo iba bien. Dejó que el agua le llegara hasta las orejas y después se sumergió para mojarse el pelo. Quizá consiguiera recordar algo de su pasado. Se sentía optimista y con fuerza para ayudar al doctor a encontrar la verdad que se escondía en su subconsciente. Al sacar la cabeza del agua para tomar aire, el ambiente se volvió gélido. El vello de todo su cuerpo se erizó en el agua cada vez más helada y el olor a perfume de los jabones se entremezclaba con un terrible hedor a cloaca. Sabía lo que eso significaba e intentó relajarse y cerrar los ojos.

Todo estaba en su mente, no era real. Esperaba que la nueva medicación del doctor y su fuerza de voluntad consiguieran acabar con las alucinaciones. Inspiró para relajarse. Podía controlarlo o, al menos, debía intentarlo. Entonces, oyó el frufrú del tul por el suelo del baño. Tenía cerrados los ojos como si no fuera con ella y respiraba profundamente para calmar la taquicardia. Cada vez oía más cerca el sonido de sus pesadillas. Intentó no ponerse nerviosa y dijo con voz calmada:

—Sé que estás ahí, Shelly, oigo tu vestido. También sé que estás en mi mente, así que solo te lo preguntaré una vez: ¿qué quieres? —Abrió los ojos, pero no había nadie—. No puedes hacerme daño, no existes.

El silencio y la tensión se podían cortar. Pensó en salir de la bañera, pero prefirió intentar un acercamiento que le pudiera ayudar a recordar algo de su pasado. Pese al frío del entorno y del agua, el sudor le empapaba la frente y le recorría la cara hasta llegar al escote.

—Si os puedo ayudar, estoy dispuesta a hacerlo. Solo tenéis que echarme una mano para recordar y yo os sacaré de donde estéis, os doy mi palabra.

Aquel estado de tensión le daba más miedo que cualquier visión. Lo impredecible siempre asusta al ser humano.

No se veía ni se oía nada. Todo estaba cubierto de vaho. Miró a su alrededor expectante y asustada, pensando si sus palabras habrían surtido efecto. No tenía móvil, el profesor le había prometido uno, pero aún no se lo había dado y, para llamarlo, tenía que llegar al teléfono de la sala de estar, en la planta de abajo.

El hecho de estar sola en casa la asustaba demasiado; cuando sufría sus alucinaciones y

brotos en la cárcel, aunque estuviera sola en la celda, los funcionarios acudían a ayudarla. Pensó en esperar en la bañera a que llegara su madre, sin moverse, pero no sabía cuándo volvería. También se le ocurrió gritar para que los policías que vigilaban la entrada se enterasen de que algo no iba bien, pero lo más probable es que no la oyeran. Puede que ese día las alucinaciones acabaran con ella y empezó a ponerse nerviosa. Oyó el tuf de nuevo y una especie de risa maliciosa a su espalda. Parecía que alguien se movía con rapidez por el cuarto de baño; la situación se le estaba yendo de las manos. Al girar la cabeza hacia el origen del sonido vio en el espejo que un mensaje comenzaba a aparecer:

No queremos nada de ti, te queremos a ti.

Gina saltó de la bañera desnuda y corrió escaleras abajo hacia el teléfono para llamar al doctor. Resbaló y cayó de costado, pero nada podría impedir que llegara hasta el auricular, así que tiró del cable y se arrastró hasta conseguirlo.

El doctor, que estaba calentándose un plato precocinado, vio entrar a su hermano Tom. Sintió alivio al comprobar que, por muy enfadado que estuviera, no había cumplido sus amenazas.

—Pensé que no volverías, me alegra que no haya sido así —dijo Cillian al lado del microondas mientras su hermano se dirigía al piso de arriba.

—Sigo sin aprobar tu estúpido plan, hermanito. —Se detuvo en seco en mitad de la escalera para contestarle—. Pero esta también es mi casa. Cuando todo acabe, me darás la razón y descubrirás la gilipollez que estás haciendo. —Siguió subiendo sin esperar respuesta.

—Cuando eso suceda, te pediré perdón, no te preocupes.

Tom no dijo nada más.

Cillian pinchaba con el tenedor una patata frita cuando sonó el teléfono. Corrió a cogerlo, no quería que su hermano respondiera las llamadas mientras estuviera involucrado en el caso. La información que consiguiera tenía que permanecer en secreto hasta que acabase la terapia. Que la gente conociera sus avances, incluido su hermano, no era bueno para su trabajo.

—No se preocupe, Gina, enseguida estaré allí.

Soltó el teléfono, tiró la cena precocinada al cubo de basura y subió a comprobar si su hermano se había enterado de algo. Se estaba duchando con la música lo bastante alta como para no oír nada. Le encantaba el rap y la canción *The Monster*, de Eminem, sonaba con fuerza en el cuarto de baño. Bajó las escaleras, se puso el abrigo y salió.

Tardó unos diez minutos en llegar a la casa de su paciente. Los policías que vigilaban desde el coche patrulla se sorprendieron mucho al verlo allí a esas horas, pero no pidieron explicaciones.

Gina abrió la puerta muy nerviosa, temblaba y llevaba el pijama del revés.

Al cabo de un rato, logró tranquilizarla y dejarla sola para preparar en la cocina chocolate caliente, su bebida preferida. Gina le contó lo que había ocurrido en el cuarto de baño,

trabándose en algunas palabras, y el doctor, para acabar con su nerviosismo, le dijo que vería qué pasaba en la planta de arriba.

Subió la escalera para entrar en el servicio, confiado en que Gina estaba suficientemente tranquila para quedarse sola en el salón durante unos minutos. No había ni rastro de vaho, ni de tul, ni mensajes del más allá ni nada de nada, como había imaginado. Volvió a bajar.

—Creo que su mente ha vuelto a jugarle una mala pasada —dijo el doctor, afablemente—. No debe olvidar que están en su mente. Tiene que aprender a ignorarlas, por mucha comezón que le causen. ¿Está tomando la medicación?

Gina no lo escuchaba. Miraba al infinito con la mirada perdida.

—¿Se quedará aquí hasta que vuelva mi madre? —preguntó con lágrimas en los ojos y visiblemente alterada.

—No puedo —contestó—. ¿Qué cree que pensaría la gente si me viera salir de aquí a altas horas de la madrugada sin que su madre esté en casa? —indicó el doctor, sorprendido—. Preferiría que las sesiones las tuviéramos en mi despacho. No sé si me comprende. —La miró esperando una respuesta—. Si lo desea, le puedo dar algún tranquilizante para pasar la noche. Me halaga que confíe en mí y que me llame cuando necesite ayuda, pero no puedo quedarme, compréndalo.

—Está bien, entonces vayamos a la calle, tomemos un refresco por ahí o paseemos por el parque, pero no me deje aquí sola, por favor.

Gina se levantó del sofá dispuesta a salir en pijama si hacía falta.

El doctor se quedó pensativo. La señora Sven no llegaría hasta bien entrada la noche y no en muy buenas condiciones. No podía dejarla sola en esas circunstancias; si perdía ahora su confianza y la abandonaba con sus miedos, quizá no le contaría nada. Sopesó las dos opciones y decidió quedarse con ella hasta que estuviera más tranquila o las pastillas que iba a darle le hicieran efecto. Si los vecinos preguntaban, les diría que, en caso de crisis, no se deja a los pacientes solos por seguridad. A la madre de Gina seguro que no le importaría.

—Está bien —respondió—. Prepararemos palomitas y veremos una película navideña, que es lo propio en una noche tan fría como esta. ¿Qué le parece el plan? En cuanto llegue su madre, me marcharé.

Gina corrió a la cocina a preparar palomitas y el doctor le recomendó una película navideña clásica, para que le diera tiempo a su madre a volver. Comenzaron a ver *Qué bello es vivir*, un film de más de dos horas que cuenta la historia de un hombre atormentado por una vida que no le gusta y que él no ha decidido. Cuando planea suicidarse, hartado de su existencia, un ángel acude en su ayuda para demostrarle que la vida merece la pena pese a las adversidades. Todo un clásico de los años cincuenta dirigido por Frank Capra y protagonizado por James Stewart.

Gina tomó la medicación con el chocolate y las palomitas, y se sentaron, cada uno en un sillón, a disfrutar de la sesión de cine improvisada.

Cuando se durmió, gracias a las pastillas, al doctor le costó trabajo no estrecharla entre sus brazos; tras ponerle por encima una bata y mirarla absorto unos segundos, se marchó de la casa. Se despidió con un gesto de cabeza de los policías que lo miraban recelosos y emprendió la vuelta a casa. Mientras caminaba de madrugada por las calles desiertas, pensó que habría dado cualquier cosa por dormir abrazado a la joven. Había algo en ella que lo había embrujado y sabía que eso no era bueno.

La señora Sven llegó poco después de que Cillian se marchara, tan borracha que no se percató de que su hija dormía en el sillón. Subió las escaleras, se desnudó y se lanzó de bruces a la cama pensando en la resaca que tendría al día siguiente. Se alegró de no tener que ir a trabajar por la mañana. En realidad, había salido sola, no tenía amigos, y había estado bebiendo en la taberna de al lado hasta olvidar que tenía una asesina en casa que le había destrozado la vida.

4. El acantilado

Cuando Gina despertó en el sillón a la mañana siguiente, el doctor se había ido y el abrigo color granate de su madre colgaba del perchero, cerca de la puerta. Apartó la bata que la cubría, puso los pies en el suelo y miró el reloj, que en aquel momento marcó las ocho de la mañana con una dulce y alegre melodía. Se preguntó cuántas veces lo habría escuchado antes.

No había terminado de ver la película, aunque le había gustado bastante lo que había visto, se había sentido identificada con el protagonista. Ella también necesitaba un ángel de la guarda y pensó que quizá el doctor Jackson era el suyo. Se puso las pantuflas y subió las escaleras con intención de asomarse al cuarto de su madre.

Abrió la puerta lentamente para que no la oyera y asomó un poco la cabeza. Olía a alcohol y se la oía roncar. Estaba dormida, así que no tendría que darle explicaciones, aunque no se las iba a pedir. En el fondo agradecía que su madre fuera así. Se sentía menos culpable que si fuera una mujer atenta y cariñosa que sufría por su hija. Ese día, iría a la sesión de terapia escoltada por los policías. El doctor había llamado diciendo que la vería directamente en su consulta.

Gina se subió al coche patrulla sin decir nada y observó que las tiendas estaban cerradas, solo la panadería y el quiosco de prensa estaban abiertos preparando sus mercancías para el día.

Cuando llegaron a la calle Alilith, se detuvieron en un semáforo y se fijó en una ventana desde la que alguien la observaba. Pegado a un rosetón en el piso más alto de la casa, suponía que el desván por su tejado abuhardillado, había un muchacho rubio que la miraba sonriendo. Gina miró al joven y este la saludó con un movimiento de la mano; ella le devolvió el saludo y, de pronto, el semáforo se puso en verde y continuaron su camino. Se sorprendió de que alguien en el pueblo la saludara y además sonriera al hacerlo. Al principio no había estado segura de que se dirigiera a ella, pero no había nadie más en la calle.

El doctor la esperaba en su despacho. Era más puntual que ella. La secretaria del vestíbulo la hizo pasar con un gesto de la mano, sin mirarla ni dirigirle la palabra, atenta a la pantalla del ordenador de sobremesa. Tras la puerta había un despacho pequeñito. Estaba completamente forrado de madera y de sus paredes colgaban los típicos cuadros de perros de carreras inglesas con fondo de terciopelo verde. Al lado izquierdo, había una gran estantería con todo tipo de libros de psicología y psiquiatría. Al otro lado, el sol que se colaba por una ventana de grandes

dimensiones alumbraba al doctor, sentado frente a su escritorio. Tenía una especie de estor de cuadros verdes, supuso que para hacer juego con los cuadros y sus marcos dorados. La luz que entraba por el lado derecho le hacía parecer un ser divino. Su pelo rojizo fulguraba con la luz del sol y sus ojos parecían transparentes. Su bonito perfil se desdibujaba y volvía a dibujarse según sus movimientos al pasar las páginas de los libros.

Entonces, Gina sonrió al recordar que había comparado al doctor con el ángel de la guarda de la película navideña, convencida de que era su salvador y de que, a lo mejor, con ella conseguiría sus alas.

—Buenos días, señorita Sven —dijo el doctor al percatarse de la presencia de su paciente en el quicio de la puerta sonriendo para sí misma—. Hoy empezaremos con una pequeña conversación y después daremos un paseo hasta la cima del acantilado, donde la vieron la última vez.

—Hoy vengo muy animada —contestó ella suavemente—. Un chico me ha sonreído y saludado desde una ventana.

—¡Ja, ja, ja! —El doctor rio con ganas—. ¡Al final se va a echar usted novio!

—No se ría —respondió ella con cierta pena mirando el suelo—. Me ha gustado la sensación de saber que alguien de este pueblo no me odia.

—No todos la odian. —Cillian la observó con detenimiento—. Pero los que la odian hacen mucho ruido... Bueno, cambiemos de tema. —Sacó una carpeta gris tamaño folio del cajón del escritorio con algo escrito en una pegatina que Gina no alcanzó a leer—. ¿Vio el álbum de fotografías que le dejé?

—Sí, lo estuve revisando, pero no recuerdo nada. Parecía una chica muy maja —contestó Gina, mirando por la ventana a los alumnos que corrían y reían en el césped del campus. ¡Qué envidia poder disfrutar así de una mañana tan estupenda!

—No se preocupe, no hay que agobiarse. Hoy quería enseñarle más fotografías, pero de la otra chica, de Mary Shelman.

El doctor sacó de la carpeta varias fotografías. Estas no estaban en un álbum bonito y ordenado cronológicamente, sino sueltas e impresas en mala calidad a tamaño folio. Gina las miró atentamente. No la conocía, pero era totalmente distinta a Shelly. Parecía, al menos a simple vista, una persona muy seria y sobria.

En todas las fotos aparecía vestida con colores oscuros, en ninguna sonreía y parecía mirar a la cámara con prepotencia. Era pelirroja y llevaba el pelo recogido en un moño alto, como de bailarina. Su piel era muy pálida y las pecas le daban a su cara algo de color. Tenía ojos pequeños, pero de un verde muy claro. No se podía decir que fuera fea, tenía un atractivo peculiar, pero tampoco era guapa, y por su impronta debía de ser una muchacha bastante estúpida.

—No la conozco —dijo Gina, que dejó las fotos sobre la mesa y miró al doctor esperando alguna respuesta.

—Es Mary Shelman, directora de la escuela de música del pueblo. Tocaba el piano como nadie y era la novia del chico que desapareció también aquella noche. —Recogió las fotos y las volvió a meter en la carpeta, como si temiera que se estropearan o que alguien más las viera—. No era una gran amiga suya, pero esa noche coincidieron porque iban al mismo sitio, usted con sus dos mejores amigos y ella con su novio. Iban a la fiesta del alumbrado de Navidad en el centro del pueblo, en Diamond Square. Esa es la razón por la que iban tan bien arreglados. En

esa fiesta todo el pueblo se pone sus mejores galas. Es el único acto importante que se celebra en Coleraine.

—Siento no poder ayudarlo —dijo Gina, cortando la conversación. No le gustaba esa chica, le inquietaba su imagen, aunque solo fuera en fotografías.

—No importa, tenía pocas esperanzas de que la recordara. No pasaban mucho tiempo juntas —contestó, y cerró el cajón que guardaba las fotografías con llave—. Tengo concertada una cita en la escuela de música mañana. Iremos a visitarla. Ahora será mejor que vayamos tirando.

El doctor se levantó para coger su abrigo, se lo puso a toda prisa y salió al vestíbulo despidiéndose de su secretaria de la misma forma en que ella había recibido a Gina, sin mirarla. Sin embargo, la secretaria se puso de pie y sonrió como si llevara toda la mañana ensayando esa despedida. El doctor andaba deprisa sin decir palabra y Gina se limitaba a seguirlo un poco cabizbaja. Al cerrar la puerta, la mujer volvió a su sitio y suspiró profundamente. ¿Cuándo se daría cuenta el doctor de que era la mujer de su vida? Empezaba a cansarse de arreglarse todas las mañanas para un hombre que no le hacía caso. Llevaba tanto tiempo enamorada de él que todo el mundo lo sabía, todo el mundo menos él.

Llegaron al aparcamiento de la universidad entre los cuchicheos de los alumnos. Subieron al coche y arrancaron en dirección al acantilado. El doctor encendió la radio para escuchar música clásica, que sabía que le gustaba. Gina notó en él cierta frialdad que la desconcertó.

Cuando llegaron a su destino, el cielo estaba gris y nublado, parecía que fuese a llover de un momento a otro. El viento, como siempre en la cima, rugía con fiereza y golpeaba las ruinas del castillo que se erigía en lo alto. El mar estaba bravo y las olas rompían con fuerza contra las rocas de color oscuro. Desde arriba, el agua se veía gris, amenazante y turbia. Gina pensó que, si de día tenía aquel aspecto, de noche sería todavía más aterrador. La hierba se agitaba en el aire y quedaba aplastada bajo los pies de la pareja. El viento entre los pinos soplaba con gran estruendo.

No había nadie. No era un sitio agradable para estar, no solo por el viento, sino por la sensación de inquietud y temor que alteraba a quien lo visitaba. Aunque el sonido pareciese agradable, la sensación era desesperante. El pelo golpeaba a Gina en la cara y se le metía en la boca y en los ojos. Pensó que quería contarle lo sucedido aquella noche, ayudarla, pero no sabía interpretar sus sonidos.

Se acercaron al borde del acantilado con cuidado y miraron abajo. Se veía todo el pueblo. Los pescadores trabajaban en sus pequeñas barcas y la gente paseaba o acudía a sus citas. Desde allí no le daban miedo ni le preocupaban los habitantes de Coleraine, unos seres minúsculos que vivían su vida sin saberse observados y envidiados por su libertad desde lo alto del acantilado.

El doctor pensaba en la noche de las desapariciones. Aquella noche había llovido muchísimo, tanto que el agua caía por el acantilado como una catarata. Cualquier huella o rastro de sangre había desaparecido en el mismo sitio en el que pretendía desaparecer la presunta responsable.

—Desde aquí se precipitó usted al vacío —dijo el doctor, y Gina observó la altura del acantilado—. Unos chicos que hacían botellón en la playa la vieron y alertaron rápidamente a la policía. Cuando cayó al agua, no dudaron en tirarse para sacarla, pero los golpes la habían dejado inconsciente y perdía mucha sangre, y hasta que no llegó la ambulancia no pudieron hacer nada

por usted. —El doctor observaba la mirada ausente de Gina, que se esforzaba por recordar algo de lo que escuchaba—. ¿Qué puede llevar a una persona a tirarse desde aquí? Es una muerte segura, lo suyo fue un auténtico milagro.

Gina seguía con la mirada clavada en el agua.

—La gente del pueblo —continuó— tiene la opinión de que la culpa la llevó a querer acabar con su vida, pero a mí me interesa lo que opina usted.

—Creo que no solo la culpa lleva a la gente a intentar suicidarse. Hay otras causas: el miedo, la desesperación... Por ejemplo, en la cárcel sufría alucinaciones muy a menudo y, si hubiera tenido un acantilado como este, me habría tirado sin pensarlo —contestó cambiando el rumbo de su mirada hacia su espalda, como si intentara adivinar de dónde venía aquella noche. El viento la golpeó de nuevo con el pelo en la cara—. Quizá huía de algo, ya sea culpable o no, y decidí tentar a la suerte y saltar. Puede que me pareciera mejor que volver atrás.

—Una idea estupenda. Tentar a la suerte... Supongamos que prefirió saltar a enfrentarse a algo que la perturbaba y que esperaba salir con vida. ¿Qué la llevó a actuar de ese modo? Tenemos que averiguarlo —dijo el doctor, y le puso la mano en el hombro para intentar consolarla—. Cambiando de tema. Hablé con el profesor de musicología y me dijo el título de la canción que buscamos. Es una canción clásica de 1800, conocida por ser el último tema que tocó la orquesta del *Titanic* antes de su hundimiento. Resulta paradójico que oyera, supuestamente, el mismo tema que escucharon los pasajeros del *Titanic*. Se llama *Nearer, my God, to Thee* y es un himno cristiano compuesto por Sarah Flower Adams. Mañana se lo pondré en mi despacho, a ver si recuerda algo al escucharlo.

No quería que su paciente lo notara, pero el doctor empezaba a desesperarse. Tenía sentimientos nuevos y contradictorios que luchaban en su interior. La gente comenzaba a mirarlo inquisitivamente por la calle. Era cierto que solo llevaban tres días juntos, pero había esperado que recordara algo más, que la confianza y el estado de ánimo en el que se encontraba ahora le hubiera ayudado a recordar. No podía negar que el aspecto y la actitud de su reclusa habían mejorado considerablemente, incluso habían desaparecido las heridas de los labios y las ojeras eran casi inexistentes, pero no era suficiente. Necesitaba que la gente le diera la razón, que vieran que era un gran profesional. Y luego estaba Gina, ese extraño ser que, pese a su esfuerzo, lo fascinaba de una forma que no habría sabido explicar. Siguieron mirando al infinito, absortos en sus pensamientos, hasta que Cillian decidió que era el momento de marcharse a casa.

5. La clase de música

Aquella mañana, Gina no tenía que madrugar porque había quedado con el doctor en la escuela de música a las once, pero como se levantaba temprano, principalmente porque le costaba conciliar el sueño por las pesadillas, decidió deambular por la casa hasta que fuera la hora de subirse al coche patrulla. Pensó que quizá pasarían por la casa de su misterioso amigo o que se lo encontraría caminando por las calles del pueblo.

Ese día también pasaron por la calle Alilith y allí estaba, saludando, asomado a la ventana, en el mismo sitio y casi a la misma hora. Gina especuló con la idea de gritarle desde el coche y decirle que bajara a hablar con ella, pero no se atrevió. No le dejarían hacerlo. Intentó recordarlo. ¿Lo conocía del colegio, de la universidad o era simplemente un vecino? ¿A lo mejor no la conocía y por eso la saludaba? Quizá le había parecido una chica mona y no sabía quién era. En cualquier caso, estaba encantada.

Cuando levantó la vista de nuevo, el chico había desaparecido en la oscuridad de lo que suponía su habitación. Decidió olvidar el tema. Al cabo de un rato, llegaron al despacho de la universidad, donde el doctor pasaba consulta; como el día anterior, la secretaria la hizo pasar con total indiferencia.

—Buenos días, señorita Sven. ¿Lista para la clase de música? —saludó el doctor con el abrigo puesto y las llaves del coche en la mano.

La escuela de música era un pequeño edificio casi a las afueras del pueblo, en la zona nueva. Estaba compuesto por tres formas cuadradas de diferentes tamaños en un estilo modernista y cada módulo estaba pintado de un color: naranja, amarillo y rojo. En la puerta había una pequeña escultura de bronce de una partitura en un atril con un letrero que anunciaba la función del edificio: «Escuela de música de Coleraine». Habían ido por la mañana porque hasta la tarde no había niños, estaban en el colegio, y no querían tener problemas con alguna madre histérica que no quería que su hijo se mezclara con una asesina. Parecía que el discurso que el doctor había dado en la asamblea celebrada hacía unas noches había surtido efecto, y Cillian no quería volver a despertar el recelo y la ira de los pueblerinos.

Entraron por la puerta principal, pintada de un color azul cielo, y anunciaron su llegada a la conserje, que estaba en su garita. La señora Dawson era la portera de la escuela desde que la

institución había abierto sus puertas, hacía ya más de quince años; les indicó con malas maneras que esperaran a que llegara la nueva directora. No querían que husmearan por allí, eso les había quedado claro.

En la salita de espera había unas sillas metálicas incómodas, también pintadas en colores llamativos, y como no sabían cuánto tiempo tendrían que esperar, se sentaron.

—No espero mucho de esta sesión. Sé que no tenía relación con la chica, pero es una visita obligada —repetió Cillian. A veces Gina pensaba que creía que era tonta por el modo en que le explicaba y repetía las cosas—. Esta primera semana la pasaremos visitando distintos lugares del pueblo que la puedan ayudar a recordar. La última semana de terapia intentaremos poner en orden sus pensamientos, tirar de alguna cosa que haya recordado y sacar algo en claro. Esto quiere decir que el trabajo duro vendrá después.

De pronto, apareció por el pasillo una chica joven vestida con colores claros, con una falda gris de tubo y un jersey de cuello vuelto color *beige*. Por su cara, no parecía que le agradara la visita, pero daba la sensación de que no le había quedado más remedio que aceptarla.

—Buenos días, soy Cindy Newman —dijo la joven, jugando de forma nerviosa con su anillo de compromiso—. Soy la nueva directora de la escuela y los acompañaré por las instalaciones durante la visita. Si tienen alguna duda, estoy aquí para ayudarlos —apuntó con resignación—. Empezaremos visitando las aulas de nuestros alumnos.

—Muchísimas gracias, señorita Newman —contestó el doctor—. Escucharemos atentos sus explicaciones.

Intentó sonreír y parecer lo más agradable posible, pero no surtió efecto; la directora parecía más consternada que complacida con su tono.

Cindy Newman no habló en todo el trayecto, se limitó a abrir las puertas y dejar que los indeseados invitados entraran y deambularan a su gusto mientras ella esperaba en la puerta. Todas las clases eran prácticamente iguales, salas rectangulares con varios pupitres dispuestos en círculo y varios instrumentos en el centro. Las paredes estaban decoradas con vinilos de notas musicales de colores; las pizarras, limpias; y las papeleras, vacías. Las estanterías desbordaban de libros de temas musicales para los más pequeños.

Nada de lo que había allí estimulaba a Gina a recordar algo sobre su pasado. Llegaron al último espacio de la visita: el auditorio. Era una sala semicircular, repleta de butacas de terciopelo rojo y con un pasillo central que llevaba al escenario, donde había un piano blanco. Tras el escenario, había unas cortinas del color de las butacas y varios objetos de atrezzo escondidos para cuando hicieran falta. Olía a cerrado y estaba muy oscuro.

—Este es el auditorio —dijo la señorita Newman—. Esperen, hay que subir los plomos para dar la luz. —Alumbró el panel eléctrico con la linterna de su móvil—. No lo usamos casi nunca, solo para las representaciones navideñas y a final de curso. —Encendió la luz y observó el piano con tristeza—. Aquí ensayaba Mary. Venía todas las mañanas a practicar unas horas porque en su casa se quejaban.

Gina observó el piano. Nunca había estado en aquel lugar, pero no le gustaba. Le transmitía intranquilidad. El olor a humedad y cerrado le recordaba a los olores putrefactos de sus

pesadillas. Anduvo por el pasillo central hasta llegar al escenario y subió. El suelo de madera del auditorio brillaba muchísimo y resbalaba en la misma medida.

Al oír el eco de sus pasos al subir los tres escalones que llevaban al escenario descubrió que no era un buen sitio para tocar. Se acercó al piano y acarició sus teclas. El doctor, por su parte, se aproximó a un atril con partituras en el otro extremo del escenario y comenzó a leerlas como si entendiera de música.

Cuando Gina dejó de tocarlo vio que una de las teclas bajaba, como si alguien la estuviera presionando. Miró al doctor para ver si él también lo veía o era una de sus alucinaciones, pero el doctor estaba distraído con las partituras. Supuso que había sido su imaginación. Dirigió la vista de nuevo al instrumento y observó que varias teclas se movían al unísono, como si tocaran una melodía; no se oía nada, pero subían y bajaban como si alguien estuviera dando un concierto. La directora observaba ensimismada el pasillo deseando terminar la visita.

Gina se acercó más al piano. A lo mejor sonaba la música que recordaba, pero no oía nada, ni de cerca ni de lejos. Entonces, las teclas dejaron de moverse. Cuando alzó la vista, Mary Shelman estaba junto al doctor y lo miraba fijamente, muy de cerca, sin parpadear, como la miraba a ella en sus largos días en la cárcel. Sus manos putrefactas intentaban tocarlo y abría y cerraba la boca como si tratara de decirle algo.

—Ella... Ella... —No podía terminar la frase, estaba demasiado asustada—. Ella está aquí.

Gina empezó a retroceder, a huir despacio para no atraer la atención del cadáver que seguía intrigado con el doctor y sus partituras, moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro y haciendo un ruido horrible con los huesos del cuello.

—¿De quién habla? —preguntó el doctor, mirando a los lados con tranquilidad—. Gina, aquí no hay nadie, su mente sigue jugando con usted. En su mano está mantenerla a raya o dejarse llevar por la locura. Intente enfrentarse a sus miedos, haga como si no viera nada.

Siguió pasando las hojas de la partitura como si no pasara nada. Mientras, la señorita Newman los contemplaba ojiplática desde la puerta a la espera de que acabara aquella situación, no sabía si acercarse para intentar enterarse de algo, pero se estaba asustando, a pesar de que sabía que la policía estaba preparada para intervenir si daba la voz de alarma. La cara de pánico de la asesina de su amiga le resultaba desconcertante. Empezó a jugar con las manos y, tras hacer acopio de valentía, entró en el auditorio y se quedó en la última fila, apoyada en una butaca. No estaba lejos de la puerta si tenía que correr, pero sí lo bastante cerca como para oír lo que decían. Había prometido a la madre de Shelly que le contaría pormenorizadamente todo lo que ocurriera allí aquella mañana.

—Lo está mirando fijamente —respondió Gina con un hilo de voz prácticamente inaudible—. Está a su lado.

—A mi lado no hay nadie, ¿lo ve? —El doctor movía los brazos de arriba abajo como un loco para demostrar a su paciente que todo era fruto de su imaginación—. Si hubiera alguien aquí, lo estaría golpeando con mis brazos y puños.

De repente, los ojos de Mary se dirigieron a Gina y comenzó a andar hacia ella, lentamente, como si supiera que estaba en su terreno y que nada podía evitar que la alcanzara. Gina retrocedió con paso rápido y, cuando estuvo a punto de caer del escenario, el doctor la agarró del brazo y la sujetó con fuerza. La obligó a mirarlo con un violento tirón.

—¡Aquí no hay nadie! —repitió—. Trate de contenerse, va a asustar a la señorita Newman.

La directora ya estaba asustada y los miraba aterrorizada. No podía irse, el miedo la había

paralizado, y solo pensaba en correr y no volver nunca a aquel auditorio.

Gina se quedó quieta junto al doctor, que seguía agarrándole el brazo con fuerza. Mary llegó a su objetivo y se colocó frente a ella. La miraba fijamente con sus descompuestos ojos. El terror le impedía reaccionar, así que siguió agarrada del brazo de Cillian, sin moverse. No hizo ningún esfuerzo por soltarse. Mary abrió la boca y Gina percibió un olor pútrido e inaguantable. Unos hilos verdosos y gelatinosos se estiraban y unían sus labios. Giraba la cabeza lentamente de un lado a otro y el sonido de los huesos al girar le resultaba insoportable. No podía resistir más. De pronto, cayó desplomada al suelo del escenario. El doctor miró a Cindy Newman y la invitó a que saliera.

—¿Llamo a una ambulancia? —preguntó muy alterada, mirando a todas partes.

—No es necesario —contestó el doctor—. La tumbaré en una butaca. Cuando se recupere, nos iremos. —Le hizo un gesto como para que saliera de una vez.

La mujer captó el mensaje y cerró la puerta del auditorio, dejando atrás la escena más inquietante que había vivido nunca. Le advirtió a la señora Dawson que no le pasara más visitas y se desplomó en el sillón de su despacho. Aunque no había visto nada, la imagen de Gina desconcertada mirando al infinito la había alterado. Se preparó una tila bien caliente y puso música *chill out* en el ordenador. Necesitaba relajarse. Cogió el teléfono y llamó a la madre de Shelly para contárselo todo. La señora Paul respondió al teléfono enseguida y escuchó atentamente lo que su espía tenía que contarle.

Cuando Gina recobró la consciencia, estaba en un sillón del auditorio. El doctor la había tumbado y se hallaba sentado en la butaca de al lado, mirando al frente. Cindy Newman había desaparecido. No sabía cuánto rato había pasado, pero supuso que no mucho.

—Imagino que habrá descubierto que no pueden hacerle daño, solo el que usted les permita —dijo el doctor—. No son más que sombras, no existen. —Se levantó de la butaca de un salto y gritó—: ¡Mary! La reto a que la próxima vez se aparezca delante de mí. ¡Deje a mi paciente en paz o se las verá conmigo! —Entonces, miró a Gina divertido y la ayudó a ponerse en pie—. Despacio, no se levante de golpe.

Intentaron despedirse de la directora, pero esta se negó a abandonar su despacho con la excusa de que le dolía la cabeza. Salieron de la escuela, se detuvieron en la puerta unos segundos antes de subir al coche y un gran perro de raza San Bernardo corrió hacia ella desde el final de la calle con la lengua colgando a un lado. Cuando estuvo cerca, la tiró al suelo con sus enormes patas delanteras y comenzó a lamerle la cara, entusiasmado. No sabía qué hacer, nunca se había visto en una situación parecida, pero no le molestaba que el animal se alegrara de verla, así que se dejó llevar y disfrutó del momento.

—¡Le presento a Sully! —dijo el doctor entre carcajadas—. Era su fiel amigo perruno, pero su madre lo dio en adopción porque no podía hacerse cargo de él. —Seguía riéndose apoyado en el coche—. ¡Ve como no todo el pueblo la odia!

Gina abrazó y acarició al perro como si fuera la única criatura que la comprendía en el mundo. Sintió tanto amor por aquel animal que se prometió que, si quedaba libre, haría lo posible para que volviera con ella. ¡Ojalá su madre o alguien del pueblo la hubiera recibido así!

—Te prometo, Sully, que si salgo de la cárcel te recuperaré. ¡Me has caído muy bien!

Gina se levantó del suelo y cogió la correa.

El nuevo dueño del animal esperaba pacientemente a que se lo devolvieran desde la acera de enfrente. Sabía quién era aquella mujer y no quería tener ninguna relación con ella. Gina lo contempló, era un muchacho joven y parecía deportista. Iba vestido con unos pantalones cortos de color gris, una sudadera del mismo color y una gorra azul. Llamó al perro desde lejos, pero no le hacía caso. Gina cogió la correa y le acercó a Sully. El muchacho alcanzó la cinta sin mirarla ni dar las gracias y se marchó. Sully no quería separarse tan fácilmente de la que en otra época había sido su compañera, así que no se lo puso fácil y tiró de la correa con violentos movimientos de cabeza, pero al final tuvo que rendirse a su nuevo dueño e irse con él. El doctor había conseguido con su discurso que los dejaran en paz en el pueblo, pero que se mostraran amables con ellos era otro asunto.

Gina observaba cómo se alejaba Sully, que miraba constantemente hacia atrás, y pensó que era el amigo que más la había querido nunca. Cuando desaparecieron por la calle, se volvió hacia el doctor ligeramente consternada.

—La llevaré a casa —dijo Cillian mirando también al perro, que desaparecía en la distancia—. Debe descansar, ha sido un día muy duro. Mañana haremos nuestra última excursión, a no ser que usted recuerde algo más.

Se subieron al coche del doctor y abandonaron aquel lugar, seguidos por el coche patrulla. Gina miraba triste por la ventanilla pensando que su madre había regalado a un desconocido el único ser que la quería; lo sentía como parte de su familia y lo quería más que a su propia madre, al menos Sully le mostraba más afecto. El doctor dejó a su paciente en casa y se marchó a la universidad. Tenía que dar una de las clases que quedaban antes de los exámenes de Navidad; aunque en la universidad se hacían en febrero, prefería que sus alumnos se fueran quitando parciales para hacerles la asignatura más fácil.

Con aquella mañana tan ajetreada, no había ido al baño, así que, antes de entrar a clase, se acercó al lavabo. El servicio de la universidad era enorme y tenía varios retretes independientes con puertas verdes que dejaban al descubierto parte de los pies y parte del techo, útil para saber si estaban ocupados. Enfrente de los retretes, había una hilera de lavabos y espejos. Entró en el último del pasillo y cerró el pestillo. No le apetecía que sus alumnos lo vieran meando. No solía entrar en los baños de la universidad, salvo en caso de emergencia.

Entonces, sonó la campana que indicaba que las clases estaban a punto de comenzar y el servicio se quedó vacío. Bajó la tapa del váter y se sentó para atarse bien los cordones y colocarse los calcetines, que se le habían bajado. De pronto, oyó un ruido, una especie de frufrú de alguna tela que rozaba las paredes. En la parte descubierta de la puerta aparecieron unos pies entre morados y verdes posicionados hacia el frente y medio cubiertos por un pantalón ajado. Reconoció los zapatos de Mary Shelman. Aunque putrefactos y destrozados, seguían conservando algo del brillo del charol rojo y negro que los hacían inconfundibles, al estilo Mary Poppins.

Los pies se giraron hacia la puerta como si aquel ser en descomposición fuera a entrar. El doctor se asustó y quedó inmóvil durante unos segundos. Los pies no se movían y un olor a

putrefacción inundó el cuarto de baño. Se oía el ruido de las cisternas llenándose. ¿Se había involucrado demasiado en el caso y se estaba sugestionando con las locuras de su paciente? Subió los pies y, en un arranque de valentía, abrió la puerta de una patada para atrapar a su alucinación, pero comprobó que allí no había nadie. Se vio en el espejo de los lavabos con una cara de estupor, sentado en el váter con los pies levantados y la escobilla en la mano, lo más patético que había visto nunca.

Una vez fuera, de camino a clase, pensó que lo mejor era no contar a nadie aquel incidente absurdo, y mucho menos a Gina, e intentó distraer la mente con otra cosa. Estaba nervioso, las manos le temblaban, no sabía si marcharse o entrar en el aula e intentar controlar su ánimo. El morbo de descubrir el misterio más grande en el que se había visto envuelto el pueblo había llevado a que sus clases estuvieran llenas. No quedaba sitio para nadie. Se detuvo al final del pasillo para tranquilizarse y empezó a pensar en cosas que lo ayudaran a olvidar lo que había visto en el baño. Esperaba que, al día siguiente, con la visita al cementerio, la mente de su paciente se pusiera en marcha y apareciera algún hilo del que poder tirar hasta deshacer aquel embrollo. Cillian habría querido llevarla a casa de Shelly, donde había pasado tanto tiempo con ella, pero la familia Paul se había negado en redondo. Les parecía increíble que Gina quedara libre dos semanas y no iban a permitir que la cruel asesina husmeara entre las cosas de su víctima. Con estos pensamientos, entró en clase y cerró la puerta. Esa era la solución por el momento, pensar en otras cosas. ¿En otras cosas como Gina? No, en eso mejor no. Al fin y al cabo, era su paciente.

Dentro de la abarrotada clase, se ajustó la corbata, soltó el maletín en su mesa y se dispuso a dar una intensa clase teórica de dos horas a unos alumnos a los que poco les importaba su charla. Los jóvenes solo querían saber qué había descubierto y qué le sucedía a la inquietante chica que visitaba la facultad.

6. El cementerio

A las nueve en punto del día siguiente, Gina y el doctor se encontraban en la puerta del cementerio de Coleraine, acompañados por dos policías de semblante adusto y corpulentos. Era un cementerio pequeño, típico de pueblo. Tenía una verja forjada y un muro de ladrillo que lo rodeaba por completo. Alrededor, había un gran número de pinos y rosales que daban color y alegría al lúgubre recinto. A la entrada se veían nichos y columbarios para las cenizas y, al fondo, en la parte alta, se extendía una gran explanada de césped con las tumbas horizontales, más caras y pomposas. Antes de la entrada había una especie de placeta semicircular con una escultura, cuatro árboles y dos bancos. La parada del autobús estaba en el centro y, al otro lado, un bosque repleto de árboles escondía la cara más temida de la vida: la muerte. Todo el pueblo de Coleraine, a excepción de la playa, estaba rodeado por aquel bosque de pinos. Antes de entrar, se detuvieron frente a una pequeña escultura, que consistía en un pedestal de ladrillo rematado con un mármol en forma de libro donde se leía la siguiente inscripción:

A nuestros amados vecinos que salieron a ver las luces de Navidad y no volvieron más. El pueblo de Coleraine no os olvida.

Seguían las iniciales de los fallecidos: S. P., J. J. y

M. S. En la parte baja había una veintena de velas apagadas por el viento, unos cuantos peluches y muchas flores. Gina empezó a temer que sus pesadillas volvieran; aunque los cuerpos no estaban allí, era un lugar propicio para ese tipo de alucinaciones. No había mucha gente por ser un día entre semana, pero los visitantes salían y entraban mirándolos intrigados y preguntándose cómo se atrevían a aparecer en un sitio sagrado como aquel.

El doctor prefirió no decir nada y limitarse a andar hacia la puerta de entrada para que Gina lo siguiera. Quería que viera la parte más humana y triste de la realidad a la que debía enfrentarse. Una cosa era sentir las cosas que a uno le contaban y otra conocerlas de primera mano. Mientras caminaban hacia la puerta, apareció el encargado del cementerio con un saco de tierra abonada para el jardín en una mano y un pequeño palustre en la otra. Llevaba un peto azul cubierto de tierra, al igual que su cara y su gorra, y unos guantes amarillos que resaltaban entre toda aquella suciedad. El hombre se les acercó a paso rápido y sonriente.

—Lo siento mucho, doctor, pero, por estricto deseo de las familias y el descanso de los aquí presentes, no les puedo dejar pasar. Lo lamento, de verdad, sé que es un sitio público y que los

chicos no yacen aquí, pero yo no pongo las normas —dijo el jardinero, apesadumbrado, mientras soltaba el saco de tierra y se quitaba la gorra.

No parecía un hombre muy leído, pero sí muy humano. Claramente le daba pena que no pudieran pasar y disfrutar de sus trabajos de jardinería. Al mirar a Gina, sonrió. Le faltaban varios dientes y los que le quedaban se amontonaban, desiguales, dentro de la boca. Era muy moreno y no se había afeitado en unos tres días, por lo que su cochambrosa dentadura resaltaba más.

—Lo comprendo. Esperamos no haberle causado ningún problema, no queremos molestar —contestó el doctor.

El jardinero volvió a ponerse la gorra, tomó el saco de tierra y salió hacia el cementerio sin despedirse.

Gina miraba el interior desde la puerta. Que no pudiera entrar no significaba que no pudiera mirar. Sabía que allí no estaban enterrados los jóvenes, pero deseaba saber que su historia era real y no una alucinación de su cabeza. Le habría gustado entrar en una de sus tumbas y rellenar alguna de las cajas vacías, cambiarse por ellos. Nadie esculpiría ninguna escultura en recuerdo de ella, ni le llevaría flores y velas. Nadie la echaría de menos. De pronto se sintió realmente triste al pensar que ni su madre acudiría a rezar por ella. Cillian se dio cuenta de que algo la afligía e intentó animarla.

—Bueno, no hay que preocuparse, tampoco había nada que ver ahí dentro —dijo con una leve sonrisa. Su dentadura perfecta y blanqueada contrastaba con la del jardinero—. Trabajaremos en mi despacho. Volveremos a la facultad y estudiaremos la canción que me comentó.

—Miró el reloj—. Todavía nos queda mucho tiempo.

Una vez en la universidad, la secretaria saludó al doctor con coquetería y a Gina, como era ya costumbre, con indiferencia. Pasaron al despacho y se quitaron los abrigos. El espíritu navideño había invadido el campus y se oían villancicos por todas partes, cantados por el coro de alumnos. Quedaba poco más de una semana para Navidad. Gina cayó en la cuenta de que ella la pasaría en la cárcel, en su celda, con sus discos de música clásica. Habría algún tipo de cena especial, pero prefería comer sola a compartir mesa con las demás reclusas. Pero ¿con quién la pasaría el doctor? Él lo sabía todo de ella, sin embargo, la joven no sabía nada de él. El psiquiatra la invitó a sentarse en el sillón del despacho y ella aceptó.

—¿Está usted casado? —preguntó con mucha seriedad—. Mientras escuchaba los villancicos me he preguntado con quién pasaría usted la Navidad.

El doctor se rio. Le resultaba divertido que ella empezara a interrogarlo. Debía contestar con sinceridad, pues en eso se basaba su relación. Daba igual lo que preguntara, su respuesta debía ser sincera.

—No estoy casado y, para que no se preocupe, le diré que la pasaré en familia. Estoy soltero, así que pasaré las vacaciones con mi hermano.

—¿Y con quién pasaría yo la Navidad si nada de esto hubiera ocurrido?

Gina lo miró con los ojos muy abiertos, esperando alguna revelación divina.

—Bueno, en otros tiempos habría cenado con su madre y, seguramente, sus amigos habrían acudido después a tomar algo con usted o habrían quedado en algún local del pueblo para tomarse unas copas. Eran buenos amigos, aunque la vida y sus circunstancias los hubieran separado... —contestó el doctor sin perder el buen humor.

—¿Usted me conocía?

Se moría de ganas por saberlo todo y no pensaba dejar ninguna pregunta en el tintero.

—Este es un pueblo pequeño, aquí nos conocemos todos —respondió Cillian sin dejar de sonreír. La situación, le resultaba divertida. Gina estaba obteniendo información de su vida pasada y quizá eso la ayudaría a recordar lo sucedido aquella fatídica noche.

—Pero ¿éramos amigos? —preguntó ansiosa y algo avergonzada.

—No. Nunca habíamos intercambiado más de tres palabras —respondió él, poniéndose serio de repente—. Pero, somos amigos ahora, ¿no?

—Sí, claro, solo me preguntaba si se ha metido en este lío porque me conocía y confiaba en mí o si lo suyo es verdadera vocación —contestó un poco decepcionada.

—Ambas cosas. Quiero ayudarla porque creo que todos merecemos saber la verdad. Aunque hubiera sido usted mi hermana, mi posición no habría cambiado. —Se puso más serio todavía, para que viera que no le mentía—. Pero, bueno, tampoco le dé muchas vueltas, es normal que no fuéramos amigos, somos de generaciones diferentes y totalmente opuestos. Usted siempre ha sido algo excéntrica, escandalosa y extrovertida, y yo soy un hombre serio, maniático e introvertido. No había fiesta a la que usted no acudiera y yo de la que no huyera. Mis mejores amigos han sido los libros y los suyos, todo el pueblo. Era difícil encontrar a alguien que no la adorara. Creo que en parte por eso la odian tanto. Sienten que su chica predilecta los ha decepcionado. Era la novia de Coleraine. —Volvió a recuperar la sonrisa—. ¿Alguna pregunta más? Estoy dispuesto a contestar lo que quiera con sinceridad, porque es lo mismo que espero de usted.

—Supongo que su madre estará muy orgullosa de usted. No todas las madres tienen un hijo tan responsable y bueno. ¿No se ha enfadado porque esté tratándome?

—preguntó sin saber si se estaba metiendo demasiado en la vida privada del doctor.

—Mis padres murieron cuando yo tenía dieciocho años en un accidente de tráfico —contestó secamente—. Pero supongo que sí estaría orgullosa, más que nada porque ya lo estaba antes de que yo fuera doctor. Era una persona muy optimista y alegre, siempre encontraba una solución sencilla a los problemas más difíciles, aunque imagino que los problemas de un chaval de dieciocho años no son los mismos que los de un hombre de treinta y dos. —Empezaba a sentirse raro. Hacía mucho tiempo que no hablaba de su madre y el hecho de nombrarla le hacía daño—. Ella ya habría resuelto el caso que tenemos entre manos.

—Lo siento mucho —respondió Gina, visiblemente afectada—. Tengo la esperanza de que lo resolverá. Confío plenamente en usted.

El doctor se levantó de la silla, tratando de deshacerse de los fantasmas del pasado, y se acercó al equipo de música. Metió el disco y dejó que sonara la melodía de *Nearer, my God, to Thee*. Mientras escuchaban las primeras y tristes notas pensó en el día en que murieron sus padres, en el momento en que sonó el teléfono de casa para anunciar la tragedia. Recordaba el estado de *shock* en el que estuvo durante semanas, cómo tuvo que contar la noticia a sus

hermanos pequeños, que pasaron a su cargo, y el reconocimiento de los cadáveres en la morgue.

Revivió en su mente el momento en que entró en aquella sala oscura y fría, cuando tiraron del asa de una cámara horizontal y levantaron un poco la sábana por la zona de la cabeza para que viera la cara de sus padres y los identificara.

Aquella noche habían salido a celebrar su vigésimo aniversario y habían dejado la casa a cargo de su hijo mayor. De regreso, su padre perdió el control del coche debido a la intensa lluvia, se salió de la carretera y chocó contra una valla publicitaria. Su padre se había negado a salir con aquel tiempo, pero su madre no quería quedarse sin celebración. Antes de celebrarlo a solas, en pareja, habían salido a comer todos juntos y, aparte del obligado regalo a su marido, la señora Jackson también compró regalos para sus hijos; todavía conservaba la pluma que le había regalado para tomar apuntes. La acarició con cariño en el bolsillo delantero de su camisa.

La señora Jackson siempre sonreía, aunque estuviera pasando el peor de los momentos y, en ese instante, muchos años después, Cillian echó de menos su sonrisa. La extrañaba a diario, sobre todo en los momentos más cruciales de su vida: cuando leyó su tesis doctoral, cuando consiguió que Tom dejara la bebida y las drogas, cuando su novia de toda la vida lo abandonó para irse con otro a pesar de que ya habían decidido el día que se casarían, o cuando entró por primera vez en la cárcel a llevarse a Gina.

Tras convertirse él en cabeza de familia había perdido todo sustento en el que apoyarse y llevaba tanto tiempo sin hablar de ello, intentando disimular que era un hombre fuerte y maduro, que casi lo había olvidado.

Al volver en sí, vio a Gina sentada en la butaca, escuchando ensimismada la melodía, y recordó su cara en el entierro de sus padres. Por entonces, solo era una niña pequeña con coletas y mejillas sonrosadas que lloraba sin cesar la muerte de una de sus mejores amigas, la señora Jackson. Sus madres habían sido muy amigas desde la niñez; él suponía que, aunque no conservaran intereses en común, el paso de los años las había unido para siempre. Gina siempre se había llevado muy bien con su madre, que la encontraba una niña alegre y divertida, justo lo contrario que él; sus locuras la hacían reír a carcajadas y siempre llevaba alguna manualidad que hacía especialmente para ella: un broche, un colgante o un sombrero. Todavía conservaba en casa algún bote de sal de colores o alguna tarjeta de las que pintaba cuando era pequeña. No sabía con certeza si su madre se sentiría orgullosa de él. Para ella lo más importante era la felicidad y él no era feliz; sin embargo, sabía que su madre habría creído a Gina. Cillian había guardado en los rincones de su mente demasiados fantasmas, un número tan elevado que no le dejaban dormir, y es que ocultar las cosas y no hablar de ellas no hace que desaparezcan. Gina lo sacó de sus pensamientos.

—¡Esta es la melodía! —gritó nerviosa—. No sé de qué me suena, ni dónde la he oído, pero es esta. —Intentaba sacar al doctor de su ensimismamiento, pensaba que le había hecho daño y lo sentía tanto que no sabía qué hacer para reparar su error—. ¿Puede apuntarme el título y el nombre de la autora? —Le acercó un bolígrafo y un papel para que Cillian volviera a la realidad—. ¡Vaya, con esta letra, bien podría haber sido usted médico!

Los dos rieron con ganas. La espontaneidad de Gina hacía olvidar cualquier desgracia que aconteciera en el mundo, aunque fuera por unos instantes. Cuánto se habría reído su madre con su ocurrencia. Gina lo miró y sonrió. El doctor pensó que aquella era la sonrisa más bonita y sincera que jamás le había dedicado nadie. En el fondo, algo le decía que la chica era inocente y quería hacer todo cuanto estuviese en su mano por ayudarla.

—¿Puedo hacerle una última pregunta, doctor?

—Por supuesto. Dispare.

Lo cierto es que no le quedaban muchas ganas de contestar después de la última.

—¿Conocía usted a Shelly y a Mary?

Le temblaba la voz; al pronunciar sus nombres, Gina sentía que las invitaba a entrar.

—Trataba a Mary a menudo, pero no hablábamos mucho fuera de la consulta —contestó—. Alguna vez fui a uno de sus conciertos de piano, y poco más. Ya le he dicho que soy un hombre reservado. —Respiró profundamente—. Shelly estudiaba en la universidad, asistía a mis clases. Hizo un año de enfermería, pero luego decidió que lo suyo era la psicología. La veía casi a diario, pero tampoco tenía una relación de amistad con ella. Era mi alumna. —Cillian la miró divertido antes de seguir—. Si quiere que le confiese algo, creo que le gustaba, porque se ponía muy roja cuando me veía y salía corriendo a la menor oportunidad.

—¿Y a usted le gustaba ella? —preguntó Gina, sonrojada.

—¡Ja, ja, ja! A mí no. Estaba muy ocupado con mis clases y exámenes, pero era una chica estupenda. De todas formas, su madre nunca la habría dejado salir conmigo. Es una mujer de fuertes convicciones religiosas, y usted y yo nunca le hemos gustado demasiado. Nos consideraba malas influencias para su hija, a mí por tener más fe en la ciencia que en Dios y a usted porque la culpaba de que su hija saliera tanto. ¿Quiere que le cuente lo que estudió? —Gina afirmó con la cabeza—. Está bien. Se licenció en Bellas Artes y se especializó en acuarela. Incluso hizo varios cursos de perfeccionamiento en Italia. Muchos vecinos del pueblo tenían una de sus maravillosas obras en casa, ya no sé qué habrá sido de ellas, pero todos le compraban, y mire que no eran baratas. Cuando vuelva a casa, díglele a su madre que se las enseñe, quizá la ayude.

Cuando el doctor acabó la sesión con Gina y sus clases, volvió a casa. Estaba deprimido y ansioso; recordar su pasado, más que afectar a su paciente, le había minado el ánimo a él, y pensar que le quedaba una semana y que no habían adelantado nada lo irritaba. Con ese ánimo, decidió hacer algo que no había hecho en muchos años y que siempre le funcionaba como terapia relajante cuando estaba disgustado o tenía algún examen: cocinar.

El día de la lectura de su tesis, preparó pastel de carne y ciruelas para el tribunal. La verdad es que no se le daba mal. Haría jamón asado y, de paso, sorprendería a su hermano con una cena en familia, de esas que no tenían con frecuencia. Nadie cocinaba en casa. Su dieta se basaba en comida precocinada y, como se le daba bien cocinar, aprendió el fino arte culinario cuando falleció su madre.

Cuando llegó a casa, su hermano estaba sentado en el sofá viendo la tele, seguramente disfrutando con algún programa de deportes soporíferamente aburrido para el doctor. Se puso a cocinar sin decir nada. Tom se levantó al cabo de un rato y fue hacia la puerta de la cocina de un modo agitado.

—¿Qué ha pasado con esa hija de puta? —preguntó Tom, iracundo. Llevaba un rato en el sofá pensando si debía preguntar o no, pero la simple idea de hablar de esa mujer lo cabreaba—. Hace años que no cocinas y ahora lo haces cuando estás al borde del colapso mental.

—¿Has visto el cuchillo jamonero? —contestó el doctor, sin alterarse ni mirarlo.

—¡Déjate de cuchillos y de mierdas! —gritó enfadado su hermano—. Aquí no cocina nadie desde hace años, a saber dónde estará el maldito cuchillo. ¿Qué mosca te ha picado?

—Nada relacionado con ella —dijo Cillian sin dejar de cocinar, cortando el jamón con el primer cuchillo que encontró en el cajón—. Simplemente que hoy, después de mucho tiempo, he recordado a papá y mamá. —Las lágrimas se le escaparon de los ojos y bajaban por las mejillas; ya no podía disimular, así que cambió de tema—. A las nueve estará listo el jamón y te quiero sentado a la mesa.

Su hermano se quedó atónito ante esa revelación de sentimientos. Nunca lo había visto llorar, ni le había oído hablar de sus padres. Nunca hablaba con sus hermanos de las cosas que verdaderamente le importaban o le hacían daño, porque no quería preocuparlos ni hacerles sentir mal.

—¡Sí, papá! —respondió Tom, todavía enfadado pero con un tono de comprensión—. ¡Seré puntual! —Salió de la cocina—. ¡Voy a ducharme, capullo! —gritó desde la escalera—. Si llama Angelina Jolie, le dices que la espero en la ducha.

Cillian se vio obligado a sonreír.

Gina llegó a casa acompañada por los policías y le pidió a su madre las acuarelas de las que le había hablado el doctor. La señora Sven sacó una carpeta tamaño cartulina de la alacena que había debajo de la escalera. Le costó encontrarla porque la habitación estaba llena de cosas que el médico le había mandado guardar para no alterar el curso de la terapia. Le puso la carpeta en las manos con desgana y dijo que se iba a beber una copa y a ver la televisión.

Cuando desapareció en el salón y Gina escuchó el ruido característico que hacía cuando se preparaba un cubata, abrió la carpeta. Eran acuarelas de manchas de colores, sobre todo azul y rosa, sobre un fondo blanco, el centro era más oscuro y se difuminaba hasta hacerse transparente e igualarse con el papel. Eran muy limpias y realmente bonitas. No sabía si eran artísticas o no, pero le gustaban. Debía de ser una chica muy alegre porque irradiaban felicidad y optimismo. Subió la carpeta a su cuarto, escogió la que más le gustaba y la pegó con celo a la pared; así podría verla todos los días e inspirarse con la fuerza y la alegría que transmitían. Quedaba genial con el blanco y el malva. Se sintió orgullosa de su yo anterior.

Los hermanos Jackson acababan de terminar de cenar el riquísimo jamón que había preparado Cillian cuando sonó el timbre. El doctor se levantó de la mesa, todavía sin recoger, y miró por la mirilla de la puerta. Era la madre de Shelly, la señora Paul. Cillian no había tenido un buen día, pero se vio obligado a abrir y a preguntar de la forma más educada posible qué quería. La señora Paul empezaba a impacientarse detrás de la puerta, sobre todo porque sabía que su odiado amigo estaba detrás, pero el doctor aún tardó unos segundos más en abrir. Llevaba un abrigo color marrón de imitación de visón y un gorrito granate con una pluma que parecía sacado del ajuar de una señorita de los años veinte. Tendría unos cincuenta años, pero el odio y los malos tragos la

habían convertido en una vieja amargada y gruñona. Tenía bolsas y ojeras bajo los ojos y olía a iglesia, una especie de tufo a incienso que se le había incrustado en la piel de haber pasado allí tantas horas muertas juzgando a los habitantes del pueblo mientras se daba golpes en el pecho y rezaba el rosario. Llevaba unos botines también marrones de cordones perfectamente abrochados y limpios. Su rostro severo empezaba a dar muestras de enfado e indignación cuando el doctor abrió la puerta.

—Buenas noches, doctor —dijo amablemente, intentando sonreír y ser amable—. Quería saber si había avanzado algo.

Lo miraba fijamente de forma desafiante, como si ya supiera la respuesta a su pregunta.

—Buenas noches, señora Paul —contestó Cillian sin disimular que la visita no le agradaba—. Pase, por favor, no se quede en la puerta.

El doctor la invitó a entrar con un gesto y la señora Paul pasó de manera precipitada, por si su interlocutor cambiaba de opinión; habría entrado de todas formas, aunque no la hubieran invitado.

Subió con ella a su despacho en la primera planta. Su hermano subió con ellos para cotillear mientras hablaba animadamente con la fastidiosa señora de cómo avanzaban las obras en las que trabajaba y de la vida que traerían las nuevas familias que se mudarán allí.

El despacho de su casa era muy parecido al de la universidad, pero más grande y con puertas correderas, heredado de su padre. Había el triple de libros que en el otro y en su mesa se amontonaban marcos con fotografías llenos de polvo. Se notaba que no pasaba mucho tiempo en casa. Invitó a su hermano a salir y cerró las puertas correderas; en sus cristales coloreados se veían escenas de la Biblia, en especial de la historia de Adán y Eva. La señora Paul pensó que la historia bíblica le venía al pelo a aquel novio de Satán. Se sentó en su silla de escritorio, se sirvió un poco de ginebra sin hielo y respiró profundamente antes de decir nada. Ofreció a la madre de Shelly una copa; la señora Paul la rechazó, porque las mujeres decentes no beben, y empezó a hablar.

—Mis investigaciones no van muy bien, señora Paul, todavía no hemos averiguado nada —dijo con resignación tras dar un buen trago a su copa—. Pero confío en que, a lo largo de esta semana, la cosa cambie. Aún nos queda algo de tiempo.

—He visto a la madre de Mary —dijo la señora mientras el doctor bebía sin mirarla, como si fuera otra mota de polvo de su viejo escritorio—. Me costó trabajo que me dejaran visitarla en el loquero donde usted la metió; se ve que no es lo habitual y que no recibe visitas, exceptuando al calzonazos de su marido, claro.

Cillian dejó de beber y la miró con el mayor desprecio con que se puede mirar a una persona. La señora Paul sabía que había dado en el clavo para molestarlo. Tras la muerte de su única hija, la madre de Mary había sufrido una depresión profunda y había intentado suicidarse un par de veces. El marido de la mujer, nervioso y preocupado por el único miembro de la familia que le quedaba, decidió ponerla en manos del doctor para intentar salvarla y llevaba unos seis meses internada para recibir terapia. Asistía a las clases del centro y había mejorado notablemente, así que dentro de poco le darían el alta y podría volver a casa.

Su marido hacía vida normal, había vendido su majestuosa mansión costera y se había trasladado cerca del centro hospitalario donde estaba su mujer. De ese modo, evitaba los comentarios de la gente. Iba a visitarla todas las semanas y, como hombre prudente que era, no se atrevía a culpar a nadie sin poder demostrarlo. La decisión del doctor de tratar de averiguar la

verdad, sacando a Gina de la cárcel, le pareció genial; si conseguía descubrir algo y encontrar a su hija, su mujer mejoraría y volvería a casa antes de lo previsto. Fue de las pocas personas que ayudó al doctor en su objetivo y que no dudó en facilitarle todo lo que necesitara para tal fin. Incluso lo acompañó a sus citas judiciales.

—No es ningún loquero, señora —contestó tranquilamente—. Es un hospital mental para la seguridad y la salud de la señora Shelman. Su amiga, al menos en otro tiempo fueron amigas, sufre estrés postraumático y una destructiva inclinación a hacerse daño a sí misma. La desaparición de su hija la dejó totalmente trastornada.

—Es curioso que ella piense como usted —contestó la señora Paul sin dejarlo seguir—. No culpa al monstruo al que atiende y piensa que lo más sensato es descubrir la verdad para buscar culpables. ¡Qué irónico que la palabra «sensato» salga de la boca de una tarada como ella!

El doctor empezaba a impacientarse y a enfadarse por momentos. No sabía cuánto tiempo podría aguantar la compostura.

—No es necesario que le falte al respeto. —Encendió un cigarrillo, pues sabía que le molestaba, y comenzó a fumar echándole el humo a la cara—. Es una enfermedad como cualquier otra. Se curará con el tiempo y con la comprensión y tranquilidad de su familia y amigos. ¿Puedo incluirla a usted entre ellos?

—¡Me confesó que su hija odiaba a Gina antes de que esto ocurriera!

No quería dejarlo hablar y subió el tono de voz.

—Es lógico —contestó, y soltó otra bocanada de humo—. El novio de su hija estaba enamorado de otra persona, a la que usted considera un monstruo. —La volvió a mirar con desprecio—. Mary lo tenía todo para triunfar, era guapa, tenía un buen trabajo, un gran talento para el piano, era rica y vivía en la casa más grande del pueblo. Gente de todo el país venía a escucharla tocar. Habría llegado lejos, no me cabe la menor duda. Sin embargo, lo que más ansiaba, como buena niña rica y caprichosa, era lo que no podía tener, el amor de una persona que, pese a que salía con ella, se lo profesaba a otra mujer. No lo conseguía por más que lo intentaba, pienso que ya más por cabezonería que por cualquier otra cosa, y culpaba a Gina de todos sus males. La odiaba de un modo enfermizo y pensaba que, si ella no existiera, su vida habría sido más fácil junto al hombre que amaba. Pero todo esto, querida señora Paul, en cualquier caso, inculparía a Mary de asesinato, ya que sentía unos celos enfermizos hacia mi paciente.

Cillian la miró de reojo para comprobar que sus palabras surtían efecto y, efectivamente, la buena señora estaba a punto de perder los pocos nervios que le quedaban.

—Me ha contado la nueva directora de la escuela de música que su paciente tiene alucinaciones y dice que ve a Mary. —Pegó un puñetazo en la mesa para captar su atención—. ¿Ve también a mi hija?

Los ojos de la señora Paul dejaban entrever una ira incapaz de reprimir y sus músculos faciales se mantenían en tensión ante la parsimonia del psiquiatra.

—Sí —contestó. Cillian apagó el cigarrillo e intentó dar por terminada la conversación—. Lo siento mucho, no puedo decirle nada más. No puedo hablarle sobre el trastorno que sufre mi paciente. —Se levantó de la silla y se giró para mirar por la ventana—. Muchas gracias por venir. Buenas noches.

Anduvo hasta la puerta para abrirla esperando que la señora Paul lo siguiera. Antes de salir, la mujer se giró, le echó una mirada de arriba abajo y le escupió en la cara. Tom miraba atónito

desde el último tramo de la escalera; salía de su escondrijo de detrás de la puerta para que no lo pillaran cotilleando cuando oyó el movimiento de sillas.

—Espero que Dios le devuelva todo el daño que está causando a mi familia y a la gente de este pueblo, y también que el monstruo al que tanto defiende y admira arda en el infierno lo más pronto posible. ¡Todos daremos cuentas de nuestros pecados ante Dios! —La señora Paul se tiró del abrigo y se dispuso a bajar las escaleras—. Buenas noches.

Pegó un portazo cuando salió a la calle. Cillian miró a su hermano desde la puerta del despacho y le suplicó con la mirada que no siguiera él también con las preguntas. Su hermano captó la indirecta y bajó las escaleras lentamente, esperanzado de que aún quisiera contarle algo. El doctor cerró la puerta del despacho y fue a su dormitorio a acostarse.

Como no podía dormir, se tomó varios somníferos y un par de vasos de ginebra más y, tras dar muchas vueltas en la cama, cayó rendido en la profundidad de sus pesadillas. Vio a sus padres, que lo regañaban y le gritaban sin descanso. Su madre le reprochaba lo que hacía sin su consentimiento y su padre le escupía una y otra vez en la cara. La señora Paul lo perseguía pidiéndole que expiara sus pecados ante Dios y Mary y Shelly se reían de él como hienas salvajes mientras él, a cuatro patas, intentaba escapar de ellas.

Así pasó las cinco horas que consiguió dormir. Cuando despertó por la mañana, tenía todo el cuerpo entumecido, la boca seca y un terrible dolor de cabeza. Bajó las escaleras en pijama, cosa que nunca hacía, se preparó un café al que añadió *whisky* y deambuló por la casa como un espíritu lastimero.

Su hermano se había marchado a trabajar. Pensaba en el alto acantilado que lo esperaba mientras removía el café de una forma casi enfermiza. Estaba perdiendo la cabeza, tenía que averiguar algo y daba igual el precio que tuviera que pagar para hacerlo. Tenía que demostrar que podía resolver el misterio y que no se había equivocado al sacar a Gina de la cárcel. Pero ¿cómo...?

7. La píldora

Aquella mañana, Gina había quedado tarde con el doctor, porque él tenía clase temprano. Decidió deambular por su casa para estirar las piernas y hacer tiempo. Cuando llegó la hora, se vistió mirando la acuarela que había pintado en otros tiempos. Mientras se subía el pantalón pensó en lo maravillosa que le resultaba su habitación con aquel pequeño detalle. Bajó las escaleras. Su madre ya se había marchado. «¡Qué raro!», dijo irónicamente. Los vecinos comenzaban a salir de sus casas camino del trabajo y los más rezagados volvían de pasear al perro o de correr por la playa cuando abrió la puerta. Los policías la esperaban para llevarla a la consulta del doctor Jackson, como era habitual. «¡Qué bonito sería tener aquí a Sully!», pensó, alguien con quien pasear y conversar sin ser juzgado. Si conseguía resolver el misterio que la envolvía y quedar libre, quería recuperarlo. De todas formas, no le parecía bien, ni creía que fuera legal, que su madre regalara algo suyo sin su consentimiento; tendrían que devolvérselo.

El coche patrulla recorrió prácticamente todo el pueblo. No hubo calle por la que no pasara. Entonces, a lo lejos, Gina vio el acantilado por el que había saltado. ¿Qué la habría llevado a tirarse desde allí? Pensaba que la culpa sí podría haber hecho que se lanzase desde allí. Miró el reloj y vio que quedaba poco para la cita. Ese día, también pasaron por la calle donde el muchacho sonriente la había saludado, pero esa vez no estaba en la ventana.

El doctor llegó tarde a clase. Las pastillas, el alcohol y las pesadillas le habían impedido levantarse a su hora y ocuparse de sus quehaceres matutinos a un ritmo normal. Llevaba la camisa mal abrochada y la corbata descuidada. La clase lo esperaba en silencio. A los alumnos les preocupaba que un hombre tan puntual llegara tarde a clase por primera vez en toda su carrera universitaria. Ya había corrido el rumor, gracias a la madre de Shelly, de que no había averiguado nada y de que su proyecto tenía toda la pinta de fracasar.

Entró en el aula pidiendo disculpas y empezó la clase sin detenerse a mirar a sus alumnos. No quería ver sus caras de interrogación y decepción. Se giró para escribir algunos nombres de ilustres psicólogos en la pizarra. Era un profesor de otra época, de los que exigen tomar apuntes y usan la pizarra para escribir mientras su voz profunda retumba en la clase. Los ordenadores no iban con él. De pronto, se le nubló la vista. Se estaba mareando. Le temblaba la mano con la que sujetaba la tiza y le faltaba el aire. Dejó de escribir.

—Discúlpeme, pero debo dar por terminada la clase de hoy. —Intentó hablar alto, pero no conseguía que la voz saliera con fuerza de su garganta—. No me encuentro en condiciones físicas ni psicológicas para explicar el temario. La semana que viene repetiremos esta sesión y repasaremos las anteriores con vistas al examen parcial de Navidad. —Se giró hacia sus alumnos, que lo miraban atónitos—. Buenos días.

Cillian se quedó de pie, con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza gacha, hasta que salió el último de sus alumnos.

Cuando la puerta se cerró y el aula quedó vacía, empujó la mesa con violencia hasta que cayó por el pequeño escalón que llevaba al encerado. Gritó y apretó los puños con fuerza. Las venas de su cara y de su cuello, que se habían puesto rojas, estaban a punto de estallar. La gente se agolpaba en los cristales de la puerta para ver qué sucedía, tanto alumnos como profesores, cuando se dio cuenta del espectáculo del que era protagonista.

Se puso el abrigo, cogió su maletín y salió del aula cerrando la puerta sin mirar a su alrededor y sin dar explicaciones. Dejó la clase con la mesa y algunas sillas en el suelo y se dirigió al despacho del doctor Greison, compañero de profesión y amigo suyo desde sus años como estudiante universitario, su mejor confidente.

A pesar de ser dos personas opuestas en todos los sentidos, se llevaban realmente bien. El doctor Greison era un hombre extrovertido, con fama de donjuán, sobre todo entre las alumnas que asistían entusiasmadas a sus clases. Cillian sabía que había tenido algún tipo de relación con Shelly aprovechándose de su posición, pero nunca le había preguntado nada al respecto. Sus clases estaban informatizadas y pasaba los apuntes en memorias USB que regalaba a sus alumnos.

Abrió sin llamar y pilló a su amigo ojeando entusiasmado un libro de *pin ups* de los años cincuenta. Llevaba una chaqueta roja, acorde con las fechas navideñas, y unos vaqueros modernos que tanto odiaba el doctor, muy ceñidos y con rotos, dejando poco de su musculado trasero a la imaginación. Tenía el pelo totalmente echado hacia atrás con gomina, peinado con un tupé, y sonreía con una dentadura tan blanca que deslumbraba.

—¡Hombre, el doctor Jackson! —gritó Greison con sorna—. ¿A qué debo tan agradable visita?

Hizo un gesto para que se sentara a su mesa, señalándole con cara pícara el libro de las señoritas *vintage*.

—¡Estoy desesperado! —Se sentó y se tapó el rostro con las manos—. ¡He sido demasiado optimista! Pensé que si la traía aquí y le transmitía confianza y seguridad, se abriría a mí. Es la misma fórmula que utilizo con mis pacientes. Creí que recordaría algo si la estimulaba correctamente. —Se echó hacia atrás en el sillón—. La gente empieza a señalarme, se ríen de mí. Todo el mundo sabe que no podré hacer nada con este caso.

—¿Sigue con las alucinaciones? —preguntó Greison, sin hacer mucho caso a los lamentos del profesor mientras ojeaba el libro sin parpadear.

—Desde que la medico ha tenido solo un par —respondió—. He intentado que admita que no pueden hacerle daño, que están en su mente.

—¿Y por qué quieres frustrar esas alucinaciones? Si no las detienes, quizá pueda recordar algo —dijo Greison—. Yo habría optado por unas sesiones de hipnotismo acompañadas de algún alucinógeno que dejara fluir lo que lleva dentro, tanto lo bueno como lo malo —añadió, y lo miró, fulminándolo con su sonrisa.

—¿Me estás recomendando que le quite la medicación y la esponja a un estrés que podría causar daños irreversibles en su salud mental? —preguntó Cillian, asombrado.

—Sí, te estoy recomendando que la dejes un par de días sin medicar y la ayudes con algún alucinógeno, en pequeña cantidad, por supuesto, a sacar lo que tiene en la cabeza. Sé que suena poco ortodoxo, pero es una buena opción y nadie tiene que enterarse. Si no, querido amigo, me temo que tendrás que devolverla a la cárcel como está, asumiendo el fracaso ante la universidad y el pueblo. ¿Sabes lo que haría la señora Paul si ve que has sacado a la asesina de su hija de vacaciones dos semanas para nada? ¿Sabes lo mal que quedarías ante el consejo de la universidad? —Cerró el libro con violencia para que su amigo abriera los ojos—. Y, además, ¿a quién le importa su salud mental? Francamente, me preocupa más la tuya. No se te ve muy bien, y estarás peor cuando tengas que explicar tu fallido tratamiento.

—Greison, no puedo hacerle eso —respondió el

doctor—. En el fondo no es más que una chica asustada, podría causarle un trauma irreversible o, lo que es peor, ¡podría cargármela!

—Ella firmó los papeles para ponerse en tus manos. ¿No es así? —Cillian afirmó con la cabeza—. Solo tratas de ayudarla. Le pase lo que le pase, nadie te culpará, nadie te dirá nada, ni siquiera la furcia de su madre podría reclamarte nada. —Greison empezaba a asustar al doctor—. ¡Vamos! Solo es un poco de droga. Tienes una opción entre un millón de que le ocurra algo, como mucho un lavado de estómago y para casa. —Le acercó una pastilla en su envoltorio original—. Úsala solo en caso de emergencia.

El doctor, en un acto casi involuntario, la cogió y se la echó al bolsillo. Salió sin despedirse y sintió que la situación se le estaba yendo de las manos.

En la puerta de salida de la universidad, llamó a Gina para decirle que no se encontraba bien y que quería retrasar la sesión de ese día; lo cogió su madre, porque ella ya había salido de casa con los policías hacia su despacho. Se había olvidado de conseguirle un móvil. Decidió pasarse por su despacho para decírselo en persona, ¿o era mejor darle el recado a su secretaria? Estaba tan cansado que optó por la última opción y la citó en una cafetería, donde la vería en unas horas.

Tenía que meditar sobre la idea de drogarla sin su consentimiento para que intentara recordar algo. No quería verla en ese estado, porque, si la veía, no podría hacerlo; solo con mirarlo sería capaz de desmontar su más minucioso plan para salvar el mundo.

Empezaba a comprender lo que podía influir en él esa muchacha.

Christine, la secretaria del doctor Jackson, le dijo a Gina que la esperaba a las cuatro en la cafetería Snow Bell de la calle White, un poco molesta porque sacara a merendar a aquella niñata y no a ella. Se lo dijo de forma rápida y precisa, quería quitarse de encima a la molesta intrusa que entorpecía su plan de enamorar al reputado doctor; desde que Gina iba al despacho, el profesor la ignoraba cada vez más, y no lo soportaba.

Gina observó a la mujer mientras trabajaba; era joven, de casi treinta años, vestía de forma elegante con vestidos ceñidos por encima de las rodillas y de colores oscuros. Llevaba el pelo suelto, metido por detrás de las orejas, y los labios pintados de rojo en conjunto con sus larguísimas uñas.

No sabía qué clase de relación tenía con el doctor, pero pensaba que a ella le gustaba. ¿Tendría algún lío con él? Cillian le había dicho que estaba soltero y aquella mujer era guapísima. ¿Estaba celosa? No podía saberlo porque nunca antes lo había estado. Sintió no ser tan guapa, tan alta y tan lista como la molesta secretaria. Christine volvió la cara hacia Gina, sintiéndose observada y visiblemente incómoda; era tan guapa que cualquier hombre cometería locuras para estar con ella. Gina recibió el mensaje y se marchó a casa escoltada por los serios policías que la acompañaban a todas partes.

8. La cafetería

Cuando Gina llegó a la cafetería, el doctor la esperaba sentado en una mesa al fondo del salón. El café era un lugar decorado como una cabaña de alta montaña, con las paredes forradas hasta la mitad de listones de madera sin tratar y papel en tonos granates con siluetas color vainilla que se asemejaban a cabezas de reno en la parte superior. Las mesas estaban vestidas con manteles de cuadros rojos y vainilla, y coronadas con candiles que alumbraban en el centro. En vez de sillas, había sillones de cuero, también de color granate. Una gigantesca chimenea de forma circular en el centro calentaba todo el recinto. Las lámparas del techo estaban hechas con pequeñas ramas de abeto y luces LED pequeñas y la barra era de madera. Era uno de los lugares preferidos del doctor; casi siempre estaba vacío y, en un rincón, había estanterías repletas de libros que los clientes podían coger y leer tranquilamente. Como la tarde estaba oscura por las nubes que amenazaban con lluvia, los candiles estaban encendidos.

El doctor tenía dos tazas de chocolate caliente humeantes encima de la mesa y mantenía la vista fija en la que tenía delante de él. Había echado la píldora que le había dado el doctor Greison en la de Gina. No sabía qué lo había impulsado a ello, si la desesperación, el miedo o el amor que comenzaba a sentir por la joven. Lo que sí sabía era que no podía esperar dos días para quitarle la medicación, no había tiempo. Era ahora o nunca. Si con eso conseguía que recordara algo, habría merecido la pena el sentimiento de culpabilidad que le rondaba la cabeza y le presionaba el pecho.

—Buenas tardes, doctor —dijo Gina al ver que no se había percatado de su presencia.

Lo vio tan serio que no se atrevió a sonreír. No sabía qué pasaba, pero intuía que el doctor le ocultaba algo y creyó que no era bueno.

—Buenas tardes, Gina. Y puedes llamarme Cillian

—añadió con una sonrisa el doctor. Quería ganarse toda su confianza—. No he podido verte esta mañana porque no me encontraba bien. Lo siento. Me gustaría invitarte a un chocolate para celebrar que hemos superado satisfactoriamente la primera parte del tratamiento, y como sé que eres puntual me he tomado la libertad de pedirlo mientras esperaba.

—Me parece estupendo —dijo—. ¡Me encanta el chocolate! Gracias, Cillian.

Gina se sentó en la silla frente al profesor tras quitarse el abrigo. Le dio un sorbo al chocolate con una amplia sonrisa mientras Cillian la miraba fijamente. Gina esperó a ver qué tenía que contarle el doctor. Parecía una niña a la que le habían regalado un caramelo sin saber lo que había dentro. A lo mejor, si se lo preguntaba, no le parecía tan mala idea.

—Se me ha ocurrido una nueva excursión que no entraba dentro de lo previsto —dijo el doctor, mirándola sin pestañear, mientras Gina seguía dando pequeños sorbitos al chocolate, que estaba muy caliente—. Hay un bar al que, por lo que sé, ibas mucho con tus amigas, o al menos con Shelly. Me gustaría que tomáramos algo allí.

—¡Ja, ja, ja! —Gina rio divertida—. Yo no puedo beber...

—Bueno, siempre puedes pedirte un refresco —contestó el doctor en tono jocoso, sin mirarla.

Cillian dejó cinco euros sobre la mesa y se levantó de la silla sin haber probado su bebida. Mientras se ponía el abrigo, Gina terminó de relamer su chocolate. No se tomó el del doctor porque pensaría que era una glotona y le daba vergüenza. Salieron de la cafetería con la mirada de los pocos clientes que había en el local y los policías que les habían asignado aquel día clavada en sus espaldas; esperaban escuchar algo de la conversación y sacar en claro cualquier cosa que subsanara su curiosidad morbosa. En la calle se agolparon algunos curiosos que habían recibido la noticia, por alguna red social, de que el doctor había sacado al monstruo para llevarla a la cafetería. Cuando los vieron salir, lejos de disimular su interés, los siguieron con la mirada y murmuraron con descaro.

Cillian sentía ansiedad y estaba malhumorado por la situación. La policía parecía estar disfrutando del escarnio y él se sentía un bufón que no conseguía hacer reír a nadie. Subieron al coche y, en pocos minutos, estaban en su destino. El doctor no abrió la boca en todo el trayecto y miraba al frente con la vista fija en la carretera.

El bar era un local pequeño y oscuro repleto de pósteres de bandas de *rock* en las paredes. Cuando Gina bajó del coche no se encontraba bien, estaba ligeramente mareada y le dolía considerablemente la cabeza. Entraron en el bar sin problema, porque a esas horas no había gente ni vigilante en la puerta que les impidiera la entrada. Los policías se quedaron junto a la puerta. El doctor les había dicho que los avisaría si había algún problema.

El local consistía en dos salas conectadas y una barra semicircular en una de ellas. Llegaron a la barra y Cillian pidió un *gin tonic* y una tónica. No le preguntó a Gina qué quería tomar ni le dio la oportunidad de decirle que se encontraba mal y que quería irse a casa. La cabeza le iba a explotar y empezaba a sudar como si estuvieran en pleno agosto; las luces parpadeantes tampoco ayudaban. Los Foo Fighters sonaban por los altavoces y la música vibraba en la garganta de Gina. Había poca gente, la justa para llenar una de las salas.

El doctor cogió las dos copas y se dirigió a la segunda sala, que estaba totalmente vacía. Al menos allí tendrían privacidad. Gina lo siguió, pero le costaba caminar. Si la hubiera mirado una sola vez se habría dado cuenta de que la situación no iba por buen camino. Al llegar a la mesa de una de las esquinas, Gina se sentó dejándose caer en el sofá, se secó el sudor de la frente con la mano, se quitó el abrigo y, al intentar colocarlo, se le cayó al suelo, pero no tenía fuerzas para recogerlo y lo dejó allí.

Aunque no sabía qué le pasaba a su psiquiatra, intuía que algo ocurría, no la miraba y tenía la mirada perdida. Gina decidió observar también a la gente que estaba en la otra sala y ver si empezaba a encontrarse mejor con el aire acondicionado que le llegaba del techo y le removía el pelo. La gente bailaba y reía a carcajada limpia por encima de la música. No se habían dado

cuenta de la presencia de la extraña pareja. De repente, Gina vio dos caras conocidas entre la multitud: Mary y Shelly con sus vestidos nuevos de fiesta, camufladas y bailando entre la gente. La miraban de vez en cuando y se reían de forma seductora. La invitaban a ir con ellas con la mirada y los gestos de sus manos.

El doctor la observaba, sabía que estaba viendo algo, pero por el momento no lo inquietaba, así que se tranquilizó y esperó a ver en qué quedaba la cosa. Miró el rostro de perfil de su paciente iluminado ligeramente por el foco que desde arriba alumbraba la sala. Le pareció que estaba preciosa y que sería capaz de hacer cualquier cosa por ella. En el fondo, por mucho que tratara de negarlo, siempre había estado loco por ella. Recordaba un fin de semana en el que trabajaba de camarero y en el que, mientras recogía las mesas, vio a Gina por la cristalera del restaurante italiano que le pagaba los estudios. Llevaba un vestido muy ajustado azul oscuro y un tocado con lentejuelas rosas que centelleaban bajo la luz de las farolas. Por aquel entonces, ella tenía dieciocho años. Iba con un chulo del pueblo con el que se la relacionaba en aquel momento; era especialista en liarse con los más gilipollas. Lo odiaba. La vio pasar, divertida, sin complejos y sin pedirle nada más a la vida. Lo tenía todo: juventud, belleza y cientos de hombres locos por besar el suelo que pisaba. Volvió de su ensoñación y pensó que estaba mucho más guapa ahora. Había madurado y la locura era visible en su rostro, pero a él le parecía la mujer más maravillosa del mundo.

Gina se levantó, dispuesta a acercarse para hablar con las chicas, que no dejaban de llamarla; el doctor no le hacía caso y sus amigas tenían un poderoso poder de persuasión. Pidió disculpas y dijo que necesitaba ir al baño. Cruzó el umbral y se metió en la sala contigua. Shelly y Mary bailaban sin cesar y, cuando ella intentaba acercarse, las chicas se alejaban. Las siguió, quería ver adónde la llevarían, necesitaba saber qué había pasado con ellas y tenía la sensación de que iban a contárselo. Andaba despacio, porque no podía caminar normal, pero sus amigas parecían comprenderla y aminoraban el paso, esperándola. Entraron en un pasillo largo y estrecho que llevaba a los baños. Se metieron en el lavabo y cerraron la puerta. Gina las escuchaba reír y, sin pensarlo dos veces, abrió la puerta, que dio contra la pared con estruendo.

Las dos chicas la contemplaban con cara de pavor, como si hubieran visto al mismísimo demonio. De repente, Mary se movió como si hubiera recibido un disparo en la cabeza y cayó al suelo desplomada, desangrándose en el suelo. Las losetas del baño se iban llenando de sangre que brillaba con los fluorescentes de las lámparas. Gina la vio morir a sus pies y miró a Shelly aterrorizada. Shelly le agarró el brazo pidiendo auxilio y comenzó a tirar de ella, le hacía daño, la arañaba y no dejaba de gritar, pero ningún sonido salía de sus labios. De repente, cayó al suelo con violencia y comenzó a moverse como si la asfixiaran. La veía intentar resarcirse de la muerte. Luchaba por su vida, gritando y llorando. Los ojos se le salían de las órbitas y la miraba suplicante, pidiéndole ayuda. Gina corrió hacia ella, pero al ir a tocarla, sus manos la atravesaron. Era producto de su imaginación.

—Tranquila, te ayudaré —dijo a la imagen—. Voy a buscar ayuda. ¡Cillian! —gritó, desesperada—. ¡Cillian, por favor!

Fue hacia la puerta corriendo, pero no podía salir, empezó a golpearla mientras seguía llamando al doctor. Para cuando se giró, no hacía falta que fuera nadie: estaban muertas. La miraban con sus ojos inertes desde el suelo del baño, completamente cubierto de sangre. Notaba que la orina le bajaba caliente por el pantalón. Mary había tenido mejor muerte, al menos no había sufrido. Shelly tenía las marcas de haber luchado por su vida y Gina le había dejado un

arañazo considerable en el brazo al intentar agarrarla y varios moratones comenzaban a aparecer en los brazos. Tenía que salir de allí. ¿Había sido ella la causante de todo?

Mientras intentaba abrir la puerta, Shelly y Mary se levantaron y se dirigieron hacia ella señalándola con los dedos. ¿Le indicaban que ella era la responsable de su triste destino? Gina forcejeó con la puerta, la pateó, gritó y lloró desesperada. ¿Dónde estaba su ángel de la guarda?

Notó el aliento gélido de sus amigas en la espalda, notó que sus dedos le recorrían la nuca y que el tul le rozaba la ropa. Le fallaron las fuerzas y cayó al suelo. Sintió las convulsiones y la espuma que brotaba de su boca. Las manos frías de sus compañeras de desdichas le tiraban de los brazos y las piernas, le hacían daño, pero ya no le importaba. Esperaba en silencio el fin; no podría vivir con esas imágenes de muerte y dolor de las que se sentía responsable.

El doctor estaba dándole un trago a su copa cuando vio que la gente empezaba a gritar y a correr en la sala contigua. Salían del baño aterrorizados y pedían que se llamara a una ambulancia. Corrió hacia el baño. Podría haberle ocurrido algo a Gina y comenzaba a sentirse la peor persona que pisaba el planeta. Entró en el cuarto de baño; la gente, al reconocerlo, se apartaba de la puerta y de Gina, que yacía pálida y cubierta de vómito en el suelo. Estaba inconsciente y mantenía los ojos abiertos. Se agachó y le sujetó la cabeza. Le tomó el pulso. Llamó a una ambulancia por si aún no lo había hecho nadie y, enseguida, entraron los policías, haciendo preguntas que Cillian ignoró. Había estado a punto de ahogarse en su propio vómito. Drogarla había sido un error.

La ambulancia llegó en pocos minutos. Gina seguía inconsciente en el suelo del baño. Tras tomarle la temperatura y comprobar sus constantes vitales, los técnicos de emergencias la subieron a una camilla y la llevaron al hospital más cercano. El doctor subió con ella en la parte de atrás y le cogió la mano. Las lágrimas brotaban de sus ojos, pero trató de disimular ante el personal del hospital en cuanto llegaron allí. Nadie le preguntó qué había ocurrido, se limitaron a hacer su trabajo.

—Lo siento —le dijo Cillian al oído—. Solo quería ayudar a que esto acabara.

En su afán de que Gina descubriera la verdad o recordara, había perdido la ética de la que tantos años había presumido. Había puesto a su paciente en peligro por ganar la batalla. La idea de no agobiarla y dejar que fuera su mente la que recordara lentamente se había destruido cuando la gente del pueblo le echó el primer pulso. La madre de Shelly había conseguido su cometido: tirar por tierra su trabajo, y lo había hecho sin demasiado esfuerzo.

Metieron a Gina en un box y Cillian esperó fuera. Estuvo allí, en la sala de espera, una hora, sentado, pensando en la maldad de su alma y en su culpabilidad. La sala estaba llena de gente y, como era reducida, la mayoría estaba de pie. Todos miraban al doctor preguntándose qué había

pasado, lo último que podían imaginar era lo que había ocurrido. ¿El doctor había drogado sin consentimiento a una paciente? Nadie creería que el doctor fuera capaz de una cosa así. Al cabo de un rato, el psiquiatra, que seguía inmerso en sus pensamientos, dejó de interesarles, y siguieron con sus vidas, esperando a ser atendidos.

La sala de espera del hospital era rectangular, pintada de blanco, con seis filas de sillas de plástico rojo, cuatro hileras pegadas a las paredes y dos dándose la espalda en el centro. Cillian estaba sentado sin moverse en la silla más cercana a la puerta de salida. No se había quitado el abrigo ni se había movido en todo el tiempo, ni siquiera para mirar el móvil, y los policías no se despegaban de él en ningún momento.

—Familiares de Gina Sven, pasen al box veinte.

—Una voz femenina resonó en la sala de espera a través de los altavoces.

Al oír la palabra «familiares» se dio cuenta de que había olvidado llamar a la madre de la joven, pero se consoló pensando que tampoco habría aparecido o que no estaría en casa. El doctor se levantó junto a los policías y se acercó a la enfermera que lo esperaba en la puerta de la sala de urgencias, junto a los recibidores donde se inscribían los pacientes. La enfermera les indicó que la siguieran, que el médico de guardia quería hablar con el doctor Jackson. Tras recorrer varios metros de pasillo, los dejó en una puerta entornada al fondo, en una especie de armario de la ropa sucia, y le dijo que allí lo esperaba el facultativo.

La habitación parecía un despacho improvisado para hablar sin que nadie los molestara. Estaba lleno de material hospitalario y quirúrgico obsoleto amontonado en varias estanterías metálicas. La luz que alumbraba el almacén era una bombilla medio fundida por encima del marco de la puerta, parecía que nadie hubiera entrado allí en años. Los policías se quedaron en la puerta, refunfuñando. El médico lo esperaba de pie, apoyado en una esquina de la habitación. Llevaba una bata blanca y, en cuanto se giró, el doctor reconoció al señor Hopkins, el médico más antiguo y más querido del pueblo.

Era muy mayor y estaba en edad de jubilarse, pero no lo hacía porque adoraba su trabajo, le encantaba sentirse útil. Había sido, en otro tiempo, el único médico del pueblo; trabajaba en su casa, desplazándose a la del paciente si había alguna urgencia, a mediados de los años sesenta, pero ahora había un hospital con muchos trabajadores en las cercanías y la población del pueblo había aumentado.

Había cuidado de Gina cuando estuvo en coma y le tenía cierto cariño. Era un hombre religioso y, para él, era un milagro que la muchacha volviera de entre los muertos y no recordara nada, como si Dios le hubiera regalado una segunda oportunidad de empezar de cero. Era un milagro del que había podido formar parte y del que se sentía orgulloso, en contra de los sermones que le daba en la iglesia la señora Paul, a la que detestaba. Bajito y muy gordo, tenía el pelo blanco, una larga barba del mismo color y unos ojos grises, pequeños y curiosos; cualquiera que no lo conociera y lo viera en aquellas fechas sin conocerlo podría haberlo confundido con Papá Noel. Era un anciano adorable, pero no se lo veía de buen humor.

—Buenas noches, doctor —dijo, mirándolo muy serio—. Quería hablar con usted en privado, pero como estamos en urgencias y aquí no tengo despacho, he pensado que este sería un buen sitio. ¡No entra nadie desde que lo inauguraron!

Esbozó una especie de sonrisa, pero pronto volvió a su gesto serio.

—Me parece bien, señor Hopkins —respondió Cillian, nervioso por saber cómo se encontraba la muchacha—. ¿Cómo está? Yo...

—¿Qué le ha dado, doctor? —preguntó el señor Hopkins directamente, sin dejarle acabar la frase y con una mirada curiosa.

—Le di una droga alucinógena —confesó casi en un suspiro—. No era muy fuerte, pero supongo que mezclada con su medicación ha hecho que...

—Efectivamente —añadió el médico sin dejarle terminar otra vez—. Ha sufrido una intoxicación leve, así que está bien. Le hemos realizado un lavado de estómago y ahora está descansando. Estará en observación cuarenta y ocho horas, después que sea ella quien decida si se quiere ir con usted. —Hizo ademán de que la conversación había acabado y de que no quería seguir en aquella minihabitación, pero antes de irse se dio la vuelta y dijo—: Sé que les dará igual a todos, porque para ustedes no es más que un monstruo, pero para mí es una persona, con sus virtudes y defectos, y con las personas no se puede jugar de esta manera tan amoral. Debo confesarle que, aunque un juez haya dictaminado su culpabilidad, yo no la acepto. Llevo años tratando a la gente, más que usted, señor Jackson, y nunca me han fallado mis impresiones. Gina no sería capaz de matar a nadie. Y, además, nunca encontraron los cuerpos, por Dios.

—¿Puedo verla? —dijo el doctor repentinamente, antes de que el señor Hopkins se marchara.

—No. Urgencias no es un lugar de visita. —Rechazó su proposición sin mirarlo—. Ya le he dicho que en cuarenta y ocho horas podrá verla y ella decidirá si sigue su tratamiento o vuelve a la cárcel.

—Señor Hopkins, sé que esto ha sido muy grave, pero la desesperación... —No pudo terminar.

—Lo entiendo, sé que quiere ayudarla, pero ¿no cree que habría sido más fácil preguntarle a ella si quería participar en su experimento a jugársela por la espalda? La prisa es mala consejera, querido amigo. Sé que usted no es como los demás, así que no actúe como ellos, le irá mejor. Le deseo toda la suerte del mundo, pero con su actuación de esta noche lo que ha conseguido es perder dos días de su precioso tiempo. La señora Paul estará regocijándose de gusto en la iglesia.

El doctor Hopkins salió de la habitación y dejó la puerta entornada.

El doctor llamó a la madre de Gina para contarle la situación. Pareció no afectarle y le alegró deshacerse de su hija, aunque fuera durante dos días. Le dijo que ya la vería cuando regresara a casa, que para qué iba a ir al hospital si no podía visitarla y apoyarla físicamente.

¿Qué pensaría Gina, tumbada en la cama del hospital durante tantas horas? ¿Lo odiaría o comprendería su actuación desesperada? El señor Hopkins ya le habría contado lo sucedido y quién era el responsable; tenía día y medio para pensar en cómo la había decepcionado el que para ella era su salvador. Cada segundo que pasaba tenía más clara la idea de que lo odiaría con todas sus fuerzas. ¿Qué habría visto en el baño? Estaba muy nervioso y la culpabilidad le impedía pensar con claridad y dejar de hacerse preguntas. Tras el interrogatorio a sí mismo y la negatividad, llegaba ahora la fase de la culpa. No tenía que haberla drogado sin su consentimiento, pero mucho menos haberla dejado sola. Se volvió a sentar en la silla cerca de la puerta, en la sala de espera, y se levantó a los pocos segundos tras despedirse de los policías, que no mediaron palabra con él. Estuvo así unos minutos y luego decidió irse a casa; de todas formas, como decía la señora Sven, no lo iban a dejar entrar y estar allí, en esas incómodas sillas de plástico día y medio, no le apetecía. Salió del hospital y cogió un taxi hasta el bar. Había

dejado allí el coche al subirse en la ambulancia.

Cuando llegó, vio que en el bar todo seguía igual, la gente entraba y salía borracha pasándolo bien. Ni rastro de los gritos ni de los curiosos. El portero lo miraba con mala cara, sabía que no podría volver a entrar, aunque era la segunda vez en su vida que iba a aquel lugar, así que no le importaba. Miró hacia las únicas ventanas que había en el recinto, que eran las de los baños, donde horas antes había sufrido una de las peores experiencias de su vida. ¿Qué habría visto Gina?

Cuando abrió la puerta del coche y se disponía a subir, vio a Mary y a Shelly asomadas. Lo miraban fijamente y sonreían con maldad, como si se hubieran salido con la suya de alguna manera. Él les devolvió la mirada desafiante y les dijo, mental y corporalmente, que iba a ganar la batalla.

Esa vez, ante la aparición de los fantasmas de su paciente, no se puso nervioso ni le tembló el pulso; se subió al coche con más confianza en sí mismo, convencido en su fuero más interno de que iba a ganar y de que conseguiría sacar a Gina de la cárcel. Le vendrían bien esos dos días. Empezaba a estar demasiado involucrado y sugestionado. También él necesitaba descansar y poner en orden su cabeza.

Cuando llegó a casa y abrió la puerta, su hermano Tom lo esperaba tomándose un café en la cocina; por su cara, vio que ya se había enterado de lo acaecido y de que se alegraba de lo malo que le pudiera ocurrir a su nueva amiga.

—¡Buena la has liado, capullo! —dijo, mirándolo sonriente—. Ya se ha enterado todo el pueblo de que casi te cargas a tu amiguita. La señora Paul se ha encargado de ello. No sé cómo lo hace, pero se entera de todo.

—¡Cállate, gilipollas! —contestó Cillian, enfadado.

—No sé quién es el gilipollas aquí, francamente, hermanito —rebató sin dejar de sonreír. Por primera vez en la vida, él llevaba razón y su hermano, el mayor y más responsable de todo el mundo, estaba quedando en evidencia delante del pueblo.

—Me voy a mi despacho, no me molestes en toda la noche —dijo mientras subía las escaleras decidiendo que ignorarlo era la mejor solución.

El señor Hopkins tenía razón. Acusaban a una chica sin pruebas concluyentes, solo circunstanciales, de ser un monstruo; sin embargo, ellos se alegraban de todo lo malo que le pasara sin pensar que los monstruos podían ser ellos. Si Gina hubiera muerto aquella noche, habrían hecho una fiesta en el centro del pueblo, como animales sedientos de sangre que hubieran cumplido su venganza, y él habría sido la mano ejecutora que culminaba su plan sin quererlo. Se había dejado llevar por las habladurías de sus vecinos y las estratagemas de la

señora Paul y había perdido su honor, que para él era lo más importante.

Inmerso en estos pensamientos, sonó el teléfono. Era el rector de la universidad. Lo llamaba para decirle que lo consideraban un acto totalmente justificado y que lo apoyaban, en el caso de necesitar su ayuda, en cuanto quisiera. Luego, recibió llamadas de la jefatura de policía y del juez del condado. Las hienas estaban devorando a su presa.

Aquella noche bebió tanto alcohol que durmió dieciséis horas. Cuando despertó, pensó que había que empezar de nuevo, que no podía rendirse. Tenía que ir a por Gina al día siguiente y seguir la terapia como si no se hubiera visto envuelto en la locura paranoide de días anteriores. Se duchó, se afeitó y se vistió. No tenía clase y decidió pasar el día escribiendo lo que había vivido con Gina desde el principio, sin excluir ningún dato, por pequeño que fuera. No era muy amigo de escribir las intimidades de los demás. Durante sus sesiones de terapia, guardaba los detalles en su cabeza, pero necesitaba despejarse, y quizá así podría revisar mejor el tema y ver si se le había escapado algo o si se le ocurría alguna cosa que los pudiera ayudar.

No pensaba volver al hospital, ya se había expuesto demasiado y sabía que Gina estaba bien cuidada y atendida con el doctor Hopkins. Telefoneó a la señora Sven, por si tenía alguna novedad respecto a su hija y para preguntarle si necesitaba algo. La mujer le contestó que nada y colgó. Por lo visto, no solo él tenía resaca. El doctor no entendía a aquella señora. Las madres, al menos las que él conocía, defendían y estaban con sus hijos para lo bueno y lo malo, aunque no llevaran la razón la mayoría de las veces. No comprendía cómo la señora Sven podía haber sido amiga de su madre; dos mujeres tan diferentes y, sin embargo, tan unidas. La señora Jackson nunca habría abandonado a ninguno de sus hijos, aunque fuera el mismísimo Satán.

Pasó el día pegado a su libreta de notas escribiendo su historia, que esperaba que terminara bien, pero ya no tenía prisa, ni le preocupaban las opiniones de los demás. Ya no podían hacerle daño, la única que podía hacérselo era Gina.

9. 48 horas

El doctor llegó al hospital muy temprano. Estaba ansioso y se le notaba en su forma de actuar. Se había puesto el jersey del revés y no paraba de quitarse y ponerse el sombrero. Encendía un cigarrillo cada cinco minutos y lo tiraba segundos después. Andaba en círculos por la sala de espera y salía y entraba por la puerta. La señora Sven había preferido no ir. Ya estaría con su hija cuando volviera a casa, tenían muchos días para estar juntas. En cuanto vio a la enfermera del otro día salir de urgencias e ir a la sala de espera, donde se suponía que estaría él, corrió como si le fuera la vida en ello hasta que la alcanzó. El psiquiatra llegó sin aliento y tuvo que poner los brazos sobre las rodillas para descansar y tomar aire.

—Buenos días, doctor. Tiene que pasar por el despacho del doctor Hopkins a recoger los papeles de ingreso y de alta antes de llevarse a su paciente —dijo la enfermera andando hacia el despacho del médico con el doctor detrás—. Está muy bien, ha pasado todo el tiempo leyendo y no se ha quejado. Es de las pacientes menos quejicas que han pasado por mi planta. Todavía tiene el estómago un poco revuelto, pero es normal después de un lavado; un par de días a dieta blanda y como nueva.

—Me alegro mucho, señorita —contestó el doctor con signos de evidente ansiedad. El pasillo se le hacía eterno y la enfermera, insoportable.

Siguió a la sanitaria hasta el despacho del doctor, en la tercera planta. Era el último despacho, el único que daba a los jardines y en el que entraba más sol; ser uno de los médicos más veteranos y queridos tenía sus ventajas. Olía a tabaco de pipa; no se podía fumar en ninguna zona del hospital, pero el médico tenía sus propias normas, exponiéndose a que lo expulsaran. El despacho tenía el mismo aspecto antiguo y entrañable que su dueño. Láminas del cuerpo humano antiguas, un esqueleto de cuerpo entero y unas cortinas verdes a conjunto con la lámpara concluían la decoración. Había, además, un par de estanterías con libros, la mesa de trabajo y un armarito con llave con el historial de sus pacientes. Sobre el escritorio, una lamparita verde de cristal estilo años sesenta alumbraba al señor Hopkins mientras firmaba los papeles del alta de Gina.

—Aquí tiene los papeles del alta y de urgencias, doctor —dijo sin mirarlo mientras terminaba de firmarlos—. Guárdelos por si los necesita. Supongo que ya le habrá informado la enfermera, mi querida Grace, de que su paciente está bien. Deberá seguir con la dieta blanda unos días y beber mucho líquido, tiene el estómago algo revuelto. —Terminó de firmar y levantó la mirada, quitándose las gafas—. Por lo demás, se ha portado muy bien, le dejé algunos libros de anatomía

que parecieron gustarle mucho. Ha pasado todo el tiempo hojeándolos.

El doctor, sin andarse por las ramas, le preguntó en qué habitación estaba Gina, y el médico, no muy sorprendido, le informó que en la 315 y que se encontraba desayunando. Sin despedirse y sin coger los papeles, Cillian salió deprisa. El señor Hopkins se quedó mirando hacia la puerta pensando en lo tonta y alocada que era la juventud. Corrió por el pasillo hasta llegar a la mitad del siguiente. Allí estaba la habitación y, junto a la puerta, los policías que habían ido con él al hospital hacía dos días. Se paró unos segundos a respirar antes de entrar, tenía que estar preparado para cualquier reacción de la señorita Sven. Los hombres le permitieron el paso y Cillian entró. No se oía nada. Gina no estaba. La cama estaba vacía, la televisión, apagada, y el plato, sucio del desayuno. Escuchó la cisterna del baño y se relajó, estaba allí, no se había ido sin él. La puerta del baño se abrió y, entonces, la vio. Llevaba la misma ropa del día que había ingresado. Las enfermeras se la habían lavado, ya que ni su madre ni él le habían llevado ninguna muda. Lo miró con indiferencia y empezó a acercarse a él de forma segura y directa.

—Buenos días, Gina —dijo, inamovible en su sitio. Intentaba aparentar normalidad—. Siento lo que ha pasado. No era mi intención, solo quería ayudarte y ayudarme a mí a solucionar esto y...

Gina se quedó parada frente a él, mirándolo; el doctor dejó de hablar, sorprendido, sin saber qué quería decir aquella expresión inerte. Le recordó a la mirada que le había dedicado la primera vez. De repente, Gina le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas, o eso pensó él, en la nariz. El doctor cayó al suelo de espaldas y empezó a sangrar por las fosas nasales. Se tocó la nariz y notó el líquido caliente que le comenzaba a manchar la camisa.

—¡No quiero volver a verte en la vida! —gritó, muy enfadada—. ¡Quiero volver a mi celda y olvidarme de todo esto! Querías que recordara y he recordado. ¡Fui yo! Una murió de un tiro en la cabeza y la otra asfixiada. Ya eres libre. ¡Serás un héroe nacional! ¡Disfrútalo!

Gina salió de la habitación sin mirar atrás, con paso firme y no demasiada prisa, se había hecho daño en la mano. Los policías estaban bastante distraídos con el móvil y reaccionaron tarde a lo que ocurría. Odiaba al doctor. Había confiado en él y la había engañado, le había hecho creer que era su amigo y que quería ayudarla, pero solo quería ayudarse a sí mismo, y la había dejado sola dos días en aquel horrible hospital. Quería cumplir su pena y dejar de ver en su mente la imagen de aquellas chicas asesinadas.

Salió del hospital corriendo. Miró hacia todos los lados para comprobar que había perdido de vista al doctor y a los policías y vio que el autobús del cementerio se acercaba a la parada que tenía enfrente. Gina cruzó rápidamente y subió; le pareció buena idea la paz y tranquilidad que ofrecía aquel lugar. Tarde o temprano acabaría viviendo allí y era un sitio en el que a nadie se le ocurriría buscarla.

El doctor tuvo que ser atendido en la sala de curas del hospital antes de salir corriendo tras Gina. Les dijo que se dieran prisa porque tenía que irse, de una forma muy educada. No había sido un golpe grave, pero la sangre era muy escandalosa. Las enfermeras cuchicheaban entre ellas y lo miraban con compasión. Sabía que pensaban que la chica, visto lo visto, no quería volver con él y su plan había fracasado, solo esperaba que la señora Paul no se enterara antes de que lo arreglara. No podía obligarla a volver con él, pero no iba a devolverla a la cárcel hasta que no

pasaran los días estipulados. Tenía que recuperar su confianza. Tenía que salvarla. Pese a lo que acababa de oír, seguía sin creer que hubiera sido ella, no podía ser. Tenía que haber algo más que no recordara. ¿Habría mentido o de verdad habría recordado lo ocurrido aquella noche?

Los policías se habían marchado en busca de la joven y habían dejado a Cillian solo. ¿Dónde se habría metido? ¿Por dónde debía empezar a buscarla? ¿Estaría demasiado lejos? No podía haberse alejado mucho; solo habían pasado cinco minutos. Miró en todas direcciones, pensó en preguntar a la gente que paseaba por la calle y, de repente, la vio sentada en la parte trasera de un autobús mirando el suelo, esperando a que arrancara y que nadie la reconociera. Sabía adónde iba. Ese autobús solo tenía una parada, así que pensó en adelantarse. Iría más rápido con su coche. Todavía le sangraba la nariz y los transeúntes lo miraban intrigados. Se estaba convirtiendo en el tema de conversación de la Navidad. Se subió al coche, arrancó y pisó el acelerador. Tenía que llegar antes y abordarla en el cementerio.

Gina se bajó del autobús en la placeta en la que ya había estado con anterioridad. Nadie se había dado cuenta de que iba sola en el autobús porque no la habían mirado ni preguntado nada. Pensó que sería porque, en su inmensa mayoría, era gente mayor y, además, se ocultaba bajo la capucha de la sudadera. Vio la escultura con las iniciales grabadas, pero no se detuvo. Caminó alrededor de la valla que bordeaba el cementerio y, en la parte más alejada y accesible, saltó para colarse, cerciorándose de que no hubiera nadie. Una vez dentro, tenía que buscar a sus amigos, cosa que no era tarea fácil por la cantidad de personas enterradas que había allí. Anduvo unos cuarenta y cinco minutos por la enorme explanada de césped hasta que dio con tres tumbas con muchas más flores y velas que las demás. El lugar era precioso, tan verde, tan alejado de la gente y con unas vistas del acantilado que hacían que Coleraine pareciera el pueblo más bonito del mundo.

Inspiró profundamente antes de comprobar si eran las tumbas que buscaba. En el suelo había tres lápidas, de más o menos un metro de altura, de mármol gris que resplandecían al sol, y tres placas con los nombres de los fallecidos. Leyó la primera, Mary Shelman; las había encontrado y no necesitaba leer las otras dos. Junto a la losa de Mary había varias partituras y un peluche gigante con una dedicatoria firmada por sus alumnos de las clases de música. Se acercó un poco más para leer lo que había escrito, pero oyó un sonido cerca de ella, se giró para cerciorarse de que no había nadie alrededor, ni vivo ni muerto.

La gente del pueblo estaría ultimando sus compras navideñas y era muy temprano, así que seguramente había sido el viento. Llevaba tres días sin tomar la medicación «antivisiones», como ella la llamaba, así que temía que sus amigas de ultratumba aparecieran en cualquier momento, pero por ahora no había ni rastro de ellas. Por primera vez en mucho tiempo estaba sola, el aire que soplaba a aquellas horas de la mañana en la alta explanada, en pleno mes de diciembre, era tan frío que helaba las ideas. Gina notaba que se le quemaba la cara. No sabía por qué había acabado en ese lugar, pero ya que estaba allí quería despedirse y pedir disculpas, algo que había querido hacer desde el principio.

—Hola —dijo mirando a los mármoles brillantes que reflejaban su cara muerta de frío—.

Siento no acordarme de vosotros. Supongo que seríais buenas personas por la cantidad de gente que viene a veros y que os deja ofrendas, por no hablar de la que se manifiesta para que me vaya de aquí. Habría venido antes, pero no me han dejado. La gente del pueblo no es precisamente amable conmigo, aunque no importa. Quería venir aquí para deciros que lo siento. No sé si fui yo, ni si tuve la oportunidad de ayudaros, pero lo siento muchísimo. Me gustaría poder intercambiarne con vosotros, que vosotros siguierais aquí con vuestra vida y yo me pudiera ahí dentro, pero las cosas no son siempre como uno quiere. —Rompió a llorar—. ¡No sabéis lo que significa seguir aquí! Sé que merezco la visión del otro día, que merezco que me persigáis, que sufristeis mucho. Soy una persona horrible, un monstruo, como dicen en el pueblo. —Los sollozos llamaron la atención del jardinero, que escuchaba escondido entre los setos que él mismo había plantado—. He intentado ayudaros y complacer al doctor, pero no he podido. Supongo que estaréis tan decepcionados conmigo como él. —Hizo una pausa para secarse los mocos con la manga e intentar respirar—. Bueno, me despido. Sé que pronto nos volveremos a ver.

Gina suspiró y dejó que el viento la despeinara como si fueran sus amigos que se despedían. Cerró los ojos y notó que las lágrimas le recorrían las mejillas. Abrió los brazos en cruz y dejó que el viento la abrazara antes de irse. Entonces, se dio la vuelta y se marchó lentamente por el camino de césped. Iba llorando, y sus palabras habían sido tan sinceras que el jardinero sintió una punzada en el corazón y maldijo al pueblo por la forma en que habían actuado con aquella chica. ¿Estarían todos equivocados? De repente, se oyó un ruido que provenía de detrás de la lápida, como el que había sobresaltado a Gina antes de comenzar su monólogo, y el doctor salió de detrás acariciando el mármol con cariño. Se incorporó, miró al jardinero y se dispuso a marcharse a su despacho.

—Lo siento mucho, doctor —dijo, y se quitó la gorra, pero algo en su voz y su actitud había cambiado.

—No importa, James —respondió, tocándole el hombro—. Lo que importa ahora es ella. Tengo que ayudarla.

El doctor comenzó a caminar, siguiendo el rastro de Gina. Sabía que le había mentido. La chica no recordaba lo que había sucedido, solo una parte, aunque aquel era un avance importante. A partir de aquel recuerdo podrían encontrar una pista para continuar con sus averiguaciones.

Se subió al coche de nuevo. Tenía que conseguir más tiempo mientras la convencía de que aceptara su ayuda. Debía releer lo que había escrito y escribirlo nuevo. Después, iría a casa de Gina para que ella lo leyera también y volvería a pedirle disculpas. Todavía le quedaba algo de tiempo y cada vez se sentía más seguro de que podía salvarla.

10. El fin

Gina deambuló por las calles de Coleraine repletas de gente, pero nadie parecía reparar en ella. Los villancicos sonaban por todas partes y la gente paseaba alegre haciendo sus compras navideñas. Aunque llevaba poco tiempo en el pueblo, ya se habían acostumbrado a su presencia y, tras comprobar que era inofensivamente aburrida y que no recordaba nada, había pasado a un segundo plano. Superados el morbo y la curiosidad, se había vuelto invisible.

Qué triste le parecía que todos tuvieran a alguien que les quisiera, que les escuchara e hiciera regalos por Navidad. Ni siquiera su madre quería verla y su único amigo había resultado un traidor. Habría preferido quedarse en la cárcel y no conocer el pueblo ni su gente, no comer chocolate y no sentir el viento con olor a pino entre sus dedos, así no lo echaría de menos entre aquellas cuatro paredes, que sería lo único que vería.

Pensar que no volvería a salir de prisión, ni ver al doctor, le causaba un intenso dolor en el pecho. No dejaba de llorar, le faltaba el aire y sus ojos estaban tomando un tinte violáceo. Intentaba disimular, aunque no sabía muy bien por qué. Nadie iba a preguntarle qué le pasaba ni a compadecerse de ella. Le escocían los ojos cada vez que una lágrima trataba de brotar a la superficie y los tenía tan hinchados que le dolía simplemente tenerlos abiertos.

No sabía si lloraba porque tenía que marcharse, porque no había encontrado la verdad o porque el doctor la había decepcionado. Sacó un pañuelo e intentó serenarse escondiéndose en una esquina de la parroquia de San Patricio, dentro de su oscuro jardín. Escuchó la música del coro de villancicos del pueblo que ensayaba para el concierto de Navidad con la banda dentro de la iglesia. Qué bonito y solemne sonaba. A ella siempre le había gustado la música y, en el último año, era lo único que la acompañaba en su celda y la ayudaba a superar los malos momentos. No tenía adonde ir y decidió entrar a escuchar a escondidas, quizá se le pegara algo del espíritu navideño que la ayudaría a aguantar las últimas horas de libertad. ¿Tardarían mucho en encontrarla?

La iglesia barroca se componía de tres cuerpos: la torre del campanario, la capilla central y otra nave lateral, más pequeña, donde estaba la casa del párroco. Estaba construida en piedra tallada y tenía cristalerías de colores en la parte superior con escenas de la Biblia. En su interior, los bancos llegaban hasta el fondo de la capilla y estaban recién barnizados para lucir con todo su esplendor en las fiestas navideñas. No era una iglesia muy rica de iconografía y adornos, pero era acogedora y con uno de los órganos más antiguos y grandes del condado. Solo tenía dos figuras, un cristo crucificado en el altar y una virgen con el niño a la derecha. Eran imágenes muy finas,

muy humanas, sin policromía; mantenían el color natural de la piedra de la iglesia. Los músicos se preparaban para irse a casa, solo los más rezagados seguían guardando sus instrumentos. No se sorprendió de haber llegado al término del ensayo. No era una chica afortunada.

Gina se apoyó en la pared del final de la iglesia, escondida tras el panel con el mapa y la información correspondiente al edificio monumental y esperó a que se fueran. Nadie se fijó en ella con el ajetreo del ensayo. Cuando salió el último de los intérpretes musicales y se apagaron las luces de la capilla principal en la que ensayaban, la iglesia quedó vacía y el silencio invadió el lugar. Solo su respiración rompía la armonía del momento. La única luz provenía de las velas encendidas a los santos y de una capillita en la que estaba el belén.

Gina se acercó a las imágenes del altar y las observó de cerca. Le pareció que le sonreían. Nunca había sido creyente; pero, si podían existir cadáveres ambulantes, por qué no un buen hombre que ayudaba a la gente desde su trono divino. La desesperación hace creer en la magia. Se acercó a la figura de la virgen y, al ver su rostro, cayó a sus pies e imploró ayuda.

—¡Protégeme, por favor! —Le cogió la mano—. Sé que no lo merezco, pero ayúdame a conocer la verdad, ayúdame a encontrarlos y a que Cillian consiga su propósito. Mándame un ángel navideño como el de la película. Por favor, por favor...

Una música de violín empezó a sonar en el pequeño altar lateral del belén. Gina reconoció la melodía de *Nearer, my God, to Thee*. No estaba sola. Se levantó para disimular tras haber montado aquel espectáculo bochornoso. ¿La habría oído alguien? Se acercó al altar, escondido por un muro lateral y una columna. Iba lentamente para no asustar a su misterioso acompañante. Al dar la vuelta al muro vio que era él y sonrió. El chico rubio que la saludaba desde la ventana del desván por las mañanas. El muchacho se percató de su presencia, la miró sonriente y la saludó con la cabeza; ella le devolvió ambas cosas, la sonrisa y el saludo. Dejó de tocar y se dirigió a ella.

—¡Me alegro muchísimo de verte! —exclamó de forma efusiva. Era uno de los artistas rezagados—. ¿Qué haces aquí? Se acaban de ir todos los músicos. Yo me he quedado porque me gusta estar aquí a solas, mi violín suena mejor.

El joven acarició el violín como si fuera su hijo.

—Yo también me alegro de verte —contestó, alegre—. He entrado buscando un milagro y me he encontrado contigo.

—¡Ja, ja, ja! Has elegido buena fecha para pedir milagros, ya casi es Navidad —dijo el violinista.

Estaba fascinada con aquel muchacho y su forma de actuar, no parecía tenerle miedo ni sospechar de ella. Quizá fueran sus últimos momentos en el pueblo. La policía debía de estar buscándola por todas partes porque el doctor habría dado parte de su confesión, pero no podía imaginar un final mejor para su historia.

—¿Qué necesitas? —preguntó el chico mientras guardaba el violín en un estuche negro—. No sé hacer milagros, pero a lo mejor puedo ayudarte en algo más mundano.

—Bueno, supongo que estoy a punto de volver a la cárcel y ya no voy a salir más. Esto es el fin. —Miró el suelo para evitar que viera que se le humedecían los ojos—. He intentado recordar cosas y hacer lo que me mandaban, pero no he podido. He defraudado a todo el mundo y he hecho que Cillian hiciera cosas horribles por intentar ayudarme.

—Me han contado que se ha portado muy bien contigo —comentó mientras recolocaba el belén del que había tumbado varias figuras al girar el estuche.

—Sí, así es —dijo Gina, apesadumbrada—. Pero yo no soy lo que él esperaba.

—¿Qué tontería! —respondió—. Tú no eres responsable de no recordar cosas. ¡Me extraña que tengas esa actitud tan derrotista!

—¿Te extraña? —Gina lo miró, sorprendida—. ¿Nos conocemos de antes?

—Claro —contestó, igualmente sorprendido—. Fuimos juntos a clase, por eso sé que eres una chica muy alegre y que nunca dejarías que nada te detuviera en tus propósitos, ni el acantilado más alto de Coleraine. La Gina que yo conozco estaría haciendo galletas y pasando el rato con su madre mientras urdía algún plan para que no fuera su última cena. Además, si solo te queda esta noche, ¿por qué no disfrutar de ella?

—¡Ja, ja, ja! A lo mejor llevas razón. Debería disculparme con el doctor, intentaba ayudarme. Quizá tendría que ir a despedirme de él y de mi madre. Podría llevarlos a cenar a la cafetería que le gusta al doctor, Snow Bell, ¿la conoces?

—Sí —contestó—. ¡Es un sitio estupendo! Yo iba muy a menudo.

—Te quería dar las gracias.

Gina le sonrió. Le habría encantado abrazarlo, pero no sabía cómo actuaría aquel muchacho tan agradable y se conformaba con verlo sonreír. Le había alegrado el día y la había ayudado a hacer de aquel último día un bonito recuerdo para los que la rodeaban. Era mejor que el doctor la recordara como una chica agradecida y contenta que como la desagradecida que le había roto la nariz.

—¿A mí? —preguntó con asombro.

—Sí. Por sonreírme y saludarme cuando nadie lo hacía, por hacerme sentir bien y por hablarme como si no fuera un monstruo. Además, me has animado ahora que tanto lo necesitaba, si no fuera por ti, habría pasado aquí toda la noche llorando. —Era el momento ideal para abrazarlo—. ¿Quieres venir a cenar con nosotros? ¡Por favor! Tú formas parte de esta historia y te lo agradecería mucho.

—Me encantaría —dijo—. Haré todo lo posible por estar allí esta noche, te lo prometo.

—Gracias —contestó Gina, sonriendo—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro, las que quiera, señorita.

El chico hizo una especie de reverencia que le resultó divertidísima.

—¿Sabes dónde vive el doctor? Me dio su tarjeta, pero me la he dejado en casa. —Se palpó el bolsillo—. Ya no estará en su despacho de la universidad, es demasiado tarde, y supongo que se habrá ido a casa.

—Sí, claro —contestó—. Vive en el número 5 de la calle Alilith.

—Muchas gracias. —Gina le hizo otra reverencia, como si estuviera delante del mismísimo rey—. ¿Cómo te llamas? No puedo irme sin saber tu nombre.

—¡Claro! Me llamo Jacque —contestó, triunfante y con los brazos en jarras.

—¡Ja, ja, ja! ¡Encantada, Jacque! —repitió el nombre para que no se le olvidara—. Espero verte luego.

Gina se despidió con un gesto y salió hacia la casa del doctor. Llovía muchísimo, pero no le importaba. ¿Sería la última vez que estaría bajo la lluvia? Era evidente que sí. Empezaba a pensar que el doctor y la policía se habían olvidado de ella, porque no había movimiento en el pueblo. Puede que Cillian le diera una segunda oportunidad, es más, tenía que convencerlo de que así fuera.

Carol of Bell sonaba por el megáfono del ayuntamiento. Anunciaba el concierto y el alumbrado de Navidad. «Qué ridiculez», pensó. ¿Acaso a alguien podría olvidársele el único acto importante del pueblo?

Gina echó a correr. Estaba deseando abrazar al doctor y ver la cara que se le pondría cuando la viera. ¿Tendría muy mal la nariz? Seguro que no, no le había dado tan fuerte, no era capaz. Pese a lo enfadada que estaba en aquel momento, era su único amigo, el único que había confiado en ella, y lo quería, así que su enfado era menor que su agradecimiento. Había sido una estúpida, la rabia la había llevado a actuar así, pero no quería hacerle daño. Los pastores y demás participantes del belén viviente iban llegando a la iglesia, eran los siguientes en ensayar, así que se escabulló con cuidado de no ser vista.

Jacque cogió su violín y pidió perdón al cielo por lo que acababa de hacer, pero ¿qué alternativa tenía? Era lo que ella quería. Conocer la verdad, aunque no supiera que hacerlo la pondría en un grave peligro. Esperaba que se salvara, lo deseaba con todas sus fuerzas; la quería más de lo que nunca habría podido querer a nadie.

Gina llegó a la calle Alilith y miró los números. Ralentizó el paso y buscó en la parte superior de las casas. Llegó a la casa de Jacque y vio que era la número cinco. ¿Vivía en la misma casa del doctor? ¿Qué relación tenía con él? Se le entrecortó la respiración. Miró hacia arriba y allí estaba Jacque, en la ventana del desván. ¡No podía creerlo! ¿Cómo lo había hecho? ¡Si se había quedado en la iglesia cuando ella había salido! Se le erizó el vello de todo el cuerpo. Un mal presentimiento le rondaba la cabeza. No sabía qué era, pero sospechaba que el doctor le había ocultado cosas.

Llamó a la puerta. Tom abrió sin mirar por la mirilla y, cuando la tuvo de frente, la sorpresa y un impulso de odio hizo que le cerrara la puerta en las narices. No podía creerlo. ¿Qué hacía en la puerta de su casa? Su hermano no le había dicho que vendría. Solo la llevaría si era necesario y, además, él no estaba. No había regresado del trabajo. Respiró profundamente y volvió a abrir. La miró fijamente con la boca abierta, como si viera un fantasma, con los ojos tan abiertos que empezaron a escocerle y parpadear sin cesar.

—Perdona por el portazo, ha sido la impresión —dijo. Le costaba hablar, pero intentó mantener la compostura.

—No, perdóname tú. Siento venir sin avisar —contestó Gina. Estaba tan sorprendida como él—. Estoy buscando a Cillian. ¿Vive aquí?

—Sí. Soy su hermano Tom, pero todavía no ha llegado. Está en el despacho de la universidad. No tardará mucho, siempre llega a estas horas. —El color había vuelto a sus mejillas y se encontraba más tranquilo—. Si quieres, puedes esperarlo dentro.

Gina entró sin dejar de mirar la escalera. Esperaba ver a Jacque. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no bajaba a saludarla? Pasó el umbral de la puerta y notó frío. El ambiente gélido de sus pesadillas había vuelto. Tom la miraba con una mezcla de extrañeza, estupor y odio.

—Su despacho está arriba, a la izquierda, es el de las puertas correderas. Espéralo allí. Voy a llamarlo para decirle que estás aquí y que se dé prisa.

Tom se giró para coger el teléfono del recibidor y avisar a su hermano de la visita inesperada.

—¿Puedo preguntarte quién es el chico rubio del desván? —Gina empezaba a desesperarse y preguntó sin vacilar. Necesitaba saber quién era Jacque y qué relación tenía con el doctor.

Tom se quedó petrificado. Una especie de temblor le recorrió el cuerpo y comenzó a sudar. Volvió a palidecer y soltó el auricular del teléfono que había descolgado. En un segundo, cayó al suelo y se hizo añicos.

—¿Del desván? —balbuceó.

—Sí, lo he visto en la iglesia y me ha dicho que Cillian vivía aquí. He venido prácticamente por él —contestó—. Cuando he llegado, estaba en el desván y, como no baja, he decidido preguntarte. Siento si te he molestado.

La actitud de Tom pasó a la irascibilidad y la palidez se transformó en rojo con una ira difícil de controlar.

—¿Ese chico? —Le señaló una fotografía colgada de la pared donde estaba él con el doctor y el violinista. Gina afirmó con la cabeza—. Era nuestro hermano pequeño, Jacque, tu mejor amigo. —Las venas del cuello le iban a explotar y tenía los puños apretados. Sin embargo, por su actitud, más que enfadado, parecía que Gina le había dado una puñalada mortal—. Se fue contigo de fiesta al alumbrado del pueblo y no volvió nunca. Si está en el desván, me gustaría saberlo; llevamos un año buscándolo. —Hizo una pausa intentando no liarse a puñetazos con el monstruo que tenía delante—. Sube y espera al puto doctor. Yo necesito tomar el aire y, si ves a mi hermano Jacque, salúdalo de mi parte.

Tom salió y dejó la puerta de la calle entreabierta. Gina se quedó mirándolo y, en un momento, lo entendió todo: las iniciales J. J. en la escultura del cementerio y por qué el doctor quería ayudarla: quería encontrar a su hermano pequeño. Si hubiera leído la lápida, ¿lo habría descubierto? ¿O no se habría dado cuenta de que tenía el apellido del doctor? Sintió lástima y admiración por él. Había sacado a la asesina de su hermano para intentar encontrarlo y había dejado de lado sus sentimientos de odio para pasar con ella dos semanas escuchando sus tonterías.

Gina quería disculparse con Tom. No era difícil deducir, por su forma de actuar y de dirigirse a ella, que no pensaba como su hermano y, aun así, había sido amable y la había invitado a entrar, disimulando y conteniendo su enfado. Había perdido a parte de su familia y ella era la responsable. Había tenido que soportarla en su propia casa, preguntándole por el hermano al que supuestamente había asesinado. Sus alucinaciones habían vuelto a jugársela y esta vez de una forma terrible.

Empezó a subir la escalera mirando hacia el desván. Oyó unas risas femeninas y familiares que provenían del piso de arriba, pero no sintió miedo. Tenía que descubrir qué pasaba allí. Si Jacque la había mandado a aquella casa, sería por algo.

Cuando llegó al último escalón no había nadie. No le importaba ver a Jacque, porque su imagen no era la de un zombi putrefacto que la acosaba, sino la de un chico normal que trataba de ayudarla y la escuchaba. Entró en el despacho vacío y lo escudriñó en busca de algo que recordar o descubrir, no sabía qué. Observó las fotos del escritorio del doctor y vio que ella aparecía en una. Era el décimo cumpleaños de Jacque, y ambos soplaban las velas de la tarta mientras Cillian, en el centro, los abrazaba. Las otras fotos eran de la familia Jackson, de sus hermanos y sus padres.

Observó aquel despacho de una forma general, pero no le sonaba de nada. Seguro que había estado allí miles de veces. No sabía mucho sobre Jacque, pero se veía que eran amigos desde la

infancia, como Shelly. ¿Por qué tenía que ir allí? ¿Por qué Jacque le había dado la idea de que fuera? Se asomó por la ventana y vio a Tom dando vueltas por el jardín trasero; no la veía, estaba absorto en sus pensamientos. De repente, cambió de recorrido y entró en una pequeña caseta de madera. A lo mejor se sentía observado. ¿Cuándo llegaría el doctor? Le había dicho que no tardaría, así que tenía que darse prisa. Abrió los cajones del escritorio, pero solo había papeles que no tenía tiempo de leer; luego abrió el armario de la parte inferior que resultó ser un minibar repleto de botellas. La papelería estaba vacía y en las estanterías solo se veían libros. Tardaría horas en revisarlos todos.

—Jacque... —susurró—. ¿Por qué me has traído aquí?

No contestó nadie. Gina comenzó a ponerse nerviosa. ¿Por dónde debía buscar? Tenía que subir al desván, pero le daba miedo y no quería levantar las sospechas de Tom, podría echarla. Anduvo de un lado para otro, pensativa. Volvió a asomarse a la ventana. Tom seguía en la caseta del jardín, con la puerta cerrada. Miró a un lado y vio que la vecina de enfrente la observaba desde la ventana. Estaba cosiendo, pero se había quedado petrificada al verla y no podía apartar la mirada. Quizá era amiga de Cillian y sus hermanos. Era una señora mayor, de unos sesenta y tantos años, con rulos y bata. Tenía rasgos severos y las arrugas le surcaban gran parte de la cara. Aunque estaba lo bastante lejos como para no verla con nitidez, cerró la cortina para que no la observara; al fin y al cabo, estaba registrando un despacho que no era suyo. Cuando se giró para continuar su búsqueda, se encontró a Jacque de frente.

—¡Joder! —espetó—. ¿Por qué me has traído aquí?

Jacque no hablaba y parecía asustado, miraba hacia todas partes con nerviosismo. Le señaló la puerta de enfrente del despacho y, a continuación, le hizo una señal con el dedo para que se mantuviera en silencio. Los golpes en el suelo y las risas provenientes del piso de arriba se oían con más claridad.

Gina salió del despacho hacia la puerta que le había señalado su amigo. Andaba despacio y en silencio, porque no quería que la vieran ni oyeran husmeando por la casa. Además, Jacque le había indicado que permaneciera en silencio. ¿Qué lo asustaba? ¿Serían las mismas muchachas que la aterrorizaban a ella? Si oía entrar al doctor o a su hermano, saldría de la habitación y volvería al despacho disimulando, como si hubiera estado allí sentada todo el rato.

Llevó la mano al pomo de la puerta para abrirla con delicadeza, sin hacer ruido, pero, entonces, la puerta se abrió sola. Estaba oscuro, era difícil averiguar en qué habitación había entrado. La ventana estaba entornada y la cortina echada. El viento la hacía aletear y dejaba entrar luz de la gran luna que se veía enorme en el cielo. La vecina no podía verla desde allí, porque la ventana daba al otro lado y la habitación estaba a oscuras. Cuando la vista de Gina se adaptó a la oscuridad, se percató de que era una habitación en forma de tubo, bastante estrecha. Buscó el interruptor de la luz y encendió la lámpara de techo, que hizo contacto, parpadeando. Al fondo había una ventana y un escritorio; a un lado, una cama de noventa bien vestida para el invierno con una colcha de cuadros azules; y, al otro, una pared con violines que colgaban de alcayatas formando tres filas simétricas. Pegado a la puerta había un armario. Gina tenía que encontrar algo allí, pero no sabía qué, así que se dirigió a lo primero que llamó su atención: la pared con violines. Todos tenían inscripciones, eran regalos y premios y estaban por estrenar. Se encontraban ordenados por orden cronológico y faltaba uno. Al lado del que faltaba vio uno más pequeño que tenía la siguiente inscripción:

Para mi hermano. Con amor, Gina. 1996.

Los demás eran de asociaciones de música y conservatorios que otorgaban premios a los músicos más notables. No sabía nada de violines.

Abrió los cajones del escritorio. Solo había partituras y libretas. Quitó la colcha de la cama y buscó entre las sábanas: nada. No sabía qué hacía, pero tenía que encontrar lo que fuera. Luego pensaría una excusa para explicar aquel desorden al doctor. Abrió el armario de par en par. Solo había ropa y zapatos, lo normal en un armario. No sabía qué hacer y, cuando se dio la vuelta, se vio reflejada.

El doctor estaba en su despacho. Buscaba un artículo del código penal que lo ayudara a retrasar el encarcelamiento de Gina y releía el relato que había escrito por si se le había escapado algún detalle, algo que hubiera pasado por alto en un primer momento. Entonces, llamaron a la puerta y entró el sargento Carter.

—Buenas tardes, doctor —dijo, saludando con una mano—. No se preocupe, no vengo por nada, solo a ver cómo iba. Me han dicho que han tenido algún incidente. Seguramente, después de lo ocurrido hoy, será muy difícil que le permitan continuar con la terapia.

El hombre se sentó sin esperar a que lo invitaran.

—Buenos días, sargento. Estoy ocupado en este momento. —Lo miró sin ninguna simpatía, esperando que notara que era una molestia—. Si pudiera volver en otra ocasión, se lo agradecería.

—No se preocupe, ya me voy. No me gusta molestar. —Sacó de su bolsillo una bolsa de celofán—. Se me olvidó darle las pertenencias de Gina cuando salieron de mi despacho; fue todo tan precipitado que no caí en la cuenta. —Puso la bolsa sobre la mesa—. Hay un colgante, unos pendientes y sus llaves de casa. El cuchillo, obviamente, al ser una prueba circunstancial, se queda con el forense.

—¿Sabe una cosa? —dijo el doctor, mirando la bolsa de celofán—. La última conversación que tuve con mi hermano fue sobre ella, unas horas antes de que desaparecieran. Le dije que no me parecía bien que picara a Mary quedando con Gina, que podían ir solos a la fiesta sin necesidad de llamarla. Él la adoraba y no podía vivir sin ella, pero a su novia se la comían los celos y era normal. Recuerdo exactamente cada una de sus palabras. Estaba sentado en el sofá, limpiando sus zapatos. Yo le solté una rápida reprimenda porque tenía prisa. Creo que es la única vez que lo he regañado. Era tan responsable y tan formal que era difícil encontrar un motivo para enfadarse con él. Después de escuchar mi discurso me dijo: «¿Sabes, hermanito? Gina no me quiere, no me ha querido nunca, su alma es libre como el viento que corre por este pueblo y ella solo quiere volar adonde la lleve el viento, pero pondría mi mano en el fuego a que haría cualquier cosa por mí. Me quiere más que a nada en el mundo, aunque sea como a un hermano. Yo no puedo alejar de mi vida a alguien que me quiere así. Poca gente daría su vida por ti a cambio de nada. Algún día encontrará a alguien que la quiera y sentará la cabeza. El viento dejará de llevarla y yo desapareceré y la dejaré libre. Más que nada, porque no podría soportar ver que quiere a alguien más que a mí. Dale una oportunidad, no es la clase de persona que imaginas». Estas palabras se repetían en mi cabeza una y otra vez después de aquella noche y me

impulsaron a sacarla de la cárcel cuando tuve la oportunidad. Mi hermano era la persona que mejor la conocía y sabía que jamás le haría daño. Si él lo sabía, ¿por qué iba yo a desconfiar? Yo no la conocía tanto como él.

El doctor miró el colgante con forma de llave que estaba dentro de la bolsa.

—Esta llave... —dijo—. Esta llave era de una caja de música que compartía Gina con mi hermano. Desde el fallecimiento de mis padres se escribían casi a diario cartas que dejaban dentro del joyero cuando uno iba a casa del otro. En los últimos tiempos, las cosas no iban tan bien entre ellos y habían dejado de escribirse. —Miraba la llave fijamente. De repente, una idea le rondó la cabeza. ¿Y si la melodía de la caja fuera la de Gina?—. ¿Sabe, sargento? Yo me traje la caja de música de mi hermano con las cartas a mi despacho como pisapapeles cuando la policía registró su cuarto. No quería que su infancia y sus recuerdos más íntimos quedaran expuestos. Pero no pensé que quizá...

Se subió a una silla y cogió algo de lo más alto de la estantería. La había escondido para que Gina no la viera. Era una caja de madera con forma de cofre pirata. En la tapa, escrito con letra de niña, ponía «Jacque». La que tenía Gina, bien guardada en la habitación de debajo de la escalera, era exactamente igual, solo que Jacque había escrito «Gina» en su tapa. Cuando fallecieron los padres de su amigo, ella compró las dos cajas y decidió que, ya que no tenía a sus padres para contarle sus secretos y problemas, tendría una caja en la que volcarlos, donde podría escribir cualquier cosa que ella leería, pero nunca comentaría nada al respecto. Era un cofre de secretos, y los secretos no se cuentan. La tradición se mantuvo hasta que se hicieron mayores; si uno iba a casa del otro dejaba una carta dentro del cofre. Cuando Jacque empezó a salir con Mary, esta le prohibió ir a casa de Gina, así que la tradición se cortó, pero ella siempre llevaba colgada la llave de la caja de Jacque con una cadena, y su hermano la llevaba en el llavero.

El doctor metió la llave y abrió la caja. Un montón de papeles cayeron por el escritorio y la melodía que Gina tarareaba inundó de música el despacho donde el sargento esperaba con impaciencia saber lo que había dentro de la caja. El doctor cogió la última carta y comenzó a leer.

21 de diciembre de 2016

Querido Jacque, he venido a casa a buscarte con Shelly para irnos a la fiesta. Estaba aquí tu adorable novia, que tan bien me trata; no diré nada acerca de su persona por respeto a ti. Tu hermano Tom nos ha dicho que te habías marchado, pero no me lo creo. ¿Te pasa algo? He visto que falta el violín que te regaló tu madre cuando empezaste a tocar y me ha resultado raro, ¡si no dejas que le dé el aire! Nos vamos a ir con Tom en el coche hasta la plaza del pueblo. ¿Has visto cómo llueve? Dice que antes quiere pasar por el acantilado a hacer fotos para un concurso de no sé qué. Sabes que no me cae mal, pero es rarito. Hace tiempo que no nos escribimos y ya empezaba a echarlo de menos. Espero respuesta. Sabes que me puedes contar lo que sea.

Te quiere,
Gina

El siguiente papel era una fotografía de la cámara de Shelly; en ella, las tres sonreían haciendo el tonto delante del espejo del cuarto de Jacque, como Gina le había contado en los primeros días de tratamiento. El doctor quedó inmóvil al contemplar la foto que tenía en las manos y el sargento tuvo que quitarle la carta para leerla. *Nearer, my God, to Thee* seguía sonando.

Gina vio un espejo de cuerpo entero que le había pasado inadvertido al lado de la ventana. Era el espejo que veía en su recuerdo, el espejo de la foto. Su amigo lo utilizaba para tocar el violín. Se acercó y lo tocó. Cerró los ojos y recordó la fotografía. Ella estuvo allí antes de ir al acantilado y se hizo aquella foto que recordaba en aquella habitación. Fue a casa del doctor. ¿Qué había pasado después? Tenía que averiguarlo, pero saber que había estado allí le parecía un adelanto importante.

De repente, en el espejo apareció una cuarta persona que no estaba en su foto. Era Tom. Gina se giró. Un disparo de escopeta le dio en el costado derecho y el espejo cayó hecho añicos sobre el cuerpo inerte de la joven, que quedó tumbada boca abajo con la sangre inundando el suelo del dormitorio.

La vecina, que estaba alerta desde que la había visto en el despacho, llamó a la puerta de la calle, aterrada por el sonido del disparo; su casa no tenía ventana que diera a esa habitación, pero había oído el disparo y temía por la vida de Tom. Ante la insistencia de la señora, a Tom no le quedó más remedio que abrir y tranquilizar a la vecina, diciéndole que había disparado al techo para echar a la asesina de su hermano, que se había colado en casa. No debía llamar a la policía, estaban de camino. No tenía que preocuparse, la muchacha se había ido.

—Me alegro de que se haya ido, Tom. ¡Menudo susto cuando la he visto husmeando los cajones del despacho de tu hermano! En un principio pensé que la habría traído él, no que se había colado en la casa. Tu hermano está loco, no sé por qué trajo a esa chica aquí.

No parecía con muchas ganas de irse a casa y Tom comenzaba a impacientarse.

—No se preocupe. Váyase a casa y relájese. Mi hermano y la policía estarán al caer. Ellos sabrán qué hacer. Muchas gracias por preocuparse, voy a preparar la cena y a relajarme, que falta me hace. —La señora seguía sin moverse de la puerta, intentando mirar dentro de la casa—. Muchas gracias de nuevo, para lo que quiera, ya sabe dónde estamos.

Tom cerró la puerta de un portazo y subió las escaleras con la escopeta en la mano.

En el piso de arriba, el cerebro de Gina empezaba a recordar y la ponía en el trayecto a casa de los Jackson con Shelly aquella fatídica noche. Iban vestidas como recordaba y esperaban divertirse en la fiesta. Shelly había quedado con el doctor Greison, con el que tenía un tórrido romance sin que su mejor amiga lo supiera; aprovecharían el revuelo de la fiesta para ir a casa del doctor.

Gina y su amiga habían quedado con Jacque y su novia para ir juntos al encendido navideño. Los recogerían en casa para que les diera tiempo de guardar los instrumentos con los que

ensayaban en la iglesia. Les pillaba de camino. Llovía muchísimo, tanto que el paraguas no impedía que la gente se mojara.

Mientras caminaban bajo la lluvia, el doctor Jackson se cruzó con ellas. A Shelly le daba mucha vergüenza; era su amor platónico desde la infancia. Gina se despidió con un escueto «Hasta luego». A ella le resultaba un tipo engreído y estúpido y la miraba mal. ¡Menudo gilipollas! ¡Quién se creería que era! Esa manera de mirar por encima del hombro la ponía enferma.

—¡Por ahí va tu amorcito! Deberías declararte, ese capullo no se ha visto en otra así, seguro que no te rechaza, y si lo hace, que le den.

—¡No cambies de tema, tía! —dijo Shelly, mientras Gina subía y bajaba el borde de la acera con el paraguas haciendo equilibrio—. No sé por qué te metes en estos marrones, sabes que Mary te odia. Deberíamos haber ido solas a la fiesta. ¡Eres una lianta! Que sepas que, si discutís, me iré a casa.

Aquella era la excusa perfecta para escaparse con Greison; estaba segura de que discutirían o ella encontraría la manera de que lo hicieran, no era muy difícil.

—¿Por qué voy a dejar de hablar a mi mejor amigo? ¿Porque una petarda me odie? Eso debería decidirlo Jacques; es su problema, no el mío.

En el fondo, a Gina le divertía la situación y le encantaba sacar de quicio a la repipi de Mary.

Habían quedado tarde porque la pareja de tortolitos había estado ensayando para el concierto de Navidad y tenían que dejarlo todo preparado en la parroquia. A aquellas horas todos esperaban y charlaban en la plaza del pueblo, incluido el doctor, que iba de invitado de honor con otros profesores de la universidad. Llamaron a la puerta y abrió Mary con cara de pocos amigos y los brazos cruzados. No sabía qué veían en ese retaco maleducado y hortera, sobre todo hortera.

—¿Hola, qué tal? —dijo, visiblemente molesta—. Jacques se ha ido a la fiesta, así que vamos a esperar a Tom e iremos todos para allá. Nos llevará en coche, que con la que está cayendo se agradece, pero primero iremos al acantilado a hacer unas fotos del pueblo para no sé qué concurso, con las luces encendidas. ¡Tiene tanto talento! Seguro que gana. Todos los Jackson tienen talento, son muy especiales.

Mary observó la reacción de Gina por el rabillo del ojo.

—Qué raro que haya ido a la fiesta sin nosotras... No ha enviado ni un mensaje —dijo Gina entrando a la casa sin pedir permiso—. Voy al baño.

—¿Por qué tendría que avisarte? Conque lo sepa yo, que soy su novia, es suficiente.

Gina la ignoró y subió al piso, dejando a Shelly sola ante el peligro. Tom estaba en el aseo porque se oía el agua del lavabo. ¡Otro tío raro! Se metió en el cuarto de Jacques y, al ver que faltaba el violín de su madre, empezó a preocuparse de verdad. ¿Jacques se había ido sin decir nada y se había llevado el violín? Algo muy raro pasaba. Cogió su llave del colgante, le escribió una breve carta con papel del escritorio, la metió en el cofre y lo cerró.

—¿Tienes que husmear en el cuarto de mi novio?

Mary estaba en la puerta. ¡Qué pesada! Gina no la aguantaba. Las palabras «mi» y «novio» resumían todo su vocabulario.

—No estoy husmeando, estoy dejándole una nota para que sepa que hemos estado aquí —contestó Gina, sin mirarla.

—¡Vamos, chicas! ¡No discutáis! Hagámonos una foto, que tengo aquí mi cámara nueva, para que Jacque vea lo guapas y contentas que vamos a la fiesta —dijo Shelly, poniendo un poco de paz—. ¡Hoy es un día especial!

Se pusieron frente al espejo y se hicieron un *selfie*.

Entonces, Tom salió del baño y las avisó para que bajaran mientras se ponía el abrigo y abría la puerta del garaje. Shelly le dio la foto a Gina y, mientras las otras bajaban, la metió entre los pliegues de su carta; luego las siguió por el pasillo con un presentimiento que la asustaba.

Subieron al coche. Tom ya estaba dentro con el motor encendido. Mary se sentó delante con su cuñado (el pronombre posesivo no podía faltar) y Shelly y Gina se quedaron detrás. No hacía falta ir en coche al centro del pueblo, pero llovía tanto que era una buena idea, y más si el loco de Tom quería hacer fotos en el acantilado. Gina tenía claro que no iba a bajar del coche hasta que no llegaran, no quería mojarse su nuevo tocado. Cuando abriera su tienda de complementos lo colocaría en el escaparate. ¡Era tan bonito! Miró a Tom por el espejo delantero. No le gustaba, siempre le había dado miedo.

El coche las llevaba a paso lento por el pueblo y vio las calles vacías y las farolas apagadas para que las luces festivas resaltaran más. ¿Dónde estaría Jacque? Mientras tanto, Shelly pensaba en su novio y en cómo le iba a contar a su madre su relación, porque ella pretendía formalizar lo suyo con el profesor, le pesara a quien le pesara. Mary, por su parte, pensaba en las palabras que iba a utilizar para darle un ultimátum a su novio sobre su relación con Gina. Era ella o aquel retaco verbenero.

Llegaron al acantilado para hacer las fotografías para el concurso. Tom quería fotografiar el pueblo encendido desde su punto más alto y que se viera el castillo. Quedaría espectacular. Mary le daba la razón, necesitaba ganarse la aprobación de su cuñado, cosa que no tenía Gina. Con este lo tenía fácil, pero Cillian hacía caso omiso a sus comentarios dañinos y a sus críticas sobre Gina.

Tom aparcó el coche a mitad de camino, en una zona frondosa del bosque. La lluvia caía tan fuerte que no se veía nada desde las ventanillas. Si seguía lloviendo así mucho tiempo, no podrían encender las luces en el pueblo.

—¿Sabéis? —dijo Tom volviéndose hacia atrás y mirando a Gina y Shelly—. No he venido aquí a hacer ninguna puta fotografía. —Sacó una pistola del bolsillo y le voló la cabeza a Mary antes de que pudiera adivinar sus intenciones. Mary se quedó con los brazos colgando en la silla del copiloto. Su traje de chaqueta empezó a oscurecerse debido a la sangre que emanaba de su cabeza.

Shelly gritó histérica y Gina se quedó paralizada, presa del pánico. ¿Dónde estaría Jacque? No dejaba de pensar en él. ¿Le habría volado la cabeza también a él? Tom abrió el coche y salió. Llevaba un cuchillo de cocina entre los dientes, de los grandes, y la pistola en la mano. Abrió la puerta trasera y trató de sacar a Shelly tirándole del pelo y amenazándola con el cuchillo.

—Por mucho que te resistas, no te vas a librar, zorra.

Gina la agarró de los brazos con todas sus fuerzas, tratando de liberarla de Tom. Shelly se agarraba tan fuerte que le hizo unos profundos arañazos en los brazos con las uñas, pintadas para asistir al alumbrado. El albañil era más fuerte; sacó a Shelly y cerró el coche con llave, con Gina en el interior. Estaba atrapada. Gina los siguió con la mirada. Llevó a Shelly arrastrándola de los pelos cerca de un árbol. La puso de espaldas, le levantó el vestido y comenzó a violarla. Shelly gritaba de dolor y miedo y miraba a su amiga a través del agua que caía por los cristales. ¿Qué

podía hacer? Tenía que salir del coche.

Gina se acercó a Mary para ver si podía ayudarla, pero estaba muerta. Tenía la piel fría, el pelo le cubría la cara y llevaba puesto el cinturón de seguridad. Shelly seguía gritando. Tiró con fuerza de las manivelas de las puertas, pero no se abrían. Se quitó un zapato y lo estampó contra el cristal. Nada. De repente, se acordó del móvil y lo sacó de su bolsillo, pero no tenía batería. El agua caía por el acantilado formando una cascada. Ya no veía a Shelly ni a Tom. Pensó que quizá podría salir por el maletero; lo había visto en alguna película. Se puso en cuclillas y tiró con fuerza del respaldo de los asientos, consiguió echarlos hacia delante y, para su sorpresa, descubrió que había alguien allí.

¡Jacque! —gritó—. Tenemos que salir de aquí, no puedo explicarte qué pasa, pero hay que salir.

Estaba atado de pies y manos y le habían tapado la boca con trapos y cinta de embalar. Gina le desató las manos y le liberó la boca. Jacque le hizo hueco para que entrara; no había visto nada, pero había escuchado la conversación y sabía el final que había tenido su novia, así que prefirió no mirar el interior del coche e intentar salvar a su amiga.

Mientras Jacque esperaba en su cuarto la llegada de sus amigas, su hermano lo había atado y encerrado en el maletero, y luego volvió a abrir la puerta para echar su violín. Entonces sonó el timbre y escuchó la voz de Mary. Lo demás ya era historia.

—Vale, no te preocupes —dijo el chico con su sonrisa de siempre—. Vamos a hacer fuerza con las piernas para intentar abrir el maletero. ¿Vale? A la de tres. ¡Una, dos y tres!

Empujaron con todas sus fuerzas, pero el maletero no se abrió. Volvieron a repetir la operación, con el mismo éxito. Ya no se oía a Shelly gritar. El maletero se abrió de repente y apareció Tom con gesto divertido y cubierto de sangre con su cámara en la mano.

—¡Con estas fotos seguro que ganaría cualquier concurso! Y, ahora, el premio gordo. ¡No sabes lo que voy a disfrutar acabando contigo! —dijo mientras reía como un loco—. Terminaremos pronto y podréis seguir las tres peleándoos como niñas subnormales en el desván. Os voy a emparedar a todas.

Sacó a Gina del maletero tirándole del brazo, sin percatarse de su hermano. Lo había escondido allí para que no interviniera ante su insistencia en esperar a sus amigas y no ir con el doctor a la fiesta. Estaba fuera de sí, disfrutando salvajemente de la violencia. Llevaba su erecto miembro viril fuera y se había quitado la chaqueta. Gina se imaginó lo que le había hecho a su amiga.

Entonces, vio a Shelly tirada en el suelo boca arriba. Tenía el cuello rojo con marcas de arañazos y su cara entrañaba mucho sufrimiento. Tom se le abalanzó encima, pero Gina no podía moverse, solo podía mirar a su amiga, que le decía que no deberían haber ido a recoger a Jacque, que tendrían que haber ido solas a la fiesta. Tom empezó a quitarle la parte de arriba del vestido. La olfateaba y lamía como si fuera un animal.

—Antes de que mueras, quiero que escuches lo que voy a hacer contigo —le susurró Tom al oído—. Voy a apuñalarte tantas veces que no conseguirá identificarte ni mi hermano. Después, voy a emparedarte viva en mi desván, con las otras dos...

De pronto oyó un golpe seco y Tom cayó a un lado de Gina. Jacques le había golpeado con el violín en la cabeza. Tom había metido el instrumento en el maletero para decirle a Mary que había ido a tocar a la fiesta y, como su violín principal estaba en la iglesia, había cogido ese.

—¡Corre! —gritó—. ¡Vete y pide ayuda!

—No te voy a dejar solo aquí, ¿estás loco? —chilló Gina mientras se levantaba del suelo y se subía el vestido.

La chica cogió el cuchillo del suelo y se puso en guardia, dispuesta a matar a Tom si se atrevía a tocar a su amigo.

—No podrías con él. Yo puedo entretenerlo mientras corres y llamas a la policía. Toma, coge mi móvil —contestó—. Si nos quedamos aquí, nos matará a los dos.

—¡Te matará, Jacques, está armado! —dijo, señalando el bolsillo. Jacques se acercó al cuerpo de su hermano, sacó el arma del bolsillo y le apuntó a la cabeza. No era capaz de dispararle, pero podría mantenerlo a raya mientras Gina buscaba ayuda.

—¡Corre! —La miró enfadado, esperando no tener que repetirlo.

—Volveré a por vosotros, te lo juro.

Gina lo observó y corrió a la cima del acantilado. El pueblo estaba lejos y pensó que a Tom no se le ocurriría que había ido allí.

—Lo sé —contestó Jacques, sonriendo al ver a su amiga, que ya no podía oírlo, desaparecer bajo la lluvia.

Gina corría tanto como podía. Las ramas le daban en la cara y en los brazos descubiertos, pero no le importaba, necesitaba ayuda. Sacó el móvil de Jacques, pero llovía tanto que se le escurrió de las manos y chocó contra una piedra. Mientras lo recogía se le ocurrió que, aunque llovía a cántaros, quizá habría alguien haciendo botellón en algún coche cerca de la playa, como era habitual en el pueblo.

Tom se levantó y Jacques le apuntó con la pistola en la cabeza.

—No creo que prefieras ayudar a esa zorra antes que a tu hermano —dijo—. ¿No ves que te estoy ayudando? Siempre has estado enamorado de ella y ella ha pasado de ti. Se ha reído de ti en tu cara, en la cara de toda la familia; soy tu hermano y lo que a ti te pasa me afecta. ¿Te acuerdas de cuando me ingresaron en la clínica de desintoxicación y eras el único que venía a verme? ¿Te acuerdas? Pues te estoy devolviendo el favor. Piensas que estoy loco, pero no es así, desde que dejé las drogas, lo veo todo más claro, lo veo nítido. Esa tía debe morir, es su destino. Si no va a ser tuya, que no sea de nadie. A lo mejor se me ha ido la mano con las otras, pero venían con ella. Te estoy quitando un peso de encima, Jacques, no me gusta verte sufrir. Tienes que ayudarme. Haremos como si esto nunca hubiera pasado. La olvidarás y encontrarás una chica normal y sumisa que haga lo que tú quieras. Como desearía mamá. ¿Quieres ver a mamá? Yo hablé con ella a veces...

—No pienso ayudarte. Te mataré si intentas acercarte. —Apuntaba a su hermano, sin dejarle acabar su absurdo monólogo—. Mamá no querría nada de esto, y yo tampoco, cada uno es libre de decidir con quién quiere estar y con quién no.

—Esto me va a doler más a mí que a ti y mucho más que a esa zorra —dijo gimiendo y

gritando cosas ininteligibles—. ¡Yo te quería, Jacque! He intentado ser un buen hermano para ti, pero no me dejas otra opción. Que sepas que la voy a coger y la destrozaré. Y no podrás ayudarla.

—La querré siempre. Pase lo que pase y hagas lo que hagas. —Jacque seguía apuntando con la pistola sin moverse.

Tom hizo un movimiento rápido y sacó una pistola del otro bolsillo, apuntó a la cabeza de su hermano y, sin pensarlo dos veces, disparó. Jacque cayó muerto al suelo y su sangre se diluyó en el barro.

—No me has dejado alternativa, hermanito. No volverán a encerrarme entre cuatro paredes.

Gina oyó el disparo y corrió más rápido. Jacque habría matado a Tom y a lo mejor necesitaba ayuda. Por un momento, sintió alivio. Perdió un zapato al tropezar con una roca y cayó en el barro. La lluvia la había empapado y el agua le escurría por el pelo y la ropa, estaba helada. Llegó a lo más alto del acantilado y se detuvo a coger aire. No veía a nadie, estaba oscuro tanto arriba como abajo. El castillo le daba al paraje un aire siniestro y el ruido del viento al chocar contra él ensordecía sus oídos. Volvió a sacar el móvil de Jacque, pero no se encendía, así que lo tiró, se quitó el zapato que le quedaba, lo agitó en el aire y comenzó a gritar. La lluvia y el viento distorsionaban su voz y la boca se le llenaba de agua. Escuchó unos pasos detrás de ella, se giró esperando ver a Jacque y vio a Tom con la pistola en la mano. Le apuntó a la cabeza y se puso en guardia con el cuchillo. Sabía que era ridículo, que la ganaba en peso y estatura, pero había que intentarlo.

—¡Ven aquí! —dijo Tom, visiblemente enfadado—. ¡No me compliques las cosas! ¡Ya me has obligado a matar a Jacque! ¿Cómo crees que se lo voy a explicar a mi madre? ¿Y a mi hermano? Sé que te importa una mierda... ¡Mírame cuando te hablo, hija de puta!

Gina miraba hacia abajo. Había unos chicos en la playa. Los veía entre la lluvia, con los faros del coche encendidos, pero si gritaba para pedir ayuda, la dispararía. Los chicos la observaban intrigados. A Tom no lo veían porque estaba detrás y la perspectiva del acantilado impedía su visibilidad. Tomó aire, abrió los brazos en forma de cruz y sin pensarlo se dejó caer desde el acantilado, era la única posibilidad de contar la verdad y salvar a Jacque, si es que seguía vivo. Si volvía atrás, Tom la mataría, y si se quedaba en el acantilado, la dispararía, al menos así tendría una remota opción de sobrevivir y contarlo todo. Tenía que hacerlo por Shelly y por Jacque.

Tom se quedó asombrado ante la acción de su víctima. La muy hija de puta había saltado. Con lo que habría disfrutado él matándola con sus propias manos... Recogió el móvil de su hermano del suelo y se lo guardó en el bolsillo. Corrió colina abajo para recoger los cuerpos. Debía esconderlos en un lugar seguro. Tenía el plan perfecto y, aunque Gina lo había obligado a modificarlo, seguía siendo casi perfecto. Lo había urdido todo para que nadie los viera llegar al acantilado. Ahora quedaba la parte más fácil: esconderlos en la nueva pared de la habitación de las herramientas.

Mientras Tom corría, Gina caía por el acantilado. Al llegar al agua, se golpeó en la cabeza con las piedras que había en el fondo del mar. Dejó de sentir dolor tras el segundo impacto y, mientras perdía la consciencia, pensó que pronto se reuniría con Jacque. Lo último que sintió fue el agua fría que la golpeaba en la cara como si fueran miles de agujas diminutas.

En el dormitorio de Jacque, Gina escuchaba la conversación de Tom con la vecina de enfrente. Abrió los ojos. Sangraba mucho y, al tocarse la herida del costado, creyó que aquel era su fin. Se levantó como pudo, pese al dolor, cogió un cenicero grande que había sobre el escritorio y se escondió detrás de la puerta, abierta de par en par.

No tuvo que esperar demasiado. Oyó a Tom subir las escaleras muy deprisa y, cuando estuvo cerca, apareció por detrás y Gina le golpeó en la cabeza con el cenicero. La sangre le brotaba de la cabeza como un torrente. Tuvo unos cuantos espasmos y, entonces, dejó de moverse. Tom había muerto.

Gina soltó el cenicero ensangrentado que le había quedado en la mano y respiró profundamente. La herida le dolía. Entró en el cuarto de baño y buscó el botiquín. Encontró una venda y se la ató alrededor del abdomen, al menos así tardaría en desangrarse. La luz que colgaba de la escalera del desván empezó a parpadear; lo interpretó como una señal que la invitaba a subir. Pisó el cuerpo sin vida de Tom y salió de la habitación con dificultad, cojeando y agarrándose la herida. Anduvo unos cuantos pasos hasta que alcanzó la cadena que sacaba la escalerilla que llevaba al desván, tiró con cuidado y la escalerilla apareció en la oscuridad. Estaba terminando de tirar de la cadena cuando oyó una voz que la llamaba. Se giró y, aunque veía borroso, reconoció a Jacque.

—Tienes que salir de aquí. ¡Vamos! —Le señalaba la escalera—. Si no bajas, morirás.

—No voy a irme sin vosotros —contestó—. Os prometí que os sacaría de aquí, que volvería a por vosotros, y pienso sacaros. He tardado, pero he vuelto.

—¡Vas a morir desangrada! —gritó Jacque—. No puedo ayudarte. Solo soy un recuerdo, no me hagas esto, por favor. —Trató de tirar de ella, pero no podía, su mano la atravesaba.

Gina comenzó a tararear su canción ignorando a Jacque mientras subía por la escalera hacia el desván. Al llegar arriba e incorporarse miró a su alrededor, no había estado nunca allí, pero la pared nueva relucía con pintura blanca, diferente de las otras paredes que llevaban años sin pintar. Pensó que allí no había subido nadie desde hacía siglos. Tom había puesto como excusa que quería hacer un armarito para guardar sus herramientas y que necesitaba mantener la mente ocupada para pasar el trance de la desaparición de su hermano y, de ese modo, construir un muro para ocultar los cuerpos.

Cillian estaba ocupado con el papeleo y sus pensamientos para pensar en las manualidades de su hermano, así que jamás subió, ni antes, ni durante ni después de la obra.

Gina tocó la pared. Sabía que detrás estaban sus amigos. Notó que había alguien tras ella. Escuchó una respiración y sintió que la observaban. Se volvió, asustada. ¿Se habría levantado Tom del suelo? Eran Jacque, Mary y Shelly, sonreían y estaban contentos. Parecía que estuvieran encantados de salir de allí. Gina siguió cantando, pensando en echar abajo esa pared. Encontró un mazo con mango largo; con la poca fuerza que le quedaba empezó a golpear la pared con ímpetu.

Dio varios golpes hasta que la pared comenzó a ceder y los trozos de madera a caer en el suelo. Al cabo de un rato, vio lo que quedaba de sus amigos, a Jacque con su violín y a sus amigas con sus vestidos de fiesta. Sintió alivio y notó que las presencias turbadoras se iban en paz. Acarició el pelo de Jacque y tocó su violín con cariño; lo que quedaba de aquel ser único, en

todos los sentidos, era su bonito pelo rubio. La sacó de su ensoñación una tos con flemas sanguinolentas que le salían de la boca.

Tenía que salir de allí. Quizá estaba a tiempo de salvarse o de despedirse de Cillian. ¿Cuánto le quedaría para volver a casa? Bajó las escaleras apoyándose en la barandilla. Iba con cuidado y ya estaba cerca de la puerta, pero cuando le quedaban cinco escalones, cayó de bruces sobre la moqueta. No podía más, allí acababa su tiempo, pero había vuelto y los había ayudado como había prometido.

No podía moverse, el dolor era insoportable. Esperaba que Cillian la ayudara, pero cada segundo lo veía más difícil. De pronto vio que una señora muy arreglada que le sonreía atravesaba la puerta. Se acercó a ella y le acarició el pelo con cariño.

—Pobrecita, mi niña —decía, sin dejar de acariciarla—. He venido a buscar a mis hijos para llevármelos conmigo, pero tú tienes que aguantar, Gina, ya viene a por ti. Tu ángel está de camino. —Qué bien le hacía sentir aquella mujer que olía de maravilla—. Se me ha ocurrido una idea. ¿Qué te parece si, para amenizar la espera, te devuelvo tus recuerdos? Mis hijos pueden esperar, tenemos toda la eternidad para estar juntos.

Empezó a tararear su canción y, mientras la acariciaba, ella recordó su vida pasada, como una película que pasaba ante sus ojos a toda velocidad. Era la señora Jackson.

De pronto, recordó el accidente de los padres de Jacque y lo amigos que habían sido desde ese momento; antes se llevaban bien, pero aquella tragedia los había hecho inseparables. Gina se convirtió en su guardiana oficial y lo defendía en el colegio de los niños que se reían del huerfanito. Como estaba solo a menudo, porque los niños lo consideraban raro, no dudaba en invitarlo a las fiestas a las que ella iba y se sentaba a su lado en el pupitre del colegio porque lo rechazaban.

Recordó el día que le robó las llaves del cementerio al jardinero para que Jacque tocara lo último que había aprendido en el conservatorio por el cumpleaños de su madre. Se acordó del día en que, con doce años, Jacque le declaró su amor y le dijo que algún día se convertiría en una Jackson. Nunca volvió a sacar el tema porque sabía que a ella le molestaba y le hacía sentir violenta, y esperó en silencio a que cambiara de opinión. Sintió la compasión con la que miraba a Cillian mientras lo veía trabajar a destajo de camarero para sacar adelante a sus hermanos cuando ella regresaba después de haber salido de fiesta y lo mal que le caía cuando iba a casa de su amigo a visitarlo.

Volvió a ver la sonrisa de Shelly y el ceño fruncido de Mary. Revivió el divorcio de sus progenitores, cuando su padre las abandonó para irse con una mujer más joven y la dejó a cargo de aquella mujer tan despechada que odiaba a su hija porque pensaba que su esposo la había dejado por su culpa. Y así pasaban las historias hasta que llegó al día en que Cillian fue a verla a la cárcel.

Todo le parecía lejano y agradable, por muy duro que hubiera sido en su momento. De repente, alrededor de una mesa, estaban todos, también Tom. Reían y charlaban alegremente, de celebración. El fin estaba cerca, lo notaba, pero se sentía feliz. No era una asesina y había recuperado los momentos felices de ese otro yo oculto en su subconsciente. Ya no había un doble yo. Solo existía una Gina que, con su pasado y su presente, se había convertido en una nueva persona.

El doctor, el sargento Carter y dos coches de policía llegaron a la casa de la familia Jackson; venían a llevarse a Tom para interrogarlo, pero no esperaban encontrar a Gina tirada en el suelo de la entrada. El sargento cogió su móvil para llamar a la ambulancia. Gina vio al doctor gritar desde la puerta y arrodillarse junto a ella. Notó que le agarraba la cabeza con las manos y oía su voz lejana.

—No puedes irte ahora, Gina. ¡He encontrado al asesino! No tendrás que volver a la cárcel. —El doctor lloraba y sus lágrimas caían y resbalaban en la cara de Gina—. ¡No te mueras, por favor!

—No llores, Cillian. Ya soy libre —dijo en un susurro—. Los he liberado y ellos me han liberado a mí —añadió con una sonrisa—. Dice su madre que está usted muy guapo.

Gina dejó de hablar y su mirada se volvió turbia. La ambulancia llegó justo en ese momento y los técnicos de emergencias apartaron al doctor de la paciente. Cillian se resistía y gritaba para poder abrazarla y estar con ella, pero sabía que debía dejar trabajar a los profesionales.

El sargento intervino y lo llevó a la cocina mientras los servicios de emergencias sacaban a Gina en una camilla tan rápido como podían.

—Frank, ¡registra la casa! Si ha huido, habrá dejado alguna pista. Voy a llamar a todas las unidades para que cierren las salidas del pueblo y controlen las carreteras. No ha tenido tiempo de llegar muy lejos.

El sargento cogió la radio y contactó con los policías de carretera.

Frank y un grupo de oficiales se dispersaron por la casa en busca del asesino o de alguna prueba que les indicara qué había pasado o dónde se encontraba. El sargento trataba de tranquilizar a Cillian y buscaba tila para hacerle una infusión.

—¿No tiene usted tila, doctor? ¡Ah! Ya la veo. —Llenó la taza con agua del grifo y la metió en el microondas—. No se preocupe, Gina está en manos de profesionales. Si se puede hacer algo por ella, lo harán. Si la bala no ha tocado ningún órgano vital, todo irá bien.

El doctor no contestaba y no dejaba de mirar hacia la puerta cerrada de la cocina. ¿Dónde estaría Tom? ¿Debería haber sospechado de él? ¿Era el culpable de aquel triste final? Entonces, Frank interrumpió los pensamientos del doctor.

—Disculpe, sargento, hemos encontrado a Tom.

El policía miraba al doctor de forma compasiva; pese a ser un asesino, era su hermano, y la noticia de su muerte le afectaría.

—Cuénteme, ¿qué ocurre?

El sargento siguió al oficial y dejó al doctor en la cocina; una vez fuera, Frank habló sin tapujos.

—Tom está arriba. La muchacha le ha reventado la cabeza con un cenicero. Suponemos que después de que él la disparara —dijo en un tono bajo para que el doctor no los oyera—. También están los tres jóvenes desaparecidos, sargento; estaban emparedados en el desván. Suponemos que Gina los ha sacado de ahí antes de caer derrumbada.

El sargento subió las escaleras rápidamente y pidió otra ambulancia y más refuerzos. Pero ¿qué cojones era aquello? De no tener nada concluyente en el caso había pasado a tenerlo todo, desaparecidos y asesino en la misma casa, y sin haber hecho nada por conseguirlo.

Al llegar al cuerpo sin vida de Tom, mientras los oficiales hacían fotografías y recogían

objetos con guantes, pensó en Cillian. No podía dejar que viera aquello. Hasta un hombre como él entendía que podría sobrepasarlo, así que decidió que tenía que sacarlo de aquella casa.

El doctor atravesó la puerta de la cocina dispuesto a subir las escaleras, pero Frank lo detuvo. La vecina entró en ese momento, preocupada por tanta ambulancia y tanta sirena policial, y contó a gritos su versión de los hechos a Frank, que trataba de tranquilizarla.

Al oír la desagradable voz chillona de la vecina, el sargento bajó a ver qué ocurría y deshacerse de paso del psiquiatra. Metió los móviles de las víctimas en una bolsa de celofán y bajó con ellos en la mano. Los aparatos electrónicos también habían sido emparedados con sus dueños y confiaba en que exculparían a Gina.

—Me tengo que ir —dijo Cillian al ver al sargento con los guantes y la bolsa en la mano.

—Disculpe, Jackson, pero no puedo dejar que se vaya solo en estas condiciones. —Le sujetó del brazo sin quitarse los guantes—. Le buscaré un hotel. No podrá volver a casa hasta que no pasen unos días por las labores policiales y luego no sé si querrá volver, la verdad. En cuanto a su hermano Tom, tengo que darle una mala noticia. Me temo que ha fallecido. —Consiguió que el doctor volviera a mirarlo. A Cillian le sorprendió la forma tan fría de dar aquella noticia tan terrible—. Suponemos que al disparar a Gina, ella se defendió y le asestó un golpe mortal en la cabeza con un cenicero; los forenses ya están de camino.

—Me tengo que ir —repitió el doctor, como si la historia no fuera con él.

—Pero ¿adónde quiere ir, hombre de Dios? Me está poniendo nervioso. Déjeme que termine de contarle lo que ha sucedido aquí. ¿Es que no le importa? También tengo que hablarle de Jacque. Está arriba, con su pareja y su amiga; su hermano los había emparedado en la pared del desván. —Viendo que el doctor no reaccionaba, lo agarró por los hombros y lo sacudió violentamente—. ¿Me ha entendido?

El doctor no lo escuchaba y aquello exasperaba al sargento, acostumbrado a reacciones violentas y exageradas ante esas noticias.

—¿Adónde quiere ir? —insistió el sargento—. ¿Ha visto qué aspecto tiene? Está cubierto de sangre y no tiene buena cara, que digamos.

No debía dejarlo solo, pero empezaba a molestarle. Estaba en estado de *shock*. No encontraba otra explicación a su conducta.

—Tengo que ir a verla al hospital —dijo—. No puedo decepcionarla otra vez.

El sargento ordenó a uno de los policías que lo llevara al hospital y que no se separara de él, así podría seguir trabajando y no lo dejaría solo. Buscó a Frank y le indicó que llevara al doctor al hospital y se quedara con él hasta que le avisara del hotel en el que se hospedaría. La comisaría correría con los gastos del nuevo héroe de Coleraine. Sin embargo, Cillian no quería. Prefería ir andando en soledad, pensar y que le diera el aire.

—Puede irse, si quiere. No lo puedo retener —dijo el sargento—. Mandaré a un policía para que lo vigile de cerca y lo espere en la puerta del hospital. Me preocupa su estado, doctor, no puedo dejar que el hombre que ha descubierto la verdad acabe atropellado en una cuneta.

El sargento le ofreció una sonrisa, pero el doctor ya se había dado la vuelta y estaba saliendo por la puerta.

Antes de irse, miró hacia atrás. Pensó en los cadáveres con los que había estado conviviendo un año, en las veces que se había preguntado dónde podían estar y se había vuelto loco intentando sacarle la verdad a Gina, cuando la verdad estaba en su propia casa, duchándose

mientras escuchaba a Eminem. Nunca subía al desván, aquel era el espacio sagrado de Tom. ¿Se habría dado cuenta de la verdad si hubiera subido? No, probablemente no.

Miró hacia la cocina y recordó el cuchillo que faltaba. Recordó el enfado con que su hermano había recibido la noticia de que iba a tratar a Gina, su empeño en construir un cuartito para las herramientas en pleno sepelio de su hermano pequeño, las veces que había dicho a todo el mundo que los chicos salieron de casa y no habían vuelto; él se quedó porque tenía trabajo y quería organizarse. No se le había pasado por la cabeza que pudiera haber sido él. No tenía motivo. ¿Por qué habría querido matarlos? ¿Las drogas le habían dejado aquella secuela maniática o era culpa de Cillian, por haberse preocupado más del pequeño que de él? ¿Qué clase de hermano mayor había sido para él? ¿Qué clase de psiquiatra que no sabía que su hermano no estaba bien? No podía ni quería pensar.

Salió de la casa. La gente se agolpaba en la calle con una mórbida curiosidad. Los oficiales colocaron cintas policiales para que los vecinos no se acercaran a husmear y sacaran fotos de la casa de los emparedados, como ya empezaban a llamarla. Entre el jaleo y las luces de los coches de policía, Frank tomaba declaración a la vecina, que decía que Tom le había dicho que había tenido que disparar al techo para que la asesina, ahora víctima, se fuera de la casa. El doctor pensó que Tom habría planeado subirla al desván mientras él llegaba tarde para ayudarla. ¿Y si no hubiera llegado? ¿Habría vivido con Gina sobre su cabeza pensando que se había fugado para no volver a la cárcel? Le fallaron las piernas. El desván... La desaparición de su hermano pequeño le había quitado el sueño durante un año. Había pasado horas en su despacho bebiendo y pensando en qué había hecho él para merecer la tortura de no saber dónde estaba la persona a la que más quería en el mundo, de no saber qué había pasado con él, y resultaba que estaba encima de su cabeza. Había maldecido a Gina miles de veces por haberlos separado y, sin embargo, dormía puerta con puerta con el culpable. El pueblo odiaba a una chica cuya única responsabilidad era no haber podido salvar a sus amigos.

Llovía a mares y su ropa se mojaba y dejaba un rastro de sangre en el suelo. No se había puesto el abrigo y hacía mucho frío, pero no lo notaba. Seguía andando hacia el hospital mientras pensaba en su paciente. ¡Ay, Gina! ¡Cuánto había cambiado su opinión con respecto a ella desde que la había sacado de la cárcel! En el fondo, él siempre había sabido que no había sido ella, primero por el cariño que sentía por su hermano y, luego, por convicción propia, aunque mantuvo la duda, para qué negarlo. Pensó en lo que se le habría pasado por la cabeza a Gina antes de tirarse por el acantilado, en lo que habría pensado su hermano antes de morir a manos de Tom. Tuvo que detenerse. Se apoyó en una esquina y gritó con fuerza. Su voz retumbó en todo el pueblo. Veía el vaho que le salía de la boca. Las calles del pueblo estaban desiertas. La lluvia y los sucesos los tenían entretenidos. No podía volver a aquella casa. Tendría que comprarse otra. La vendería, o mejor, la derribaría para no ver jamás aquel desván.

Llegó al hospital. Frank lo estaba esperando apoyado en el coche y con un cigarro en la boca.

—Me he tomado la libertad de traerle ropa limpia, doctor —dijo, y le acercó una bolsa.

—Muchas gracias. —Cogió la bolsa.

Le pidió a Frank que esperara mientras entraba al baño y se cambiaba. ¿Cómo estaría Gina? No quería pensarlo. ¿Habría muerto, le quedarían pocas horas o estaría bien? Estaba convencido de que había muerto y de que jamás podría pedirle perdón ni decirle lo que sentía por ella. Intentó recomponerse y salió del baño. Frank hablaba con una enfermera.

—Tengo buenas y malas noticias, querido amigo

—dijo Frank mientras se quitaba la gorra. El doctor lo miraba expectante. Lo habría estrangulado si hubiera tardado un segundo más en hablar—. Gina está en un coma inducido, pero se recuperará. Ha perdido mucha sangre, sin embargo la bala no ha tocado ningún órgano vital, entró y salió limpia por el costado. Se quedará aquí unas semanas, pero está fuera de peligro.

—¿Y cuál es la mala?

—Su madre ha prohibido que se acerque a ella.

—Frank miró el suelo. ¿Cómo podía aquella señora hacerle eso al salvador de su hija?

—¿La señora Sven? —Cillian no daba crédito—. Tengo que hablar con ella.

Frank intentó detenerlo, pero el doctor era más rápido y más fuerte. Corrió hasta la puerta de la UCI y entró sin que pudiera remediarlo. La señora Sven estaba sentada en una de las sillas de la sala de espera. Se había vestido con sus mejores galas y se la veía feliz y maquillada, esperando para una entrevista de la televisión nacional.

—¡No me puedo creer que seas tú quien me niegue verla! —dijo Cillian con una voz profunda que mostraba su estado de ánimo.

La señora Sven se giró y lo miró desafiante.

—¿Desde cuándo tenemos esa confianza para que me tutee? Si no sale de aquí, doctor, llamaré a seguridad y lo sacarán a patadas. —Se giró para no verlo—. Ya he dado orden de que lo mantengan alejado de aquí. Ni usted ni nadie de su familia volverá a hacer daño a mi hija. ¡Bastante hemos sufrido ya! Me alegro de que ya no quede ninguno.

—¿La mujer que abandonó a su hija un año va a negarme a mí, que la he sacado de la cárcel y la he apoyado todo este tiempo, verla? —El doctor se acercó a ella. Le habría dado un puñetazo, pero se contuvo—. ¡Debería darle vergüenza! Ahora que sabe que no ha sido ella, lo contrario de lo que pensaba, se pone sus mejores galas y viene a hacerle compañía. ¿Qué pretende, señora Sven? ¿A quién quiere engañar?

La señora Sven llamó a la enfermera y, en pocos segundos, los guardias de seguridad lo sacaron en volandas de la sala de espera. Cillian trató de zafarse, pero eran más fuertes que él y lo superaban en número. Frank lo esperaba en la puerta.

—Comprendo lo que siente por esa chica, doctor, pero mientras esté inconsciente y su madre se lo niegue, no podrá hacer nada. Quizá cuando despierte quiera verlo. —El policía le puso la mano en el hombro—. Me ha llamado el sargento. Le ha reservado el mejor hotel del pueblo. Le dejarán allí una maleta con algunas de sus cosas. No se preocupe, todo irá bien.

11. El renacer

Gina abrió los ojos al cabo de unas semanas. Reconoció la habitación de hospital, pero ahora estaba llena de flores y de tarjetas con deseos de pronta recuperación. La televisión estaba encendida y su madre la miraba sonriente desde los pies de la cama. Buscó al doctor y se desilusionó al ver que no estaba. ¿Se habría enfadado por lo de Tom? ¿Le habría pasado algo?

—¿Dónde está? —preguntó a su madre.

—¿Quién, cariño? —Su madre se giró y comenzó a colocar flores mientras tarareaba—. Te han mandado cientos de ramos de flores y tengo más en casa. El pueblo entero está arrepentido y te pide perdón. Todo el mundo me saluda por la calle y me he convertido en una celebridad. Incluso he recuperado mi puesto de trabajo y los clientes entran solo para verme. —Se detuvo para tragar saliva—. Yo siempre he confiado en ti, querida, pero tienes que comprender que no ha sido fácil para nadie.

—Mamá, ¿dónde está el doctor? —volvió a preguntar, pero su madre seguía arreglando los ramos de flores sin escucharla.

—Te van a dar una buena indemnización por el tiempo que has pasado entre rejas. Nos compraremos una casa nueva y venderemos la mierda que tenemos. —Parecía que su madre había rejuvenecido treinta años—. Quieren concederte la medalla al honor y darte las llaves del pueblo. ¡A ti! ¡A mi hija!

—Mamá, ¿dónde cojones está el doctor? —Gina intentó sentarse en la cama.

—No te muevas, querida, has perdido mucha sangre. —La recostó—. Le dije que no viniera, su familia nos ha destrozado la vida.

—¿Que nos ha destrozado la vida? —contestó, enfadada—. Si estoy aquí, es gracias a él.

—¿Qué tonterías dices! —Se rio como una actriz de Hollywood recogiendo un Oscar—. Es justo que te ayudara después de lo que te hizo su hermano...

—Él no tiene nada que ver con lo que hiciera su hermano. Me quería ayudar cuando nadie daba un duro por...

No pudo terminar de discutir con su madre porque entró el señor Hopkins, muy sonriente, con dos enfermeras.

—¡Buenos días, familia Sven! —Saludó a Gina con la cabeza—. Me alegro de que haya despertado y de que tenga tan buen aspecto —añadió con una sonrisa—. ¿Puede salir, señora Sven? Vamos a curar la herida y a hacerle una revisión.

La señora Sven salió de mala gana. Ella tenía planes que, al parecer, su hija no compartía. ¡Qué novedad! Se había convertido en una celebridad en el pueblo y estaba feliz, incluso salía por la tele, pero ahí estaba su hija para joderle la fiesta. Ya había mirado varias casas en las afueras del pueblo y no pensaba seguir viviendo en el cuchitril en el que había vivido tantos años con todo ese dinero para gastar.

El doctor le retiró la venda del costado a su paciente y la miró atentamente.

—¡Esto está muy bien! —dijo—. Cicatriza estupendamente. No deberá hacer esfuerzos ni movimientos bruscos, pero creo que en un par de días podrá volver a casa.

—Perdone, señor Hopkins —interrumpió Gina—. ¿Usted sabe dónde está el doctor? —El médico afirmó con la cabeza—. ¿Está bien?

—El doctor Jackson se ha convertido en el héroe de Coleraine —respondió—. Sus clases están abarrotadas, todo el mundo quiere escuchar sus explicaciones y es toda una celebridad. Ha dejado su casa familiar y se ha mudado a una pequeña cabaña en la playa, en las afueras del pueblo. Ha adoptado un perro, que creo que antes era suyo, y solo sale para pasearlo e ir a clase. Está bastante triste desde que usted ingresó aquí, porque no ha podido verla. Ahora todo el mundo quiere ser su amigo, pero él prefiere la compañía de su mejor amigo, él mismo.

—¿Sabe dónde está ahora?

Gina estaba encantada de saber que su ángel de la guarda estaba bien y parecía que había conseguido sus alas.

—Estará en clase, supongo...

Gina no le permitió terminar.

—¿Usted me dejaría ir a verlo?

La cara hinchada de emoción con que miró al médico revelaba que no aceptaría un no por respuesta.

—¿Cuándo? ¿Ahora? —No sabía qué decir.

—¡Sí, claro! —contestó Gina—. Tengo que verlo y hablar con él. Debo darle las gracias y pedirle disculpas por lo de Tom, pero no me quedó más remedio. Yo nunca quise matar a nadie. Será una hora como mucho. Luego volveré y me quedaré quietecita el tiempo que usted me diga.

El señor Hopkins la escuchaba divertido. Tenía una alegría de la que era difícil no contagiarse. Como no sabía qué contestar, intentó darle largas.

—¿Y qué pensará su madre de que vea al doctor y de que yo le dé permiso? Prohibió terminantemente que se acercara a usted.

Intentaba mantenerse serio, pero conocía a Gina y sabía que lo que dijera su madre, y más ahora, le daría igual.

—¡Me importa un bledo lo que diga mi madre! —contestó tal y como esperaba el médico—. Mi madre no lo entiende, ella solo piensa en sí misma. Esto le ha servido para hacerse la mártir y convertirse en el centro de atención. Lo del doctor lo hace para joderme, porque no me he muerto. Si Tom hubiera acabado conmigo, ella habría sido más feliz, porque la atención sería mayor. Nadie le robaría protagonismo.

El venerable anciano escuchaba asombrado a su paciente. La señora Sven nunca le había caído bien. Cuando Gina era pequeña y su madre enfermaba, ella llamaba al médico; sin embargo, cuando sucedía al revés, ella misma llamaba porque su progenitora no se preocupaba por su hija, y en alguna ocasión había sido la señora Jackson quien había llamado. La diferencia

entre ambas era la empatía por los demás, el reconocimiento de que los demás tenían sentimientos.

—Está bien, señorita. La dejaré salir una hora si me da su palabra de honor de que volverá en el tiempo pactado y de que tendrá cuidado.

El doctor le quitó la vía con el suero y le acercó un pantalón. No podía salir con aquella bata que dejaba el trasero al aire. Gina se vistió con cuidado para no hacerse daño. Entró en el baño y se lavó la cara. Cuando salió del lavabo, el doctor y sus enfermeras seguían conversando alegremente en la habitación. No habían salido para no despertar las sospechas de la señora Sven.

Gina abrió la puerta de la habitación con cuidado. Su madre hablaba a voces por teléfono, riendo a carcajadas y mirando por la ventana. Aprovechó para salir sin que se diera cuenta, disimuladamente se metió en el ascensor, que iba repleto de gente, y bajó hasta la planta baja. Llegó a la puerta del hospital, el sol resplandecía y hacía un día estupendo. Una vez fuera, levantó la cara hacia el sol. Al notar el aire fresco se dio cuenta del milagro que era seguir viva. Estuvo así unos segundos. ¡Seguía viva! Eso era lo más importante, tenía siete vidas y ya había gastado dos. Debía aprovechar las restantes.

La gente por la calle la miraba con sorpresa, pero algo había cambiado. Ahora lo hacían con admiración y respeto. Ya no la señalaban con el dedo ni cuchicheaban a sus espaldas, le sonreían y saludaban contentos de verla.

Empezó a deambular calle abajo con mucho esfuerzo e ignoró el dolor, porque las ganas de ver a Cillian eran más poderosas que el dolor de su herida. El aire le daba en la cara y la gente la miraba asombrada, pero ella era feliz. Al cruzar la calle, se encontró a la señora Paul a bocajarro y no le quedó más remedio que pararse. Gina se dispuso a seguir su camino una vez despejado el que llevaba la honorable señora, pero la madre de Shelly la detuvo.

—Me alegro mucho de que estés bien —dijo, y le agarró el brazo con cariño—. Quería pedirte perdón por... bueno, ya sabes por qué.

Gina la miró con comprensión, pero no quería, al menos por el momento, saber nada de aquella señora. El perdón no borraba el daño que le había hecho. En el fondo la entendía, porque había perdido a su hija, pero ella también había perdido a Shelly y a Jacque, y lo que es peor, había visto su muerte y escuchado sus súplicas de ayuda sin que ella pudiera hacer nada. Antes de seguir recordando los malos momentos, decidió continuar y dejó plantada a la señora Paul sin haberle contestado. Andaba lo más rápido que podía y cuanto más andaba, más viva y feliz se sentía. Andaba por Jacque, por Shelly, incluso por Mary.

Al cabo de una media hora, llegó a la universidad, llena de estudiantes sentados en el césped, con sus cafés en vasos de cartón y esperando la hora de entrar a clase. Cuando vieron a Gina dirigirse a la puerta de entrada empezaron a vitorearla y a silbar para animarla. Gina sonrió, pero no dejó de andar. No quería perder un segundo de los valiosos minutos que le habían regalado. Entró al edificio y siguió por el pasillo. Los que estaban en el césped la siguieron hasta el edificio. Los alumnos que estaban en clase salían de las aulas para verla. Los profesores salieron de sus despachos y acudieron a la clase del doctor Jackson para ver qué ocurría con la pareja del momento.

El doctor estaba mirando a la pizarra, dando su clase teórica, cuando la puerta se abrió con estruendo. Le molestaba que interrumpieran sus clases, pero siguió con su explicación como si nada. Los alumnos se quedaron en completo silencio y los que miraban por las ventanas y la

puerta también. El doctor se dio la vuelta, claramente molesto, sin saber qué pasaba y, antes de ver lo que ocurría, alguien lo abrazó con fuerza desde atrás.

—Muchas gracias, ángel de la guarda, al final lo conseguiste.

Gina lo abrazaba llorando y Cillian, pese a que no le gustaba dejar ver sus sentimientos, le devolvió el abrazo. Le agarró la cabeza con las manos y colocó la frente en la de ella.

—¿Has vuelto a buscarme?

El doctor Jackson le acarició la cara con la suya y, por primera vez en mucho tiempo, sonrió de verdad.

—Sí, Cillian, y te prometo que no me iré de tu lado jamás.

El improvisado público no dejaba de aplaudir y silbar mientras el doctor y su paciente se fundieron en un abrazo. La verdad por fin había salido a la luz y las pesadillas habían acabado.

Sobre la autora



Georgina Pérez (Granada, 1986) es Doctora en Bellas Artes y graduada en Conservación y Restauración de Bienes Culturales por la Universidad de Granada. Además, es una apasionada de la música y el cine, y escuchar bandas sonoras le ayuda a ponerse en el papel de los protagonistas de sus historias.

Actualmente, Georgina combina su faceta de madre con la restauración de obras de arte y su

gran pasión: la escritura.